

La chica
que quería
ser princesa



Olivia Kiss

La chica que quiso ser princesa

#5 Serie Chicas Magazine

Sinopsis

Olivia Miller es la hija pequeña de una familia adinerada, así que está acostumbrada a lograr todo lo que quiere. Y en esos momentos desea un caballo, un coche nuevo, más crédito en su tarjeta y... que su familia deje de pensar que es una chica tonta, aunque eso nunca lo admitirá en voz alta porque es demasiado orgullosa. De modo que, cuando su hermano y director de la revista Golden Miller le da otra oportunidad para demostrar su valía, ella está dispuesta a conseguir entrevistar a ese famoso cantante de rock llamado Liam Carter.

Lo que Olivia no sabe es que Liam es un músico reservado e inaccesible que lleva años sin conceder ninguna entrevista a un medio de comunicación. Así pues, tratándose de una tarea imposible, ¿colarse en su casa es una opción cuando ha agotado todas las demás vías existentes? ¿Qué está dispuesta a sacrificar para lograr su misión? Y todavía más importante, ¿por qué ese hombre oscuro y seductor le resulta tan irresistible...?

1

Olivia Miller quería un caballo. Y un coche nuevo. Y más crédito en su tarjeta bancaria. Y, sobre todo lo demás, algo que no se atrevía a confesarle a su familia, porque sabía que se lo tomarían a risa, pero con lo que fantaseaba a menudo. Sin embargo, no podía conseguir nada de todo eso porque, para empezar, no tenía trabajo. Y, aunque su familia era adinerada y dueña de una de las revistas más prestigiosas de la ciudad de Nueva York, cada vez le cortaban más el grifo. Sus hermanos estaban al frente del negocio y Olivia sentía que se estaba quedando al margen, casi aislada en un rincón. Desde luego, no contaban con ella.

Lo supo claramente cuando entró en el despacho de Dominic, que estaba reunido con su otro hermano, Blake. Los dos la miraron un segundo antes de volver a seguir con la conversación que mantenían como si ella no estuviese allí en esos momentos. Olivia contuvo las ganas que tenía de ponerse a gritar o de darles una colleja. Dejó su bolso colgando del respaldo de una de las sillas y se sentó haciendo mucho ruido e interrumpiéndolos de nuevo.

—¿Querías algo, hermanita? —le preguntó Blake divertido.

—Sí, quiero saber por qué no formo parte de esta empresa.

—Por enésima vez: porque para eso tendrías que trabajar. —Dominic le contestó serio, con las manos cruzadas sobre su escritorio de roble y una

expresión de paciencia en el rostro que, como Olivia bien sabía porque lo conocía, era pura fachada.

—Vale, entonces déjame que trabaje —replicó.

—¿En qué? ¿En ir de compras?, ¿en levantarte a las diez de la mañana?, ¿en acudir a un spa y dar tu valoración sobre el trato de los clientes? No hay nada aquí que quieras hacer.

—No lo sabremos si no me pones a prueba —dijo ella.

—¿Por qué haces esto, Olivia? Estamos ocupados...

Dominic siempre era duro con ella. A pesar de que lo adoraba, por la diferencia de edad, siempre se había llevado mejor con Blake. Por eso y porque, hasta hacía bien poco, Blake era tan irresponsable y vividor como ella; ahora, en cambio, tenía una relación estable con Gina, una de las chicas de la oficina, estaba esperando un bebé y ocupaba un puesto en la empresa. Así pues, ella era la única de los Miller que todavía no había encontrado su lugar en el mundo. Y desde luego Dominic no pensaba ponérselo nada fácil, claro. Aunque sabía que su hermano la adoraba, tenía un carácter algo inflexible a veces y era muy testarudo.

—¡Porque estoy harta de que no me tengáis en cuenta! Y necesito dinero. Quiero un caballo. Y un coche nuevo. Seguro que algo podré hacer por aquí a cambio de que empieces a confiar un poco en mí, ¿no? No debe de ser tan complicado.

—Olivia, ya te he dicho mil veces que la revista es...

—Espera, Dominic —lo interrumpió Blake con una sonrisa traviesa que no auguraba nada bueno. Si Olivia no hubiese estado tan ocupada intentando

mantenerse serena en aquella situación, hubiese visto cómo su hermano le guiñaba un ojo al otro—. Quizá hay algo que pueda hacer. Podemos ponerla a prueba, por ejemplo, y si lo cumple le dejaremos que empiece a formar parte del negocio. Ya veremos en qué sección.

—¿Qué prueba? —preguntó Dominic aún desconfiado.

—Llevamos un tiempo intentando negociar con una agencia para conseguir una entrevista con Liam Carter, ese cantante de rock tan famoso. Así que, digamos que, si tú solita eres capaz de lograrlo, tendrás carta blanca en la empresa, ¿qué te parece?

—¿Bromeas? —Abrió los ojos, emocionada.

—No. Sabes que siempre cumplo mi palabra.

—Blake, no sé si esto... —comenzó a decir Dominic, pero los gritos de Olivia lo silenciaron cuando ella se levantó y comenzó a dar saltitos por el despacho.

Ciertamente, la idea de conseguir una entrevista de ese tal Liam parecía pan comido y más para ella, que tenía conocidos poderosos en la ciudad y seguro que uno conocería a otro y ese otro a ese otro... que la llevaría hasta su objetivo. Solo tendría que hacer un par de llamadas mientras se pintase las uñas en su casa y se tomase un zumo de piña.

—La entrevista debe ser con una grabadora de voz, evidentemente. Y que tenga sustancia, ¿de acuerdo? Nada de las típicas preguntas. Cuando la tengas, vuelves aquí.

Olivia le sonrió a su hermano antes de darle un beso en la mejilla. Cuando se incorporó, lo hizo con una sonrisa, recogió el bolso que había dejado en el

respaldo de su silla y se despidió con alegría de los dos. Al salir, se permitió el lujo de parar en una pastelería y comprarse un capricho que devoró mientras caminaba hacia su apartamento. ¡Por fin iba a poder cumplir su sueño! Ellos aún no sabían de qué se trataba, pero ya se enterarían cuando la dejasen participar en la revista como a un Miller más. Mientras tanto, en su cabeza empezaba a imaginarlo todo, a pulir detalles, a esbozar la idea y a redondearla.

Claro que, por desgracia, Olivia no sabía que no estaba tan cerca de su objetivo como ella creía. En el despacho, los dos chicos se miraron fijamente en cuanto se marchó.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Dominic confuso.

—Quería divertirme. Y ponerla a prueba —contestó Blake.

—Sabes que jamás conseguiré esa entrevista con Liam Carter. El tipo lleva seis años sin conceder ninguna. Ni siquiera por promoción cuando saca nuevo disco. Hubiese sido más fácil pedirle que fuese al Tíbet y volviese tras alcanzar la cima.

—No exageres. Seguro que así se espabila. Es lo que tú hiciste conmigo cuando quise entrar en la revista, ¿no? Mandarme las tareas más jodidas —le recordó.

—No es lo mismo. Eran jodidas, pero posibles.

—Bueno, así veremos cómo se desenvuelve...

—Pobre, Olivia. —Dominic chasqueó la lengua.

—No disimules. Te encanta la idea de ponerte este reto. Mira, ya sabemos que no conseguiré la entrevista; está bien, en eso te doy la razón, pero, si

sencillamente vemos que se esfuerza y no se deja vencer por la frustración, le daremos una oportunidad, ¿qué te parece?

—Creo que es justo. —Dominic asintió con la cabeza.

—Pues no se hable más. Sentémonos para ver el espectáculo.

2

Olivia llegó a su apartamento, que estaba situado en el bloque del edificio donde también vivían sus hermanos y que pertenecía a los Miller. Se quitó la ropa con una sonrisa, puso a llenar el agua de la bañera y se desnudó tras encender la cadena de música. Después, con varias velas alrededor, cogió su teléfono móvil y se metió en el agua con cuidado de no mojarlo. Una vez estuvo relajada, abrió su agenda y pulsó el botón de llamar.

Dean era su mejor amigo desde el instituto y un importante agente de estrellas musicales. En cuanto descolgó el teléfono, casi al primer tono, él empezó a hablarle de que por fin iba a conocer a los padres de su novio durante las vacaciones de esa Navidad y, cuando terminaron de ponerse al día, ella le preguntó por Liam y si podía conseguirle esa entrevista.

—¡Porfi, porfi, porfi! —rogó desesperada.

—Nada de eso. ¿Liam Carter? ¿Estás loca?

—No, ¿por qué?, ¿cuál es el problema?

—El problema es que lo que me pides es imposible.

—Creo que no te estoy entendiendo. Nada es imposi...

—Esto sí —la cortó antes de que siguiese hablando—. Verás, hace años que Liam no concede ninguna entrevista a nadie, ni siquiera cuando presenta nuevo disco. Su campaña de promoción se limita a dar conciertos. Y, por

cierto, esta próxima semana, hay uno en la ciudad. Es un local exclusivo así que, al menos, puedo conseguir un par de pases si quieres que nos acerquemos para que veas en vivo y en directo a la leyenda.

—Lo que quiero es hablar con él.

—Olivia, no se trata de lo que tú quieras.

—Está bien. Me conformaré con verlo. De momento.

—Te mandaré tu entrada al email cuando lo tenga atado.

—De acuerdo. Te debo una —contestó antes de colgar.

Luego se relajó en la bañera, hundió la cabeza en el agua y cerró los ojos. Hasta que no salió un rato después y puso algo precocinado calentando en el microondas para cenar, no le dio por sentarse en el sofá, coger el ordenador y buscar el nombre de Liam en Google. Pronto descubrió que las palabras de su amigo no habían sido una exageración en absoluto. Más bien se había quedado corto. Había grupos de fans y foros que enloquecían cada vez que conseguían una fotografía de Liam en público, porque al parecer ni siquiera se dejaba ver de forma habitual.

Nada de entrevistas.

Nada de pases de prensa.

Nada de firmas de discos.

Olivia contuvo el aliento mientras acercaba la cara a la pantalla para ver mejor el rostro del chico. No parecía mucho mayor que ella, quizá tres o cuatro años más, rondando la treintena. Tenía el pelo oscuro, corto pero alborotado, un rostro anguloso y de facciones marcadas y masculinas y unas pestañas tupidas que enmarcaban el rasgo más llamativo de su cara: dos ojos

azules rasgados, intensos, cargados de intenciones. Tenía una mirada descarada.

Ella se obligó a no seguir mirando más fotos de él cuando notó un hormigueo atravesándola. En cierto modo, entendía que el chico tuviese tantas fans. Ella no lo conocía. Para empezar, porque no era muy dada a escuchar música y Liam tampoco parecía pertenecer al círculo en el que ella se movía, a pesar de que estuviese podrido de dinero.

Tras un rato más leyendo sobre él y su pasado, pronto descubrió que, al parecer, había tenido problemas con las drogas. Y todavía más desconcertante, que años atrás, antes de que por lo visto decidiese encerrarse en sí mismo, era un músico normal, de los que concedían entrevistas a menudo, hacían campañas publicitarias, reportajes en revistas y toda esa historia. Con el ceño fruncido, se preguntó qué le habría pasado a ese chico de ojos azules para que cambiase tanto. Principalmente porque ese era su mayor escollo a la hora de lograr su sueño; pero, si tiempo atrás ya había cedido, podía lograrlo ahora, ¿verdad?

Era viernes por la noche. Hacía un frío punzante y, aunque todavía faltaban semanas para Navidad, las calles de Nueva York ya estaban decoradas y llenas de luces. Olivia se abrochó el abrigo que llevaba puesto hasta arriba, arrepintiéndose por haberse puesto debajo tan solo un vestido negro y corto, con mangas transparentes y medias del mismo color.

Tiritó, parada en medio de la cola. Quién iba a decir que acabaría

esperando su turno congelándose de frío con la esperanza de que el portero la dejase entrar. Cuando las personas de delante avanzaron y le tendió el pase que Dean le había conseguido, el chico asintió con la cabeza y se apartó a un lado para dejarla entrar en el local. Esperó cerca de la puerta, porque su amigo le había dicho que no tardaría en acudir, pero había tenido que hacer un recado de última hora. Por suerte, cumplió su palabra y apareció poco después.

Ella le sonrió y se dieron un largo abrazo.

—Ya temía que no llegases —le dijo.

—¿Cómo se te ha ocurrido pensarlo?

—No lo sé, a veces eres muy imprevisible.

—Venga, vamos a pillar sitio o no veremos nada.

Dean la cogió de la mano y tiró de ella hacia el interior del local, que estaba decorado con luces azules y tenues. Había varias mesas pequeñas y redondas bajo el escenario, con una vela en medio, y a Olivia le extrañó que un músico tan famoso tocara en un sitio así.

—No lo entiendo, ¿no se supone que vende miles de discos?

—Sí, pero esa es la gracia de Liam Carter. Que sigue manteniendo su esencia. A veces hace pases así, exclusivos. Hoy toca en acústico. Mi teoría es que le gusta mantener el concepto musical de esos primeros años, cuando uno aún está abriéndose camino...

—No lo encuentro la gracia —replicó Olivia.

—Porque tú eres una perra del infierno.

Dean se echó a reír con su risa estridente y ella le dio un golpe en el

hombro antes de seguirle con una carcajada. Él siempre le decía eso cuando quería meterse con ella y el hecho de que a veces pudiese ser demasiado sincera hasta para su propio bien. Dean, en cambio, era excesivamente empático y siempre estaba de buen humor, incluso vestía colores estrafalarios, como los de aquella noche: una camisa estampada de flores, unos pantalones de color amarillo limón claro y unos mocasines oscuros que le quedaban de fábula.

La gente fue llegando y sentándose en las mesas que quedaban libres. Era casi como un concierto particular, porque allí no habrían más de cincuenta personas reunidas. Pidieron unos nachos y dos refrescos para tomar algo mientras esperaban a que empezase el espectáculo. Olivia estaba mordisqueando el último trozo cuando las luces del escenario se encendieron y, tras una corta presentación, Liam Carter apareció.

Lo hizo de una manera sencilla. Llevaba una guitarra en la mano y vestía unos vaqueros oscuros, una camiseta y una cazadora de cuero negra por encima. Se sentó en un taburete que había en medio del escenario e ignoró los suspiros entrecortados que se escucharon entre el público femenino antes de acercarse el micrófono.

No dijo nada. Ni *hola* ni *buenas noches* ni *espero que disfrutéis de la velada*. Sencillamente inspiró hondo, cogiendo aire, y luego sus dedos se movieron por las cuerdas de la guitarra y una melodía triste, melancólica y preciosa inundó el local. Olivia parpadeó, incapaz de apartar la mirada de aquel hombre. Había en él algo magnético, casi siniestro, porque una vez la música daba comienzo, era imposible dejar de prestarle atención y las notas

de la canción se colaban bajo la piel como si desearan quedarse allí para siempre. El público casi ni respiraba. Todos estaban pendientes de él, del movimiento de sus dedos largos y masculinos. Pero, si pensaba que aquello era lo más desconcertante que vería aquella noche, se equivocaba, porque, cuando Liam empezó a cantar, sintió un vuelco en el estómago.

Olivia se llevó una mano a la tripa, contrariada.

Tenía una voz ronca y profunda, casi vibrante.

—¿Te encuentras bien? —Dean la miró divertido—. Parece que estés a punto de morirte aquí mismo. Olivia, ¿debería preocuparme? —Alzó una ceja.

—No... es solo... no esperaba que cantase así.

—¿Nunca lo habías oído hasta hoy?

—No, jamás. Dijiste que era rock.

—Y es rock, solo que tiene muchos estilos de canciones. El de hoy es un concierto acústico, baladas más tristes, tiene otras más oscuras y duras. Es hipnótico, ¿verdad?

—Sí, digo... ¡no! Claro que no. Tampoco es tan especial.

—Si no te conociese tan bien, pensaría que te molesta que al final vaya a gustarte más de lo que esperabas al venir aquí esta noche. Y tiene muchos otros atributos... ¡ay, ojalá fuera gay! Habría traído una pancarta esta noche o algo para llamar su atención.

—Algo difícil, porque apenas levanta la vista del suelo.

Era cierto. Liam parecía no prestarle mucha atención al público, casi como si le diese vergüenza a pesar de haber tocado en cientos de conciertos. Era

como si estuviese solo en el escenario. Él, la música y su voz. Nada más. Y solo con eso hacía magia.

Cuando hubo una pausa durante el espectáculo y Liam se retiró del escenario entre los lamentos de las fans, Olivia respiró al fin, como si durante todo ese tiempo hubiese estado conteniendo el aliento, y se giró para mirar a su amigo con curiosidad.

—¿Por qué es así? —preguntó.

—Así, ¿cómo? —contestó distraído.

—Tan triste. Tan melancólico.

—Nadie lo sabe. Siempre lo ha sido un poco, pero antes era diferente. Quiero decir, que hacía las cosas básicas de promoción, se esforzaba por dar cierta imagen.

—Parece encerrado en su propio mundo.

—Es que lo está —apuntó Dean suspirando.

Olivia enmudeció en cuanto él volvió a salir al escenario e, ignorando los grititos nerviosos y algún que otro piropo que gritaron en la sala, se entretuvo colocando bien el micro a la altura perfecta. Cuando lo hizo y se sentó en el taburete de nuevo, alzó la cabeza y recorrió la sala como si de pronto se diese cuenta de que, en efecto, estaba tocando delante de todas aquellas personas. Y entonces su mirada quedó fija en Olivia. Al principio, ella pensó que se lo había imaginado, pero entendió que no cuando su amigo Dean le apretó el muslo con firmeza por debajo de la mesa. Inspiró hondo, sin apartar sus ojos de Liam.

Él sacudió la cabeza poco después y el contacto se rompió.

Volvió a centrar la mirada en el suelo del escenario, a sus pies, y sus manos se movieron por las cuerdas de la guitarra mientras su voz llenaba el local. Fue como si nunca hubiese ocurrido y, claro, en realidad no había pasado nada relevante como tal, pero Olivia no podía evitar recordar ese momento y sentir un escalofrío, porque había sido una mirada extrañamente íntima, casi palpable, como si un hilo invisible los conectase.

—Creo que me he enamorado —gimió bajito.

—Estás como una cabra, ¿lo sabías? —Dean se rio por lo bajo—. ¿Ya se te ha olvidado el plan? La entrevista para tus hermanos y la revista a cambio de tu sueño.

—Cierto. —Sonrió—. Pégame si vuelvo a decir una tontería semejante.

—Será un placer —respondió su amigo.

Lo había dicho a modo de broma porque, evidentemente, Olivia no creía en los flechazos y no estaba enamorada de ese desconocido que cantaba sobre el escenario. Pero sí de su voz. Y de sus canciones. Y de las letras desgarradoras que despertaban emociones. En cierto modo, fue como si pudiese ver a Liam a través de todos aquellos matices y eso la asustó.

Todavía más cuando Dean le recordó su plan.

¿Cómo iba a conseguir esa dichosa entrevista?

Olivia estaba dispuesta a hacer lo que fuese para lograr sus planes, pero no tenía ni idea de por dónde empezar. ¿Lanzarse sobre el escenario? ¿O si fingía un desmayo él se molestaría en preocuparse por ella y en dejarla entrar en su camerino como recompensa? Por desgracia, solo se le ocurrían ideas descabelladas, esas que hasta la fecha solo le habían llevado por el mal

camino. Al igual que su hermano Blake, ella era propensa a cometer locuras. Incluso sin pretenderlo. Le hubiese gustado ser una chica elegante y sensata, pero cada vez que lo intentaba terminaba montando un escándalo o haciendo algo digno de ser grabado para terminar días después batiendo récords de visualizaciones en Youtube.

Cuando el concierto llegó a su fin, Olivia se apresuró a levantarse.

—Voy al servicio —mintió—. Tú espérame aquí, no tardaré.

Como era de esperar, no fue al servicio. Caminando casi de puntillas con los altos zapatos de tacón, rodeó el escenario y sonrió al llegar delante de una puerta en la que se leía claramente “*No pasar. Solo personal autorizado*”. Abrió sin pensar y se coló dentro. Un fluorescente parpadeaba en lo alto del techo e iluminaba un pasillo largo con las paredes blancas. Se escuchaban voces al fondo, voces airadas, así que intentó no hacer ruido al caminar, aunque, por supuesto, su idea era poder encontrarse allí con Liam.

Eso sería un buen golpe de suerte.

Y una vez ocurriese, le rogaría lo que fuese necesario para conseguir su propósito. Seguro que el chico tenía su corazoncito y estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Lo que aún no tenía demasiado claro era cómo iba a abordarle. Siempre podía lanzarse encima de él como una fan loca. O cualquier otra cosa que se le ocurriese de camino allí.

—Al menos podrías haberte despedido ¿no? Un “*gracias a todos por venir*” nunca está de más, Liam —decía una voz que parecía denotar cansancio—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, aunque preferiría no hacerlo —contestó otro.

Era Liam, el tono ronco resultaba inconfundible.

Olivia se puso un poco nerviosa, pero eso no le impidió avanzar más y más rápido hasta que, de repente, al girar la esquina del pasillo, chocó con algo grande y firme que la hizo tropezar y caer al suelo, golpeándose la cabeza contra la pared. Soltó un chillido.

—Mierda, ¿estás bien? —De nuevo esa voz profunda, pero esta vez más cerca, casi en su oído. Olivia entreabrió los ojos el tiempo suficiente como para ser consciente de que era el mismo Liam Carter el que se encontraba delante de ella, mirándola con el ceño fruncido y algo preocupado. Alzó una mano en alto—. Dime cuántos dedos ves.

—Dos... ¡tres! O dos —balbuceó.

—Quizá deberíamos llamar a alguien.

—No. Yo... estooy bieeen... —dijo arrastrando las palabras con la boca pastosa, como si no supiese bien dónde terminaba cada vocal y empezaba la siguiente letra.

—¿Puedes levantarte? —La cogió del brazo y tiró de ella.

Olivia se sujetó a su hombro cuando logró ponerse en pie y entonces fue consciente del calor que desprendía su cuerpo y de lo alto que parecía frente a ella. Sus ojos azules eran insondables, como un mar profundo y lleno de secretos. Sintió que se le secaba la boca.

—Necesito... necesito... —comenzó a decir, confusa.

—¿Un médico? —Él la miró con atención.

—Preguntas... respuestas... entrevista...

—Creo que se ha dado un buen golpe —dijo Liam girándose hacia el otro

hombre—. Ve a llamar a alguien. Será mejor que le echen un vistazo.

—De acuerdo —respondió su manager antes de desaparecer.

Algo mareada, Olivia volvió a tropezar con sus propios pies, pero en esta ocasión él la sostuvo a tiempo y la pegó contra su pecho, sujetándola con firmeza. El cuerpo de Liam estaba tenso como las cuerdas de una guitarra, alerta, como si esa situación fuese demasiado para él. El de ella, en cambio, parecía haberse derretido como un helado de chocolate ante su proximidad. Incluso se le pasó por la cabeza la tonta idea de besarlo en ese mismo instante, a pesar de que a ratos veía doble, como si estuviese drogada.

¿En qué momento había pasado de ser una chica decidida dispuesta a conseguir una entrevista a convertirse en una fan loca?

No estaba segura. Pero tampoco le importaba entonces.

—Creo que ahora podría besarte... —susurró.

—¿Qué has dicho? —Él se tensó aún más.

—Que podría... besarte... o lamerte la cara.

Liam apretó los labios para no echarse a reír justo cuando su manager dobló la esquina y lo miró. Venía acompañado por personal del local que, rápidamente, se hizo cargo de la chica, tumbándola en el suelo hasta que llegasen los servicios médicos a los que habían llamado.

Él se apartó de ella y le echó un último vistazo antes de seguir a Greg, el manager, hasta su camerino para recoger sus cosas, esas que había traído al concierto y debía llevarse.

—Parecías a punto de reírte —le dijo Greg—. ¿Un milagro navideño?

—Muy gracioso. —Volvía a estar serio, como siempre.

—¿Qué te ha dicho esa loca que fuese tan divertido?

—Nada. Solo pensaba en mis cosas —contestó.

Después le dio un trago a la botella de agua que había dejado antes de salir al escenario y, mientras Greg recogía su bolsa y su guitarra antes de asegurarse de que un coche con los cristales tintados los esperaba fuera y de que los guardias de seguridad estuviesen en su puesto, Liam recordó el comentario. “*Podría... besarte... o lamerte la cara*”. Sonrió de nuevo. No recordaba la última vez que lo había hecho. Pero, extrañamente, el comentario le había hecho gracia. No sabía si era porque la chica le resultaba divertida, con esa nariz altiva y pequeña que tenía y esos ojos grises como el hielo. O si se debía a que, cuando se había fijado en ella minutos atrás en el mismo escenario, algo que nunca solía ocurrirle, lo último que había imaginado viendo su vestido sofisticado, sus medias suaves y su porte elegante, había sido encontrársela de esa guisa, medio alelada y diciendo tonterías.

Sacudió la cabeza, contrariado, algo que hacía cada vez que quería apartar un pensamiento, y luego salió del camerino y siguió a Greg hasta la salida. Ignoró los flashes de las cámaras agachando la cabeza y se subió al coche de inmediato. Después, el vehículo puso rumbo a su pequeña guarida, ese lugar en el que se sentía seguro y aislado del mundo.

3

—Genial. Ahora, encima, pensaré que soy imbécil.

—Un poco sí que lo eres. Anda que terminar tropezando con él. —Dean se rio mientras mordía el huevo frito de su desayuno. Habían quedado para tomar un brunch después del desastre de la pasada noche y de que Olivia terminase con un chichón inmenso en la cabeza.

—Me duele horrores —se quejó de nuevo.

—Solo es un chichón, tonta.

—Y no recuerdo qué más pasó.

—Eso me preocupa más.

—Es que todo estaba muy difuso.

—¿Cómo cuando vas borracha?

—Sí, algo así. Pero creo que peor. —Se llevó una mano a la frente para tocarse el bulto—. Me acuerdo de cosas, pero como si las viese desde lejos.

Estaba su voz y su cuerpo cálido y confortable pegado al suyo. Y también su olor, como a algo masculino y suave. Poco más, aunque suficiente para acelerarle el pulso.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Dean.

—No voy a rendirme, si es eso lo que preguntas.

—No esperaba menos de ti. ¿Pero cuál es el plan?

—Necesitaría un empujón. El problema es que no tengo mucho tiempo y que, por lo que he visto esta mañana en su web, ya no hay más conciertos previstos hasta dentro de un mes.

—Y la chica impaciente no puede esperar... —bromeó Dean.

—Sabes que no. Así que la pregunta es, ¿existe alguna forma de averiguar dónde vive? No me mires así, no soy una acosadora. Solo iría a su puerta y esperaría hasta que quisiese atenderme y responder mis preguntas. O podría abordarlo como los paparazzi cuando saliese de casa para ir a comprar, por ejemplo. Era lo que pensaba hacer ayer, si no hubiese tenido la mala suerte de tropezar con el susodicho y terminar en el suelo, claro.

Dean abrió la boca consternado y parpadeó.

—¿Te has vuelto loca? A este paso acabarás en la comisaría de policía esposada.

—¡Pero es mi sueño! Y al parecer los idiotas de mis hermanos me han hecho esto adrede, solo para demostrar que no puedo cumplir el reto. Necesito darles en las narices. Vamos, Dean, eres mi mejor amigo, tienes un montón de contactos, seguro que puedes... espera, ahora que lo pienso, la novia de mi hermano Blake trabaja en prensa rosa...

—Sigue hablando, esto se pone interesante...

—Es posible que tenga información.

—Muy posible, sí —le sonrió.

Los dos se miraron nerviosos antes de ponerse en pie y pagar la cuenta. Tras despedirse de Dean porque él había quedado con su novio para comer, Olivia puso rumbo al edificio en el que vivía. Por suerte, ella y sus dos

hermanos compartían el mismo bloque familiar, ocupando apartamentos de diferentes pisos. Ella no se lo pensó demasiado antes de subir al ascensor y apretar el número que conducía al de Blake, porque, con un poco de suerte, teniendo en cuenta que su cuñada casi medio vivía ya allí, la encontraría en casa.

Se miró en el espejo mientras el ascensor subía. Olivia tenía el cabello largo, oscuro y liso, en contraste con unos ojos rasgados y de color gris. Todos los Miller eran así, morenos y de ojos de hielo, una característica que habían heredado de su padre. No era ni alta ni baja, pero sabía que resultaba atractiva y que podía sacarse partido si se lo proponía, algo que últimamente hacía menos. Tiempo atrás, a Olivia le había interesado especialmente verse guapa y ser el centro de atención, pero desde hacía meses eso parecía no llenarla en absoluto. Su inmenso vestidor ya no le parecía tan necesario, aunque por supuesto la moda seguía siendo su perdición, y pasarse el día en el spa y en el club de tenis ya no era tan divertido.

De repente ella quería algo más.

El problema es que llevaba años comportándose como una princesita malcriada, bajo el ala de sus padres y de sus hermanos, y ya nadie parecía tomársela muy en serio. Y eso la preocupaba, porque no quería terminar siendo solo un envoltorio bonito, sino aportar su granito de arena en la empresa, hacer algo grande, algo de provecho.

Así que cuando llamó al timbre no lo dudó.

Por suerte, Gina le abrió la puerta. Llevaba un pañuelo en la mano y tenía la nariz enrojecida por el resfriado. Aunque estaba embarazada de algunas

semanas, todavía no se le notaba nada en la tripa, pero Olivia seguía emocionándose cada vez que la veía, porque la idea de ser tía le llenaba el corazón de alegría. Le dio un abrazo rápido.

—No te acerques mucho o te pegaré el resfriado.

—Tranquila, no tardaré. Solo necesito un poco de ayuda, un empujón.

—De acuerdo, ¿quieres tomar algo? —le preguntó.

—No, ¿dónde está mi hermano?

—Tenía una reunión con Dominic.

—Perfecto. —Sonrió—. La cuestión es, mi querida Gina, que como te he dicho necesito un pequeño favor. Es decir, que no sé si estás al tanto de lo que tu novio y Dominic me han mandado conseguir a cambio de darme una oportunidad en la empresa, pero ya te adelanto que es bastante injusto. —Se sentaron en el sofá del salón.

—No, no me ha dicho nada. —Gina frunció el ceño.

—Quieren que consiga una entrevista con Liam Carter.

—¿Cómo? ¿Se han vuelto locos? Madre mía...

—Sí. Es evidente que lo han hecho adrede.

—Qué canallas —escupió Gina.

—Así es la rama masculina de los Miller. De modo que, dada la situación, no me vendría nada mal que me dieras toda la información posible sobre Liam. Eres la jefa de la sección de prensa rosa de la revista, ¿verdad? Debes de saber muchas cosas.

—Algo sé, sí. Y siempre hay información clasificada, ya sabes, exclusivas por las que terminan pagando para que no salgan a la luz, pero que se quedan

en los archivos, claro.

—Eso me interesa. Y saber dónde vive también.

—¿Dónde vive Liam Carter? —repitió anonadada.

—Sí, justo eso. —Olivia la miró con inocencia.

—Bueno, tengo entendido que vive a las afueras, en una mansión en Long Island. Pero, espera, iré a por el ordenador y entraré en la base de datos de la empresa.

Gina se puso en pie, fue a la habitación y regresó un rato después con el portátil que colocó sobre sus piernas, sentándose de nuevo en el sofá. Olivia se pegó más a ella para poder ver mejor la pantalla mientras la veía teclear a toda velocidad.

—Veamos que hay por aquí... —Gina suspiró—. Muchas lagunas, eso no es buena señal.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó intrigada.

—Verás, solemos clasificar la información de los famosos por año y de forma cronológica, el problema es que de Liam hay muchos vacíos, apenas tenemos nada. Quizá si hago un par de llamadas sí pueda averiguar dónde vive, porque lo más normal es que lo hayan visto entrando o saliendo en alguna ocasión. Ahora bien, ¿qué se supone que piensas hacer?

—¿Yo? Nada, mandarle una carta o algo.

—Olivia, que ya te voy conociendo...

—Está bieeeeeen —admitió poniendo los ojos en blanco—. En realidad, no haré nada malo. Solo quiero ponerme en huelga en la puerta hasta que salga y responda a mis preguntas.

—Estás chifada. —Gina se echó a reír.

—Quién no arriesga, no gana.

—Buen lema. Está bien, déjame un par de días para hacer esas llamadas y a ver qué puedo conseguir. Ah, y otra cosa Olivia, ten cuidado —la advirtió—. Liam no parece uno de esos tipos simpáticos que se tome las cosas con humor. Es muy hermético y reservado.

—Ni que lo digas. Parece más fácil conseguir una entrevista del presidente del país.

Liam Carter estaba apoyado en la ventana de su dormitorio, como de costumbre, fumándose un cigarro y contemplando el cielo lleno de estrellas con aire pensativo. La guitarra estaba sobre la cama, tirada de cualquier manera, y el montón de papeles en los que había escrito habían terminado hechos una bola de papel a un lado de la habitación.

Hacía meses que era incapaz de componer nada decente.

Había sido algo paulatino. Al principio, un año atrás, empezó a tener más dificultades, pero pensó que solo sería una mala racha y que lo superaría con el tiempo, que solo tenía que dejar que todo fluyese. Sin embargo, no había sido así. Había pasado el tiempo y él cada vez se sentía peor consigo mismo, porque la música lo era todo en su vida, lo único que le quedaba, y ahora hasta eso parecía estar perdiéndolo. No podría pasarse toda la vida tirando del repertorio de años anteriores y necesitaba esa satisfacción que solo conseguía con eso.

Aquel día había conseguido hacer algo.

Si no fuese porque llevaba meses sin escribir ni una sola línea, ni siquiera estaría emocionado por un hecho tan minúsculo, un par de acordes sueltos, pero de repente, estando tumbado en la cama, le habían venido a la mente ciertos ojos grises y, sin saber muy bien por qué, terminó cogiendo su guitarra y dejando que los dedos se moviesen solos...

Aunque al final terminó dejándola de nuevo.

El recuerdo de la chica no era suficiente para despertar lo que fuese que necesitaba para volver a componer. Y eso que había pensado en ella más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Esa misma mañana, al despertarse, le había ordenado a Matilda, su asistente, que llamase al local para preguntar cómo estaba la joven. Al escucharle decir aquello, Greg lo había mirado como si estuviese loco, alzando una ceja en alto.

—¿Por qué te preocupa siquiera? —le preguntó.

—No lo sé, choqué con ella. Parecía ida.

—Y no tiene nada que ver con la carita de ángel que tenía...

—Métete en tus asuntos. —Le tiró un trozo de tostada y reprimió una sonrisa antes de ponerse serio y suspirar—. Y sabes que no, que nunca me involucraría con nadie.

—Ya lo sé. —Greg lo miró apenado y después los dos siguieron desayunando en silencio.

El resto del día, para desgracia de Liam, había ido de mal en peor. Ese leve toque esperanzador al sentir de nuevo las ganas de componer había sido casi peor al darse cuenta después de que no podía hacerlo. Dos acordes no eran

suficiente. Y todas las frases que se le ocurrían le sonaban... iguales, ya gastadas. Él necesitaba algo que le saliese del alma.

El problema era que empezaba a creer que allí no había nada.

Que su alma estaba completamente vacía.

Tanto como su corazón. Y como él.

4

Encontrar el sitio fue mucho más fácil de lo que Olivia había pensado en un primer momento, especialmente gracias a la ayuda que Gina le había brindado. Era, como había esperado, una casa grande, frente al mar, y el frío y la humedad calaba allí hasta los huesos. Para su desgracia, había vuelto a elegir un atuendo poco práctico. Llevaba un vestido con medias y una rebeca fina que no abrigaba absolutamente nada. Hubiese sido mucho más útil ir embutida en un montón de ropa para esquiar o algo así, porque el frío era demencial y ella se estaba congelando.

Temiendo que su amigo Dean tuviese razón y ella terminase pronto en una comisaría de policía, recordó por qué estaba allí y se puso de puntillas para llamar al timbre. Nadie respondió, como era de esperar. Llamó otra vez. Solo consiguió otro prolongado silencio y que una de las cámaras que estaba sobre la puerta se moviese hacia ella para enfocarla mejor.

Solo deseaba una entrevista, ¿era tanto pedir?

Olivia no estaba acostumbrada a que se le negasen las cosas, quizá porque desde joven lo había tenido todo gracias a los mimos de sus padres o porque había crecido entre caprichos y lujos. Sin embargo y por primera vez, su estatus no le servía para lograr su propósito.

No sabía muy bien qué más hacer cuando vio una figura que se acercaba

desde lejos. Pero no era Liam. Al parecer, se trataba de su manager. A Olivia le sonaba haber visto su rostro días atrás, en aquel local del concierto acústico. Era el tipo que hablaba con él antes de que ella girase esa esquina y se diese el golpe de su vida, literalmente.

—Buenos días, ¿le importaría avisar a Liam Carter...?

—¿Y usted es exactamente? —Greg entrecerró los ojos.

—Una admiradora. No, una periodista. Lo que sea.

—Lamento decirte que vamos a tener que llamar a las autoridades si sigues bloqueando la puerta del señor Carter. Si eres fan suya sabrás que valora su intimidad. Esto es un primer aviso, pero no habrá una segunda oportunidad, ¿lo has entendido?

—Claro. ¿Y tú eres su niñera o algo así?

—¿Cómo dices? —Parpadeó sorprendido.

—Las niñeras cuidan de los bebés, cuando ellos todavía no están preparados para enfrentarse al mundo. Es comprensible. Así que esa es tu función: cubrirle las espaldas.

Olivia vio por el rabillo del ojo que la cámara volvía a moverse y reprimió una sonrisa. Liam había picado el anzuelo o, al menos, estaba pendiente de lo que ocurría y escuchaba aquella tonta conversación. Su manager resopló por lo bajo, pero antes de que pudiese contestar se centró en responder la llamada que estaba recibiendo. Olivia no escuchó quién era el interlocutor, pero estaba casi segura de que tenía unos ojos azules y rasgados.

Unos ojos que, diez minutos más tarde, la miraron directamente.

Lo vio aparecer desde lejos, poco después de que Greg desapareciese en la

mansión. Llevaba ropa cómoda, un chándal oscuro y, por encima, una chaqueta también negra y abultada. Tenía el pelo revuelto y la tez pálida, casi como si fuese un vampiro al que pocas veces le diese la luz del sol directamente. Eso contrastaba aún más con el color de sus ojos. Mientras caminaba hacia ella, Olivia era incapaz de dejar de mirarlo ni de temblar, y no solo por el frío que cada vez parecía calarle más en la piel hasta casi dejarla sin aliento, sino por él. Porque parecía una pantera sigilosa que acabase de elegir a su presa.

—¿Qué es lo que quieres? —Casi fue un gruñido.

—Una entrevista. Será algo rápido, lo prometo.

—Veo que aún no te has recuperado del golpe.

—Muy gracioso. Veamos, tengo por aquí... —Ante la incrédula mirada de Liam, Olivia se sacó del bolso una grabadora y pulsó el botón rojo antes de alzar la vista hacia él—. ¿Puedes explicarnos a qué se debió tu cambio de actitud hace un par de años?

—¿Qué narices...? ¿Esto es una broma?

—¿Es cierto que tuviste problemas con las drogas?

El rostro de Liam se ensombreció todavía más, si es que eso era siquiera posible. Su mirada afilada se quedó anclada en la de Olivia durante tanto tiempo que ella se sujetó a uno de los barrotes de la puerta inmensa que los separaba para no caerse al suelo. Él tenía la mandíbula tensa y los puños apretados. Cuando habló su voz sonó fría y peligrosa.

—Márchate si no quieres problemas de verdad.

—Mi verdadero problema será no conseguir esta entrevista.

—Confía en mí, estás a punto de cruzar una línea peligrosa.

—¿Tienes pensado sacar disco próximamente?

Liam aguantó la respiración mientras la miraba alucinado. ¿De dónde había salido semejante personaje? O bien esa chica se estaba riendo de él en su propia cara, delante de su casa, o bien era muy tonta y no tenía ni idea de nada. Otra cosa no, pero tenía agallas, sí, parecía dispuesta a hacer lo que fuese a cambio de conseguir su loco propósito y no le temblaba la voz, ni siquiera por el frío. Liam deslizó la vista por sus piernas cubiertas por unas medias finas y se detuvo en los muslos, en el borde del vestido, más tiempo de lo que él hubiese considerado razonable. Inspiró profundamente al tiempo que lo azotaba la loca idea de qué sentiría al acariciar esas piernas torneadas con la palma de la mano, lentamente.

¿En qué demonios pensaba? Sacudió la cabeza.

—¿Puedes confirmar si harás una nueva gira pronto?

La grabadora seguía ahí, sujeta en la mano de la chica, y de repente él sintió que todo el odio reprimido, el miedo y la soledad le rodeaban la garganta como si quisiesen ahogarlo. Y que una sola cría hubiese despertado todas esas emociones de golpe lo asustó. Porque cuando había escuchado que llamaba a Greg su *niñera* no había podido evitar picarse y salir él mismo a enfrentarse a ella, y ahora que la tenía delante haciéndole preguntas y solo era incapaz de pensar en qué sentiría al acariciar esas piernas, quiso que desapareciese de su vista.

—Ya lo entiendo. Empiezo a entenderlo —dijo casi en un susurro que captó la atención de la joven—. No sé cómo no me he dado cuenta antes

—añadió volviendo a mirarla de arriba abajo, pero en esta ocasión con una actitud despectiva—. Así que eres la típica princesita mimada y con pocas neuronas a la que probablemente sus jefes han mandado aquí para que haga el ridículo y rasque algún momento irrisorio que poder sacar en alguna columna de las últimas páginas de algún medio de internet. Pobrecilla. Tan guapa y tan pocas luces.

Liam suspiró hondo mientras el rostro de Olivia se descomponía tal como él había previsto que ocurriría. Sin embargo, con lo que no contaba era con que su corazón se encogiese en respuesta al ver esa expresión desolada. Pero el trabajo estaba hecho. Y el problema solucionado. No es que deseara hacerle daño, y menos cuando casi sentía pena por ella, pero él necesitaba que se fuese de inmediato y cualquier cosa era válida para conseguirlo.

Sin más preámbulos se dio la vuelta y regresó caminando hacia su casa. Una vez entró, sacudió otra vez la cabeza, deseando que el recuerdo del dolor en esos ojos grises desapareciese cuanto antes. Se quitó la chaqueta y entró en la cocina, donde Greg, su manager, y Matilda, su ama de llaves, lo miraron con gesto interrogante.

—¿Es necesario que llame a las autoridades? —preguntó Greg.

—No, el problema ya está solucionado —contestó Liam.

—Esa pobre chica... —Matilda chasqueó la lengua mientras removía la comida que estaba cocinando dentro de una olla—. No parece tener a nadie que le pare los pies. ¡A saber de dónde viene! Con esa ropa y el frío que hace. —Suspiró apenada.

Matilda tenía un instinto maternal que parecía aumentar con el paso de los

años, incluso a pesar de que sus hijos ya eran mayores y estaban casados. Liam la había contratado años atrás por recomendación de Greg, el único que había estado a su lado desde el comienzo.

Greg había sido su mejor amigo desde el instituto. Lo había apoyado cuando empezó a tocar con una banda en un garaje y también estuvo ahí cuando su madre, el único familiar que le quedaba, falleció por culpa de un cáncer. Greg no solo lo sostuvo durante esos momentos, sino que le abrió las puertas de su propia casa y Liam vivió junto a ellos hasta que tuvo edad suficiente para independizarse, librándose así de terminar en un centro de acogida. Años después, cuando su carrera musical empezó a despegar, quiso que fuese su manager, porque era la única persona de la que se fiaba hasta ese punto.

Sin embargo, durante la mala racha que pasó, los años más turbulentos de su vida, tuvo una fuerte discusión con Greg. No quería oír sus consejos ni seguir el camino que su amigo quería para él, así que, en un arranque de cólera, terminó despidiéndolo. Unos meses más tarde, su mundo se truncó de golpe y se encontró en un pozo oscuro en el que era imposible que pudiese ver nada. Greg fue el único que acudió a rescatarlo. Todos los demás amigos que había hecho durante su ascenso hacia la fama parecían evitarlo cuando las cosas empezaron a ir mal. Y en ese momento Liam empezó a entenderlo todo.

—¿En qué cabeza cabe que fueses a darle una entrevista en la puerta de tu casa? —Greg se sentó en la mesa de la cocina—. Esa chica está chiflada. ¡Y dice que soy tu niñera!

—Eso ha sido gracioso. —Matilda rio por lo bajo.

—No ha tenido ni pizca de gracia —gruñó Liam.

Después se levantó y salió de la cocina rápidamente.

—¿Y a este qué mosca le ha picado? —preguntó Matilda.

—No lo sé, pero está raro. —Greg se encogió de hombros—. Ya sabes que no le gustan los imprevistos.

Liam subió a su dormitorio y se tumbó en la cama. Era una estancia inmensa en la que él solía hacer vida, con el techo inclinado al ser la buhardilla de la casa y el punto más alto. A un lado estaba la cama, pero, en el otro extremo había un par de sofás, una mesita pequeña y varias guitarras alineadas. Una alfombra de pelo en el suelo y la calefacción encendida le daba un toque hogareño al dormitorio algo oscuro.

Suspiró sonoramente sin apartar la mirada del techo. No sabía qué le había pasado ahí abajo, delante de esa chica, pero se sentía como la mierda después de haberle dicho a la cara que era una pobre idiota. Aunque, por otra parte, eso había solucionado el problema, así que no podía evitar sentirse aliviado al perder de vista a la princesita.

A pesar de que seguía sin quitársela de la cabeza.

Había algo en esa mirada directa, transparente y gris que despertaba sensaciones imprevistas en él. Con el pulso aún algo descontrolado, Liam se levantó de la cama y se acercó hasta la zona de los sofás. Cogió una guitarra y se sentó. Al principio no hizo nada, solo se quedó mirando el suelo de madera mientras pensaba en el dolor de su mirada, en sus palabras y en lo imprevista que estaba siendo aquella mañana. Después, de repente, sus dedos

se movieron casi solos y un par de notas sonaron, débiles y suaves, hasta que los minutos pasaron y fueron haciéndose más fuertes e intensas, cargadas de sentimientos...

—¡Menuda sorpresa! —Greg lo miró desde la puerta.

Liam dejó la guitarra a un lado y parpadeó algo confundido. No sabía cuánto tiempo había estado tocando, si una hora o toda la mañana. Había vuelto a perder la noción del tiempo perdido entre la música, algo que antiguamente le ocurría a menudo.

—¿Qué hora es? —preguntó levantándose.

—Me lo tomaré como una buena señal. Es la una.

Así que sí que había pasado el tiempo finalmente...

—¿Te marchas ya? —le preguntó.

—Sí, les prometí a Sarah y los niños que comería con ellos.

—Dale saludos de mi parte —contestó antes de verlo marchar.

Aunque pasaba junto a él casi toda la jornada, Greg tenía una familia que atender. Una familia que Liam adoraba, porque su mujer y los críos eran maravillosos. Muy en el fondo, aunque él jamás lo admitiría, envidiaba aquello. Que, al caer la noche, mientras él se quedaba solo en su dormitorio, como siempre, Greg se marchase a una casa cálida, junto a una chica que lo recibía todos los días con una sonrisa y que estaba tan enamorado de él como él de ella, con unos hijos que solo querían jugar y divertirse. Liam ya sabía que él jamás tendría nada de todo aquello y, aunque lo había aceptado con el paso de los años, desde una distancia prudencial y segura a veces aún lo anhelaba. Si no hubiese sido un idiota eligiendo el camino inadecuado, quizás

en aquel momento su vida sería también así, llena de amor y buenos momentos. Pero perdió esa oportunidad y ahora era tarde para lamentarse.

Estaba bajando los escalones para ir a la cocina a comer cuando vio que Greg entraba de nuevo en la casa, con la frente arrugada y una mueca en los labios.

—¿Qué ocurre? ¿No te ibas?

—Sí, pero he pensado que debería avisarte antes...

—Eso no suena nada bien —adivinó contrariado.

—La chica chiflada sigue ahí, en la puerta.

—¿Bromeas? —El corazón le latió más deprisa.

—No. Y tengo que irme ya, así que espero que puedas manejar esto tú solo. Pero, si me permites un consejo, creo que es una de esas fans fatales. Deberías llamar a la policía y dejar que ellos se encarguen de esto. Es lo mejor. De todas formas, llámame si tienes problemas.

—Vale. Nos vemos mañana —se despidió.

—Buena suerte. —Greg salió decidido.

Liam se sentía justo al revés: inseguro.

¿Qué iba a hacer con esa chica necia?

5

Olivia tenía tanto frío que se había pasado la mañana caminando de un lado a otro de la calle. No sabía cuántas veces la había recorrido, pero sabía que había setenta y tres adoquines, porque los había contado sin descanso, intentando entretenerse. Para más inri, se había quedado sin batería en el teléfono móvil y el aburrimiento y la congelación no eran buenos aliados para pasar el rato. Imaginó que, en aquellos momentos, en Nueva York, las calles estarían llenas de gente comprando regalos navideños y tomando chocolate caliente. En cambio, ella estaba a punto de convertirse en un cubito de hielo y, dentro de miles de años, la estudiarían en algún museo porque su cadáver habría quedado conservado perfectamente gracias al frío. Entre ese panorama y lo que había ocurrido horas atrás, Olivia había pensado un millar de veces en la idea de abandonar la misión y regresar a su confortable y cálido apartamento para meterse debajo de una manta o en un baño de agua caliente.

El problema era que sabía que, si se iba, perdería su oportunidad.

Ya había fallado al golpearse contra él en aquel local.

¿Cuántas posibilidades más tendría de conseguir cruzarse con él en las próximas semanas? Ninguna. Bajo cero, como la temperatura que la acompañaba. Si se marchaba, habría fracasado. Liam Carter no se dejaba ver por ningún lugar, porque, si él hubiese sido uno de esos famosos que

frecuentaban algunas discotecas o restaurantes conocidos, ella habría buscado la manera de coincidir en otro sitio. Pero no era el caso.

Así que, a pesar de que tenía ganas de llorar, aguantó como pudo hasta que, cansada, terminó sentándose en el borde saliente de un trocito del muro. Se miró los pies, enfundados en esos altos zapatos de tacón y las ridículas medias, sintiéndose tonta. Parpadeó para no llorar mientras sacaba la grabadora que llevaba en el bolso. No había dejado de pensar en ella en ningún momento, pero había intentado evitar caer en una tentación tan dañina. Sin embargo, en aquellos momentos se dejó vencer, al tiempo que se frotaba la nariz congelada por el frío, y después de rebobinar hacia atrás le dio al botón de *play*.

Primero se escuchó a sí misma diciendo con su voz cantarina: *¿Puedes confirmar si harás una nueva gira pronto?*, y después un silencio tenso y largo lo llenó todo. Hasta que Liam Carter lo rompió. *Ya lo entiendo. Empiezo a entenderlo. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Así que eres la típica princesita mimada y con pocas neuronas a la que probablemente sus jefes han mandado aquí para que haga el ridículo y rasque algún momento irrisorio que poder sacar en alguna columna de las últimas páginas de algún medio de internet. Pobrecilla. Tan guapa y tan pocas luces.*

Olivia se estremeció al volver a escucharlo y, como si quisiese torturarse a sí misma, volvió atrás la cinta y la oyó de nuevo, una y otra vez, mientras las palabras iban calando en ella en cada ocasión con más fuerza porque, de algún modo, Liam había dado en el clavo.

O al menos eso era lo que todos pensaban.

Que ella era tonta. Una idiota con una cara bonita.

Era cierto que no había hecho nada a lo largo de su vida para demostrar lo contrario, pero aún así le seguía doliendo que se lo dijeren. Y especialmente él, aunque no sabía por qué. Había sido duro y frío. Olivia aún se estremecía al recordarlo. Su primer instinto había sido huir y buscar la parada de autobús más cercana, pero allí seguía, encogida sobre sí misma y escuchando la grabación en bucle como si se hubiese vuelto majara.

En esos momentos odió a sus hermanos.

Ella los tenía en un pedestal y vale que entendía que debía demostrarles interés y ganas si quería tener un hueco en la empresa, pero se sentía tan tonta después de las palabras de Liam que era incapaz de ver nada más allá de lo ridícula que debía de parecer en esos momentos.

Empezó a contar de nuevo los adoquines de la acera cuando escuchó algo tras ella y vio que una señora mayor y regordeta salía de la casa y caminaba hacia allí. Se quedó callada, esperando, hasta que la mujer se paró delante de ella y pasó entre las rejas de la puerta un anorak grande y abultado, con pelo de borreguito por dentro.

—Toma, chiquilla, que vas a congelarte.

—Gracias... —titubeó confundida—. Es usted muy amable.

—En todo caso, agradéceselo a Liam, que no quiere verte congelada delante de su puerta. ¿Se puede saber qué estás haciendo? Una chica como tú no debería estar aquí.

—No es nada personal —explicó Olivia—. Es que necesito conseguir una entrevista.

—¿Acaso no sabes que Liam no accede a ese tipo de cosas?

—Sí, pero sigue siendo mi única opción...

—Chiquilla insensata. —Matilda negó con la cabeza—. ¿Cómo te llamas?

—Olivia —contestó mientras se ponía el anorak. De inmediato se dio cuenta de que era de Liam Carter, en cuanto inspiró hondo y su olor suave le llegó de golpe—. Dale las gracias de mi parte por la chaqueta. Aunque también podrías decirle que todo esto acabaría antes si simplemente saliese aquí y respondiese un par de preguntas...

—Qué testaruda. Tal para cual —añadió sacudiendo la cabeza.

—Dudo que nos parezcamos en algo —replicó ella.

—Oh, ¡ya lo creo que sí! —Matilda sonrió—. De modo que, por lo que veo, pretendes quedarte aquí. ¿Hasta cuándo, si puede saberse? ¿Hasta la cena de Nochebuena?

—Como he dicho, hasta que consiga...

—... la entrevista —terminó por ella.

—Eso es. —Asintió satisfecha.

—La que se nos viene encima...

Matilda se marchó sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro y volvió a entrar en la casa. Olivia suspiró hondo, intentando coger fuerzas. Pensó que en esos momentos podría estar en un spa, o delante de una chimenea, o en una tienda del centro fundiendo su tarjeta bancaria, y sin embargo estaba allí, como una demente.

Era el precio de sus sueños. Valdría la pena.

Se convenció de ello mientras sacaba la grabadora de nuevo y se envolvía

mejor en esa chaqueta grande que olía a él. Le dio al *play* y su voz fría y seca volvió a colarse bajo su piel. *Pobrecilla. Tan guapa y tan pocas luces.* Parpadeó y se tragó las lágrimas.

En ese mismo instante, Matilda recogía sus cosas dentro de la casa mientras Liam la seguía por cada estancia como un niño desorientado y algo confundido.

—Así que vas a irte, me dejas solo con el problema...

—*El problema* es una chica, Liam, creo que puede manejarlo.

—No parece que esté surgiendo efecto —se quejó.

—Culpa tuya. Podrías haber llamado a la policía y en cambio me has pedido que le dé una chaqueta. De todos modos, no creo que sea peligrosa, solo es tan testaruda como tú.

—Testaruda... bonita forma sutil de llamar a una loca.

—No creo que esté loca, Liam. Pero es cabezota.

—Lo que tú digas —resopló enfadado.

—Si te da problemas, llama a las autoridades. No creo que la detengan ni nada por el estilo y menos si no pones denuncia, simplemente se la llevarán de aquí y te dejará tranquilo. Si es que es eso lo que tanto quieres —añadió y esa última coletilla lo dijo con un tono de voz que a Liam no le gustó, como si Matilda supiese algo que él aún desconocía.

—Vale, nos vemos mañana.

—Buenas noches, cielo.

Le dio un beso en la frente, aunque sabía que él odiaba que hiciese eso casi tanto como que usase apelativos cariñosos para llamarlo o se comportase

como una madre, a pesar de que, pese a todo, lo hacía constantemente. Liam esperó hasta que se fue y después se metió en la cocina y buscó algo de picar para cenar, porque apenas tenía hambre.

Encendió la cámara de vigilancia y la contempló durante un largo minuto. Estaba sentada, con la grabadora en la mano, bajo la luz de una de las farolas porque ya había empezado a anochecer. Suspiró airado y apagó la cámara antes de coger unas cuantas patatas de bolsa.

¿En qué cabeza cabía tanta estupidez?

Se estaba poniendo de mal humor. Y encima se sentía culpable al pensar en el frío que hacía, en que estaba oscureciendo y en toda aquella loca situación.

No era la primera vez que una fan loca se encaramaba en la puerta de su casa, pero sí era la primera vez que esa chica se negaba a marcharse después del primer aviso. Normalmente bastaba la corta intervención de Greg para que diesen media vuelta, cohibidas, y regresasen por donde habían venido sin dar más la murga.

Pero para todo había una excepción.

Pasó un rato más distraído, tocando un poco la guitarra, apuntando alguna idea suelta, un par de acordes, una frase que no sabía bien dónde encajar en la letra de una canción...

Aunque era poco, ya suponía casi más que lo que había hecho en los últimos meses, en los que había sido casi incapaz de coger una guitarra, porque incluso el peso del instrumento parecía despertar en él sensaciones poco agradables, como si lo hundiese.

Pero seguía estando intranquilo, cada vez más nervioso.

Así que terminó dejando la guitarra a un lado, buscó un cigarrillo y se lo encendió antes de abrir el balcón que daba a su dormitorio y salir allí para fumar a pesar del frío que hacía. Cuando tuvo ese pensamiento se estremeció al recordar que ella estaba ahí fuera. Miró hacia la puerta, puesto que desde el punto más alto de la casa tenía unas vistas privilegiadas, y distinguió un pequeño bulto sentado enfrente. Maldita fuera la princesita dichosa.

Vio que el cielo estaba lleno de estrellas cuando expulsó el humo de la última calada y después terminó apagando el cigarro mientras resoplaba, antes de cerrar el balcón. Muy a su pesar, se encontró buscando por inercia propia una chaqueta y cogiendo las llaves antes de salir de la casa. Caminó con zancadas grandes hacia ella y la llamó.

—Eh, tú, levanta. Vamos, no tengo todo el día.

Olivia se incorporó despacio, mirándolo incrédula.

—¿Vas a concederme esa entrevista?

—Claro que no. Pero entra, antes de que te congeles y termine siendo cómplice de tu muerte —dijo malhumorado al tiempo que se hacía a un lado para dejarla pasar—. Camina más rápido, no tengo todo el día —añadió mientras se dirigían hacia la casa. Olivia estaba tan consternada por lo que estaba ocurriendo que por primera vez en mucho tiempo no supo qué decir. Se limitó a seguirlo hasta que entraron en la propiedad, que estaba caliente gracias a la calefacción—. Quédate quieta en la cocina y no te muevas. Iré a llamar a un taxi.

Ella quiso decirle que no lo hiciese, porque necesitaba tiempo para hacerle todas sus preguntas, pero él desapareció antes de que pudiese hablar y, por

otra parte, se sentía tan cansada y helada que empezaba a rendirse. Lo único que deseaba era meterse en su confortable y cómoda cama y dormir durante más de diez horas seguidas.

Liam la miró de reojo cuando regresó a la cocina.

—Hay un poco de atasco, pero no tardará. O eso espero. —Abrió la nevera—. Imagino que no habrás probado bocado desde esta mañana, ¿qué te apetece?

—No es necesario...

—¿Un sándwich de pollo?

—De acuerdo.

Él sacó dos rebanadas de la nevera y abrió una fiambarrera llena de tacos de pollo con tomate con lo que rellenoó el aperitivo. Lo sirvió en un plato y se lo colocó delante, en la mesa, antes de sentarse frente a ella, suspirar y cruzar los brazos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Olivia —respondió cohibida.

Después de todo ahora por fin lo tenía delante y, sorprendentemente, ella se sentía más tímida que nunca, cuando siempre había sido una chica extrovertida y abierta. Pero había algo en la intensidad de sus ojos. Algo oscuro. Casi peligroso.

—Así que, por lo que veo, Olivia es mi nueva fan número uno —bromeó sin demasiado humor—. ¿Nadie te ha dicho que está mal eso de no respetar la intimidad de los demás?

—No soy tu fan —replicó ella.

Él parpadeó confundido.

—¿Qué intentas decirme?

—No me malinterpretes, el concierto que diste el otro día fue precioso, me encantaron las canciones, pero creo que era la primera vez que te escuchaba. En realidad, no me gusta demasiado la música. No me mires así, tampoco es algo tan grave...

Liam estaba horrorizado. También lleno de curiosidad.

Si no era una fan loca, ¿qué hacía allí esa chica?

¿Y cómo era posible que no le gustase la música? Esa afirmación era casi un insulto para alguien como él, que vivía por y para ello, que no había nada que amase más...

—¿Esta conversación tiene truco? ¿Es una broma?

—Me temo que no. ¿Qué te parece tan desconcertante?

—Tú. Si no eres seguidora mía, ¿qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho antes, necesito una entrevista.

—¿Para quién? ¿Por qué? —insistió contrariado.

—Es una historia muy larga —repuso Olivia.

—Tranquila, tenemos tiempo de sobra.

—El sándwich está muy rico, por cierto.

—No te salgas por la tangente, princesita.

—Que me llames así no ayuda —contestó airada.

—Es que, ¿a quién se le ocurre vestirse de esta manera uno de los días más fríos del año para quedarte plantada delante de una puerta? —preguntó él mirándola de nuevo de arriba abajo. Ahora que se había quitado la chaqueta

dentro de casa, el escote con forma de corazón del vestido estaba a la vista, justo delante de sus ojos, y Liam notó que se le secaba la boca. Ni siquiera entendía por qué. Ella no era su tipo en absoluto. A él nunca le habían gustado las mujeres de aspecto frágil y adinerado, sino más bien todo lo contrario. Y Olivia parecía una muñeca de porcelana inalcanzable, una princesita en todo su esplendor.

—Reconozco que eso ha sido un error de cálculo, sí.

—Vale, y ahora cuéntame toda la historia.

Olivia suspiró hondo. Se sentía como un conejo atrapado en su madriguera y el problema era que en la salida solo había un perro de presa llamado Liam. No tenía escapatoria, aunque, quizás, su mejor opción era ser sincera y cruzar los dedos para que él entendiese el dilema en el que se encontraba y diese su brazo a torcer. ¡Solo era una dichosa entrevista!

—En realidad mi nombre completo es Olivia Miller y, como te estarás imaginando, la revista Golden Miller pertenece a mi familia. La cuestión es que mis hermanos no me dejan participar en el negocio porque piensan que soy una irresponsable o que no tengo nada que aportar y, cuando les pedí una oportunidad, me dijeron que me la darían si conseguía una entrevista de un tal Liam Carter. Así que acepté. Porque, claro, por aquel entonces yo no sabía que ese Liam era un tipo cabezón que llevaba años escondiéndose de la prensa.

El silencio que precedió a su explicación fue largo, hasta que, instantes después, la risa ronca de Liam llenó la cocina. Olivia pensó que era el sonido más maravilloso que había oído en mucho tiempo y él se sorprendió al darse

cuenta de que lo estaba haciendo, estaba riéndose, cuando hacía tanto tiempo que eso no ocurría que apenas recordaba cuándo fue la última vez que se relajó lo suficiente como para dejar escapar una carcajada tan sincera.

—Genial. —Olivia se puso en pie enfadada—. Así que además de llamarme antes tonta a la cara, ahora esto parece hacerte mucha gracia. ¿Sabes? Eres un imbécil.

Liam la miró admirado, todavía sonriendo.

Estaba tan acostumbrado a que todo el mundo lo halagase e intentase complacerlo cada vez que salía de casa que casi le gustó que ella lo llamase *imbécil*. Se puso en pie y, antes de que Olivia pudiese salir de la cocina, la cogió de la mano y tiró de ella hacia él. Intentó ignorar la calidez que lo sacudió por aquel contacto. Fue electrizante. Tragó saliva un poco nervioso.

—Lo que he dicho antes no era cierto —se disculpó.

—No te molestes, sé que lo piensas. Lo veo en tus ojos.

La respuesta de ella lo pilló de improviso. Suspiró, sin saber qué decir. Sí que era verdad que lo había pensado, pero solo por cómo se comportaba ella, como si estuviese chiflada y se permitiese decir y hacer lo primero que se le pasase por la cabeza. Sin embargo, puede que las primeras impresiones no siempre fuesen las más certeras.

—¿Me dejas que te enseñe algo?

Olivia dudó, aún confundida por todo lo que estaba ocurriendo en tan poco tiempo. Se daba cuenta de que Liam era más complejo de lo que parecía a simple vista.

—Vale —accedió, porque, total, si no le iba a conceder la entrevista,

tampoco tenía mucho más que hacer allí. Así que, cuando lo siguió al piso de arriba, lo hizo casi arrastrando los pies, de repente cansada y desilusionada por no haber conseguido su cometido.

—Siéntate ahí. —Él señaló un sofá.

—¿Me has traído a tu... tu dormitorio...?

—Tranquila, no es lo que estás pensando.

—Vale, porque sería una situación incómoda.

—¿En serio? —Liam se sentó a su lado y cogió una guitarra. Después la miró de reojo con aire divertido—. Nadie lo pensaría si tuviese en cuenta lo que dijiste el día del concierto.

—¿Cuándo choqué contigo? No, no dije nada. No recuerdo...

—Dijiste exactamente: “*Podría... besarte... o lamerte la cara*”.

Olivia soltó un gritito y lo miró horrorizada mientras él volvía a reírse como hacía tanto tiempo que no ocurría. Ella inspiró hondo, intentando en vano recordar lo que había ocurrido aquella noche, porque al parecer el golpe la había dejado medio tonta. Por supuesto que lo pensaba, desde luego Liam tenía unos labios que sin duda podría besar. De hecho, sintió un estremecimiento al imaginar a qué sabrían, si sus besos serían tan oscuros como él mismo o si estarían cargados de la intensidad que prometían sus ojos.

—No te creo —se defendió nerviosa.

Él estaba demasiado cerca. De repente, era consciente del calor de su cuerpo y de sus piernas estaban a punto de rozarse. También de lo atractivo que resultaba allí a su lado, con esa guitarra en la mano y una sonrisa canalla

curvándole los labios.

—Yo no miento. Nunca —contestó él.

—Pues estaría ida, ¡me diste un buen golpe!

—¿Yo te di un golpe a ti? Creo que fue al revés.

—Lo que sea. La que se llevó un chichón fui yo.

—Muy merecido. Ahora entiendo qué hacías en los camerinos, ¿pretendías conseguir una entrevista allí mismo, en los pasillos? ¿Tu testarudez no tiene límites?

—La tuya tampoco, por lo que veo. No estás dispuesto a ceder.

—Claro que no. Es mi vida. Mi intimidad.

—Ni siquiera sé que hago aún aquí...

—Shh. Calla y escucha, cierra los ojos.

Olivia quiso replicar aquella orden, pero ante la insistencia de su mirada terminó haciéndolo mientras recostaba la cabeza en el respaldo del sofá, intentando entender los nervios que se agitaban en su estómago. ¿Por qué se sentía así? Casi como una chiquilla de diecisiete años que por primera vez entra en la habitación del chico de la clase que le gusta. Intentó ignorar que la cama de él estaba cerca, apenas a unos metros de distancia, esa en la que dormiría cada noche y por la que seguramente pasarían numerosas mujeres...

Pero entonces dejó de pensar en eso, porque las notas que sonaron lo invadieron todo, empezando por su cabeza y su corazón. Eran suaves, casi tímidas, y decían demasiado.

Liam movía los dedos despacio, tocando cada acorde y notando el tacto de las cuerdas de la guitarra en la piel de las yemas. Siguió haciéndolo mientras

la miraba a ella, que mantenía los ojos cerrados y la respiración ligeramente agitada. Miró su nariz respingona y sus rojizos labios entreabiertos. Miró sus mejillas aún enrojecidas por el frío y bajó aún más para contemplar el suave contorno de sus pechos que aquel escote dejaba ver. Liam se estremeció. Y cuando quiso darse cuenta ya no estaba tocando una canción que conocía bien después de tantos años, sino una nueva, que hasta a él mismo le sorprendió, porque eran otros acordes y otras notas distintas que, de repente, fluían y salían casi sin esfuerzo, encadenándose unas con otras hasta que, con el corazón acelerado, apartó la mirada de golpe de ella y dejó de tocar. Aun sentía el pulso desbocado cuando Olivia abrió los ojos despacio y le sonrió.

Hacía mucho que nadie le sonreía así, con tanta verdad.

—Si querías convencerme de que hay música que vale la pena, tengo que darte la enhorabuena —reconoció ella, todavía sintiendo la emoción flotando a su alrededor—. ¿Qué te ocurre? Te has quedado pálido. Más pálido de lo que ya estás, quiero decir.

—Nada. No es nada. —Liam se levantó y cogió un botellín de agua que tenía en la mesa. Dio un trago largo porque tenía la boca seca. No sabía qué había ocurrido. Pero, mirándola, se había sentido inspirado de nuevo. Puede que fuese una mera coincidencia. Tenía que serlo.

—De modo que este es el dormitorio de la leyenda...

Olivia miró a su alrededor con interés y curiosidad.

En ese momento, llamaron al timbre de abajo.

—Es el taxi. Vamos, levanta —dijo él.

—Menudas prisas —resopló ella.

Bajaron al vestíbulo. Olivia estaba en lo cierto, de repente Liam necesitaba que se marchase ya. Llevaba todo el día necesítándolo, o eso creía, cada vez con más insistencia, y por fin parecía que iba a conseguirlo. Cogió la chaqueta que le había dejado antes y que colgaba del perchero tras la puerta y se la dio. Ella negó con la cabeza.

—No es necesario, de verdad.

—Insisto. Quédatela.

Abrió la puerta y Olivia dio un paso al frente.

—A pesar de todo, gracias por ser tan amable.

Liam iba a contestar que no era nada, pero justo en ese momento ella se puso de puntillas y le dio un inesperado beso en la mejilla. Fue suave, pero firme. Él contuvo el aliento, confundido por las sensaciones que se agitaron en su pecho. Después, aún nervioso, vio cómo ella se alejaba caminando encima de esos ridículos y altos zapatos de tacón hasta llegar al taxi que la esperaba en la puerta. Subió, se puso el cinturón, y desapareció.

Lo que no se marchó con la misma rapidez fue todo lo que había despertado en él, a pesar de que Liam intentó borrar el recuerdo de aquel día. O de aquellos días, contando el del concierto acústico que había dado. Se dio una ducha, se puso cómodo y se metió en la cama, pero, cuando pasadas las tres de la mañana, se levantó incapaz de conciliar el sueño y cogió la guitarra, dejó que el recuerdo de ella regresase de nuevo y se dejó llevar por la música antes de coger una libreta nueva y empezar a anotar cosas que, por suerte, aquel día no terminaron hechas una bola de papel en el otro extremo de la estancia.

6

Olivia se dio la vuelta en la cama haciéndose un ovillo con las mantas e intentó volver a dormirse, porque la alternativa era ponerse en pie, empezar un nuevo día y aceptar que había fracasado. Visto en perspectiva, ahora se sentía un poco ridícula. ¿En qué momento pensó que era buena idea plantarse delante de la puerta de la casa de Liam Carter? Era evidente que él jamás le concedería esa entrevista, ni a ella ni a nadie, y que sus hermanos le habían jugado una mala pasada y estaban disfrutando poniéndola en aquella tesitura.

Ese año pensaba gastarse poco en sus regalos navideños.

Estaba enfadada con ellos. No solo porque se la habían jugado, sino porque además todo había salido mal más allá de no conseguir esa dichosa entrevista. Había salido de casa de Liam sintiéndose un poco más tonta que el día anterior (cosa que él había remarcado claramente) y, encima, un tanto fascinada por un hombre que pensaba que era una pobre loca.

Hundió la cabeza en la almohada y resopló.

Si él no hubiese sido tan guapo...

No era solo que fuese guapo, sino el aura que tenía a su alrededor, ese halo de misterio y de oscuridad que más que causar rechazo suponía todo lo contrario, despertaba curiosidad. Y su voz cuando cantaba era suave y perfecta, casi como su intensa mirada azul. Olivia no podía dejar de

preguntarse qué secretos escondía Liam, por qué había cambiado tanto en los últimos años, qué le había ocurrido, cuál había sido el detonante de aquello...

No había podido evitar darle un beso en la mejilla al despedirse.

Al menos, ahora que sabía que no volvería a verlo, podía quedarse con ese recuerdo atesorado para siempre. O eso quiso pensar mientras se ponía en pie y cogía al batín que había dejado a los pies de la cama la noche anterior. Fue a la cocina, encendió la cafetera y miró por la ventana. Hacía un día frío y gris, como todo el invierno en Nueva York.

Se preparó una tostada y, después, mientras se la comía con aire distraído, cogió la carpeta en la que guardaba todo lo relacionado con su proyecto, su sueño. Lo revisó una última vez con aire distraído y poco esperanzado. Si era lista, sabía que lo mejor que podía hacer aquel día era prepararse para esa misma tarde subir a casa de su hermano mayor y admitir que no iba a poder cumplir con el reto que le habían pedido. Una retirada a tiempo era mejor que un fracaso estrepitoso o alargar lo que ya era inevitable.

No es que ella se rindiese fácilmente, es que la idea de volver a casa de Liam y plantarse en su puerta un segundo día con la esperanza de sacarle de sus casillas y de que le concediese esas preguntas solo por resignación, ya no era una opción. Porque le dolía que él pensase que era tonta y no quería darle más razones de peso, incluso aunque sus caminos no fuesen a volver a cruzarse. Era una cuestión de orgullo, un sentimiento que no sabía explicar.

Así que se pasó el resto de la mañana ensayando el discurso que le daría a Dominic y Blake. Luego se entretuvo reorganizando parte de su inmenso vestidor y, al caer la tarde, se decidió por ponerse unos vaqueros cómodos y

una sudadera para subir al ático en el que vivía su hermano, el piso más grande de aquel edificio de los Miller.

Al parecer llegó demasiado pronto, porque fue Ava la que abrió, la novia de su hermano. La invitó a pasar al comedor, donde al parecer estaba con algunas amigas. Gina, su otra cuñada, y Jane y Zoe, dos chicas que trabajaban también en la empresa. De hecho, Jane era la prometida de Gabe, un amigo de la familia desde que eran niños; se habían criado juntos.

—Quédate un rato a tomar algo —la animó Ava.

—No tengo mucho tiempo —mintió—. Buscaba a Dominic.

—Tenía una reunión y me dijo que llegaría más tarde.

—¿Un zumo? —La animó Gina sonriente, como siempre.

—De acuerdo. —Se sentó en el sofá entre las chicas.

—¿Qué tal vas con esa entrevista? —le preguntó Gina.

—Mal. Muy mal. Cuesta abajo y sin frenos. Vamos, que no voy a conseguirlo.

—¿Qué tipo de entrevista es? —se interesó Zoe.

—Una con Liam Carter. Un imposible.

—¿Liam Carter? ¿No es el músico que lleva años sin hablar con la prensa? —preguntó Jane—. ¿Por qué te pedirían que lograses algo semejante si...? Ah, vale, ya lo entiendo. Ese era el plan, ¿no? Mandarte algo que no pudieses conseguir. Qué idiotas.

—O qué listos. —Olivia suspiró con fastidio.

—¿No hay ninguna posibilidad de que contactes con ese chico?

—En realidad, lo hice. Es más, anoche estuve en su casa... en su

dormitorio... —Se silenció al ver las caras de las demás y darse cuenta de lo raro que sonaba todo aquello—. ¡No, no es lo que parece! Es una historia muy larga, pero la cuestión es que Liam no va a darme esa entrevista. Aunque es un buen chico, no sé, me gustaría entenderlo...

—¿Un buen chico? —Zoe rio—. Más bien todo lo contrario. Créeme, yo era su fan número uno años atrás, cuando era joven y estaba en la universidad. Y siempre fue un chico malo.

—Pues no lo parece —terció Olivia.

—Confía en mí. Antes era distinto.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Se comía el escenario. Y se ponía hasta las trancas.

—Algo he oído... —respondió Olivia con incomodidad. No sabía por qué, pero de repente le incomodaba estar hablando a las espaldas de Liam de algo así, ¡ni que fuesen amigos! Sacudió la cabeza e intentó olvidarlo—. Pero parece que se ha recuperado.

—Sí, eso dicen. —Zoe se encogió de hombros.

—Seguro que aún guardas algún póster de él —bromeó Jane dándole un codazo a su amiga y Zoe se sonrojó antes de beber un sorbo de su café con leche—. Venga, admítelo.

—Son recuerdos de la adolescencia —se defendió Zoe.

Olivia se quedó un rato más con ellas mientras Gina se quejaba de los vómitos del embarazo y del sueño constante que tenía durante aquellas semanas. Se marchó prometiendo que volvería en un par de horas para hablar al fin con Dominic de aquel asunto y, al volver a su apartamento, suspiró

hondo dejándose caer en el mullido sofá.

Aburrida, giró la cabeza y vio la grabadora sobre la mesa auxiliar, justo donde la había dejado la noche anterior al llegar a casa. La cogió y pulsó el botón de play para volver a escuchar su voz, esas palabras dolorosas que él había dicho sobre ella...

Se incorporó de golpe al oír el sonido del timbre.

Cuando abrió la puerta, Greg, el manager de Liam, estaba allí, mirándola con interés a pesar de su expresión cansada y con una carpeta bajo el brazo.

—Hola. ¿Olvidé algo en...?

—No —la interrumpió—. ¿Puedo pasar?

—Supongo que sí. —Se hizo a un lado.

Antes de que ella pudiese preguntar, Greg entró en el salón y se acomodó en el sofá. Abrió la carpeta que traía con él y dejó sobre la mesa central un par de papeles grapados.

—Voy a ir directo al grano, Olivia —le dijo sin titubear—. Verás, mi cliente, Liam Carter, quiere algo de ti y, al parecer, tú también esperas conseguir algo de él. Una entrevista, por lo que tengo entendido. Debido a un acontecimiento inesperado, hemos hablado sobre ello y llegado a un acuerdo razonable con el que espero que estés contenta.

—¿De qué se trata? —preguntó intrigada.

—Un trato. Liam está dispuesto a responder una pregunta cada día que tú vayas a visitarlo. No tienes que hacer nada especial, tan solo *estar* —explicó Greg.

—¿*Estar*? ¿Qué sentido tiene eso?

—No hace falta que lo entiendas.

—Ya, pero preferiría hacerlo.

Greg sonrió en respuesta y se frotó las manos.

—Por lo visto, para sorpresa de todos, puedes llegar a resultar inspiradora. Y Liam necesita ese pequeño empujón para seguir componiendo y poder sacar un disco a finales del próximo año. A veces el mundo artístico es así, inesperado. Pero parece perfecto cuando es la manera más fácil de que los dos saquéis provecho y consigáis lo que buscáis.

—Una pregunta por cada día...

—Considero que es un trato justo.

—Eso parece —contestó Olivia.

Ella intentó esconder el cosquilleo que sentía ascendiendo por su tripa en aquellos momentos. Era como estar flotando. No podía creer que aquella oportunidad hubiese aparecido en su puerta así, de buenas a primeras, cuando ya lo daba todo por perdido. Quería gritar de la emoción y de los nervios. Aunque por otra parte... pasar tiempo con Liam no iba a ser fácil, no cuando se sentía en plena ebullición al tenerlo cerca.

—De acuerdo, ¿eso es todo? —Quiso asegurarse.

—Sí, pero deberás firmar un contrato de confidencialidad. Nada de lo que veas o escuches mientras estés allí puede ser utilizado para esa entrevista. Te ceñirás a hacer una pregunta al final del día y publicarás la respuesta que él te dé, nada de alterarlo a tu gusto.

—¡Claro que no! ¡Nunca haría eso! ¿Por quién me tomas?

—No lo sé, por una chica que se quedó delante de una puerta durante casi

un día entero cuando en las noticias anunciaban próximas nevadas —bromeó Greg.

—Solo intentaba conseguir mi propósito.

—Eso era evidente —se rio por lo bajo.

—A ver, déjame ver ese contrato. —Olivia se lo quitó de las manos ante la atónita mirada de Greg, que era incapaz de apartar los ojos de la chica que tenía delante. Le intrigaba que alguien como ella, tan distinta a Liam en todos los sentidos, lo hubiese inspirado—. De acuerdo, creo que todo está en orden. Necesito un bolígrafo para firmar.

—Toma el mío —se adelantó él.

—¿Y cuándo empezamos?

—Ya mismo. —Greg sonrió.

—¿Ahora? —preguntó alterada mientras él se ponía en pie—. Perdona, pero antes tendría que cambiarme de ropa y maquillarme. No estoy lista para irme ya.

—A Liam le da absolutamente igual que estés maquillada o no.

—¡Pero a mí no! —protestó.

—El coche nos está esperando.

—Que espere un poco más.

—Ya es tarde. Lo tomas o lo dejas.

Greg ignoró sus quejas y se encaminó hacia la puerta. Al final, Olivia lo siguió cabreada, resoplando mientras bajaban en el ascensor y subía en el coche que estaba aparcado en la acera. No dijo nada mientras se dirigían hacia la casa de Liam Carter, pero sí se lamentó por no haber tenido tiempo

para cambiarse. Seguía llevando vaqueros, deportivas y la sudadera que se había puesto esa tarde, la ropa que usaba para estar cómoda por casa.

Suspiró, con la cabeza pegada a la ventanilla del coche.

Luego sonrió al pensar en Liam y en aquel inesperado golpe del destino. Aunque le aterraba la idea de terminar quemándose si se acercaba tanto a él, no podía evitar desear verlo de nuevo. Ni siquiera sabía por qué. Lo único que tenía claro era que le gustaba, le había gustado desde la primera noche que lo vio en aquel concierto acústico, y negarlo era una estupidez.

7

Liam se revolvió el pelo, nervioso. Sabía que lo que estaba haciendo era una locura, la mayor de los últimos años, pero por primera vez se estaba dejando llevar por su instinto, ese mismo instinto que llevaba años ignorando y silenciando. Sin embargo, volver a tener una guitarra en las manos y sentir que sus dedos se movían solos, había sido una sensación tan mágica que no podía fingir que no había ocurrido. Se había pasado la noche en vela después de que Olivia se marchase, componiendo sin descanso cosas entremezcladas que, aunque no eran ninguna maravilla, ya suponían algo mejor que nada. Y todo gracias a ella.

Aún no lo entendía. No sabía por qué esa chica despertaba cosas que ya había dado por hecho que no regresarían. Lo había hecho reír. ¿Y cuánto tiempo hacía que él no se reía así, sin pensar en nada? Ni siquiera podía recordarlo. Su vida era una sucesión de días grises y vacíos en los que tan solo se mantenía en pie porque la música seguía tirando de él como si no estuviese dispuesta a dejarlo marchar. De no ser por eso, Liam ya se habría despedido.

De hecho, estuvo a punto de hacerlo años atrás...

Pero ahora todo eso había pasado y de repente esa chica de mirada despierta y gestos imprevistos había aparecido en su vida casi como un

salvavidas. Liam odiaba la perspectiva de concederle esa entrevista, pero si a cambio él lograba componer algo decente, le parecía un trato justo para los dos. Así que eso mismo le había dicho por la mañana a Greg.

Y ahora Greg estaba entrando por la puerta de su casa acompañado por la princesita, que parecía enfurruñada y no muy contenta. Liam contuvo una sonrisa mientras bajaba las escaleras y la miraba con atención. Llevaba vaqueros y sudadera. Estaba preciosa. Tenía la cara lavada y los ojos grises destacaban más sin todo ese maquillaje, como si tuviesen una luz diferente. Parpadeó contrariado y respiró hondo antes de saludarla.

—Ni siquiera me han dejado tiempo para cambiarme.

—Casi mejor —murmuró por lo bajo—. Vamos, sube.

Vio que Greg se marchaba ocultando una risita hacia la cocina y después se dirigió a su dormitorio con Olivia pisándole los talones. Se acercó a los sofás y cogió una guitarra.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —preguntó ella.

—Nada. Tan solo quédate por aquí, o siéntate ahí, o lo que te apetezca. No me mires así, esto no es tan raro. Simplemente haces que se despierte mi creatividad.

—Sigue sonando raro. —Sonrió acomodándose.

—No parece molestarte la idea.

—Porque obtendré mi beneficio.

Olivia no le dijo que, además que conseguir esa entrevista, le gustaba tener la oportunidad de pasar más tiempo con él. Se quedó un rato mirándolo, fijándose en cómo mordisqueaba la punta del lápiz que tenía en la mano antes

de apuntar cosas en una libreta. O en cómo su ceño se fruncía con concentración mientras cambiaba las notas o algo no le salía como quería exactamente. Era hipnótico. Olivia no podía dejar de mirarlo embobada.

Seguro que no sería la única, pensó poco después.

—¿A tu novia no le molesta que tengas una musa?

Liam levantó la vista y sonrió lentamente, sin dejar de tocar.

—Si lo que quieres es preguntarme si tengo novia, puedes hacerlo directamente.

—¿La tienes? —Olivia notó que se le enrojecían las mejillas.

—No. —Tocó tres notas más y suspiró hondo—. ¿Y tú?

—Tampoco. —Se recostó más en el sofá.

Los minutos pasaron rápido, a pesar de que no estaban haciendo nada en concreto. Olivia no podía dejar de mirarlo mientras él seguía tocando y tomando notas. Cuando algo fallaba, chasqueaba la lengua de un modo muy gracioso. Olivia se preguntó qué se sentiría al besar esos labios que parecían suaves, pero también firmes. Seguro que besaría de una manera intensa, como hacía todo lo demás por lo que ella había podido observar.

—¿En qué estás pensando, princesita? —Liam la miró.

—No me llames así. Lo odio —replicó ella.

—Tienes las mejillas coloradas —apuntó.

—¡No es cierto! —Se llevó las manos al rostro.

Liam se puso en pie y dejó la guitarra a un lado. Contempló a la chica que estaba sentada en su sofá, vestida con aquella ropa cómoda e informal, y deseó poder invitarla a que se quedase a cenar con él en casa. O a pasar toda

la noche. Se imaginó desabrochando el botón de sus vaqueros y acariciándole el estómago con las manos antes de quitarle la sudadera, pero sabía que jamás podría hacerlo y la razón se abrió paso aplastando el deseo que le hormigueaba en los dedos. Sacudió la cabeza y suspiró hondo.

—El coche que te ha traído te llevará a casa.

—¿Ya? —Olivia frunció el ceño—. De acuerdo.

—Es tarde. —La acompañó hasta la puerta.

Ella se giró y, sorprendiéndolo, le posó las manos en el pecho. Liam tragó saliva, nervioso, sin dejar de contemplar cómo sus pequeñas palmas presionaban contra su camiseta oscura. El corazón empezó a latirle más deprisa y se preguntó si ella podría sentirlo a través de la tela. Se miraron en silencio unos segundos, en la oscuridad del piso de arriba.

—No me puedo ir ya. Me debes una pregunta.

Liam respiró hondo, intentando tranquilizarse.

—Es verdad. Dispara, pues.

—¿Es cierto que tuviste problemas con las drogas?

El denso silencio se instaló entre ellos. Él se apartó.

—¿En serio pretendes empezar así la entrevista?

—¿Quién ha dicho que tenga que hacerte las preguntas por orden?

Liam se frotó la mandíbula con nerviosismo y dio media vuelta, volviendo a meterse en el dormitorio del que acababan de salir. Olivia lo siguió, mirándolo con cautela como si fuese una nueva especie de la que quería conocer todos sus secretos.

—No es el mejor momento, Olivia. Quizás otro día...

—Pero lo prometiste —susurró ella bajito.

—Es un tema complicado y me cuesta hablarlo.

Olivia abrió la boca para insistir, pero al ver su expresión suplicante la cerró e hizo un esfuerzo para apartar esa insana curiosidad. Sacó la grabadora de su bolso y, ante la mirada confusa de Liam, pulsó el botón de iniciar la grabación.

—¿Siempre supiste que querías dedicarte a la música?

Una sonrisa tierna se formó en los labios de Liam, que la miró agradecido antes de acercarse a ella caminando silencioso como un gato. Se plantó delante de Olivia, sin apartar sus ojos de los suyos como si un torrente cálido los conectase en aquel momento.

—No siempre. Mi madre guardaba una vieja guitarra en el desván que estaba llena de polvo y la encontré por casualidad una tarde, cuando tenía unos catorce años. Cuando su novio venía a verla a casa y yo me encerraba en la habitación, me entretenía tocándola, aunque no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Así que unos meses después me apunté a las clases optativas de música del instituto y empecé a aprender lo más básico, a escuchar por las noches a los grandes grupos de la época y a intentar imitarlos. Cada vez tocaba mejor. Cuando el profesor quiso que formásemos un grupo para tocar unas cuantas canciones durante el baile de fin de curso, yo ya sabía que dedicarme a la música era lo único que quería hacer.

Olivia no apartó los ojos de él mientras le daba al botón de *stop*. Se miraron unos segundos más, los dos vacilantes, como si estuviesen siendo testigos de algo que nadie más podía comprender. Ella había aflojado las

riendas cuando podría haber seguido presionándolo, porque estaba en su derecho y Liam le había prometido responder sus preguntas. A él le parecía que era un gesto minúsculo, pero que decía mucho de ella. Podría haber conseguido su propósito y sin embargo estaba en esos momentos guardando la grabadora en su bolso y preparada para marcharse sin nada demasiado sustancioso de él, aunque Liam había sido sincero como nunca al responder la cuestión que ella le había hecho.

La acompañó hasta la puerta en silencio. Ella salió decidida, pero él la sujetó de la muñeca y tiró con suavidad para que se girase y lo mirase de frente. Esta vez fue Liam el que se inclinó y le dio un beso inesperado en la mejilla, suave y confortable.

—Gracias —le susurró con sinceridad.

Olivia asintió y después se marchó. Cuando subió en el coche y se alejó de la casa, suspiró hondo, porque se sentía como si llevase quince minutos conteniendo el aliento. ¿Qué le estaba pasando? Se suponía que hacía todo aquello por su sueño. Esa era la prioridad número uno. Y sin embargo había estado dispuesta a ceder tan solo al ver la súplica de su mirada, cuando solo era un desconocido que no debería importarle en absoluto.

Cerró los ojos mientras recordaba el beso en la mejilla.

Y supo entonces que se estaba metiendo en un buen lío.

8

—No me lo puedo creer. —Dean la miró alucinado.

—Tampoco es para tanto —repuso Olivia encogiéndose de hombros.

—A ti siempre te pasan cosas locas que no consideras para tanto.

—Es como un intercambio de amigos —explicó ella—. Yo le inspiro, vete a saber por qué, y él responde mis preguntas, hace esa entrevista y me ayuda a cumplir mi sueño.

Dean cogió una camisa de la tienda y se la llevó al pecho, pero ella negó rápidamente con la cabeza indicándole que ese color no le quedaba nada bien. Le dio una que era de color azul y siguieron avanzando entre las hileras. A Olivia siempre le había fascinado la moda. Tanto, que le encantaba acompañar a sus amigos cada vez que tenían que asistir a algún evento o comprarse algo especial. Era divertido jugar con los colores, las texturas y los acabados.

—¿Te recuerdo lo que me dijiste aquella noche? —preguntó Dean con una sonrisita traviesa—. En el concierto. La primera vez que lo viste —añadió.

—No me suena haber dicho nada fuera de lo común...

—No, solo fue algo así como: *creo que me he enamorado*.

Dean la miró con una sonrisa de oreja a oreja y ella resopló.

—¡De eso hace mil años! —Sacudió la mano en alto.

—De eso hace un par de semanas, Olivia.

—Ya, pero todo ha cambiado mucho.

—¿Vas a decirme que no te gusta ni un poquito?

Olivia puso los ojos en blanco. Dean siempre sería su mejor amigo, pero a veces la sacaba de quicio, porque también era la persona más cotilla que conocía y muy testarudo. Quizás por eso se llevaban tan bien, porque en el fondo los dos eran muy parecidos.

—Ni un poquito, claro que no.

—Sé cuándo mientes, Olivia.

Ella suspiró hondo y se paró en medio de la tienda.

—Reconozco que es guapo. E interesante. Pero piensa que soy tonta y no parece importarle nada que no sea su música. Y tiene una parte oscura.

—Como si eso no te gustase... —Se echó a reír.

Olivia le dio un manotazo antes de sonreír y seguir caminando entre las hileras llenas de ropa. Después, cuando terminaron con las compras, comieron en una hamburguesería cercana y charlaron durante un par de horas hasta que se despidieron en la parada de taxis.

—Promete que me llamarás si ocurre algo interesante.

—¿Qué podría ocurrir? —Olivia sacudió la cabeza.

—No sé, ¿te parece normal lo que ya está ocurriendo?

Ella suspiró, se despidió de él con un beso y subió al taxi.

Puede que desde fuera pareciese algo de lo más peculiar, pero, una vez dentro, era más bien todo lo contrario. Por supuesto, Olivia era consciente de que no era algo común, aunque a los dos les funcionaba. Ella no se sentía

incómoda en su presencia. A pesar de la tensión, o de que había podido escuchar el latido de su corazón al apoyar las manos en aquel pecho firme, se sentía relajada a su lado. Como si supiese que podía confiar en él a pesar de no conocerlo. Era una seguridad extraña, que ella no había sentido antes, para empezar porque nadie le había interesado demasiado hasta ese momento, a pesar de que había salido con varios chicos a lo largo de su vida. Sobre todo, años atrás, en la universidad.

Había tenido líos esporádicos y se había divertido asistiendo a fiestas junto a su hermano Blake. Sin embargo, hacía ya un tiempo que no sentía que aquello la llenase ni la llevase a ningún lado. Lo que de verdad deseaba Olivia en aquellos momentos era algo distinto.

Cuando llegó a casa, se dio una ducha y se puso ropa cómoda justo antes de que el timbre de la puerta sonase. Al abrir, se encontró allí a Dominic y a Blake, sus hermanos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó dejándolos entrar.

—Ava me dijo que querías hablar con nosotros.

—Ah, pero eso fue la otra noche. —Chasqueó la lengua—. Ya no tengo nada que decir.

—¿En serio? —Blake se sentó en el sofá—. ¿Acaso estás cumpliendo tu parte del trato? —La miró burlón, pero hubo algo en la sonrisa de Olivia que le mudó la expresión—. No me jodas.

—Estoy en ello —aseguró contenta.

—No te creo —repuso Dominic.

Olivia se levantó con un suspiro, cogió la grabadora y buscó la pregunta

que le había hecho, la de *¿Siempre supiste que querías dedicarte a la música?* La voz de Liam se escuchó en toda la estancia a continuación, mientras respondía la cuestión y Olivia sonreía satisfecha.

—Puede ser un truco —gruñó Dominic.

—Aunque parece su voz... —admitió Blake.

—¿De verdad vas a ponerlo en duda?

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Eso no pienso decírtelo.

Dominic y Blake se miraron entre ellos, contrariados y algo confundidos, pero Olivia no dio su brazo a torcer y, pasados diez minutos, les dijo que tenía muchas cosas que hacer como para estar perdiendo el tiempo teniendo con ellos una conversación de besugos.

Una vez se marcharon, llamó al número del coche privado de Liam y acordó con el conductor cuándo pasaría a recogerla. En esa ocasión, decidió llevarse un par de cosas para entretenerse y se preparó una bolsa antes de dirigirse hacia allí.

Cuando llegó, Liam parecía estar de mal humor.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella mientras subían a su habitación. Una vez allí, se quitó los zapatos y se sentó cómoda en el sofá—. Pareces nervioso.

—No, solo he tenido un día de mierda.

—¿Por qué?

—Por la discográfica.

—¿Cuál es el problema?

—A veces presionan demasiado.

—Quieren que saques nuevo disco —adivinó.

—Sí, pero no entienden que no es tan sencillo. No pienso sacar al mercado cualquier cosa. Antes tiene que gustarme a mí. Y últimamente eso no me pasa.

—¿Ni siquiera conmigo aquí? —Olivia se rio tras hacer una mueca coqueta en broma y él terminó contagiándose de su buen humor y mirándola de reojo—. ¿No te atreves a responder? —Lo retó mientras se tumbaba en el sofá y Liam cogía una guitarra.

—Contigo aquí las cosas van mejor, pero queda mucho trabajo.

—Me gusta ser de ayuda —comentó distraída—. ¿Puedo saber por qué?

—Por qué, ¿qué? —preguntó él sin entenderla.

—Por qué te ayuda que esté aquí.

—Ojalá lo supiera... —susurró Liam.

Lo dijo en serio. Le gustaría saber por qué la presencia de Olivia lo había instado a coger de nuevo la guitarra e intentar hacer algo de provecho con su tiempo, pero no tenía ni idea. No era su tipo, aunque deseaba desnudarla y acariciarla hasta dejarla sin palabras y conseguir que no supiese que decir con esa boca tentadora que él miraba más de lo adecuado. Lo que no venía al caso, puesto que él jamás se lo permitiría. Sin embargo, más allá de sus cualidades físicas, lo hacía reír. Y llevaba tanto tiempo encerrado en sí mismo y en esa casa que Olivia había sido como un golpe fresco en su vida, un arranque de energía.

Estuvo tocando un rato más mientras ella se pintaba las uñas con aire

distraído y leía una revista mientras balanceaba los pies en alto. El contraste entre sus ropas elegantes y que fuese de una familia adinerada con el hecho de que siguiese comportándose como una niña desvergonzada, despertaba su curiosidad y, conforme la miraba y la música fluía a su alrededor en aquel dormitorio que cada vez le gustaba compartir más con ella, empezó a hacerse preguntas tontas. Como, por ejemplo, cuál sería su comida preferida. O cosas más serias, asuntos que de verdad le gustaría poder conocer. Si él hubiese sido un chico normal que se hubiese cruzado con ella por la calle o en un local de copas una noche cualquiera, se habría acercado hasta ella. Hubiese tonteado contándole alguna tontería, después habrían bailado y la habría invitado a tomar algo y más tarde, en la puerta del local y a pesar del frío del invierno en la ciudad, la habría besado hasta cansarse.

—Llevas un buen rato sin tocar, ¿estás bien?

Liam levantó la mirada hasta ella y asintió despacio.

—Sí, solo me preguntaba... ¿cómo te ves dentro de diez años?

—Menuda pregunta más complicada —protestó ella.

—Algo habrás imaginado alguna vez —insistió él.

—Una cosa es lo que creo y otra lo que quiero.

A Liam le intrigó esa respuesta y la miró con más interés.

—Vale, empecemos por lo que quieres...

—Me gustaría trabajar en la revista, llevar mi propia sección y conseguir sacar adelante el proyecto que tengo en mente con el apoyo de mis hermanos. Y me gustaría vender el piso que tengo en la ciudad y comprarme una casa a las afueras, un poco como esta, pero con más terreno, porque me encantan los

caballos. De pequeña teníamos, antes de que nos hiciésemos mayores y nos fuésemos a vivir al edificio de la familia. También me encantaría encontrar a un chico que me hiciese feliz y poder tener hijos; me encantan los niños. Y me gustaría... poder comprarme ropa y cosas bonitas, pero hacerlo con mi propio dinero.

A Olivia le falló un poco la voz al reconocer aquello último en voz alta, porque era cierto que se había pasado toda su vida dependiendo de sus padres, pero no sabía cómo salir de ahí y empezar desde cero, porque sentía que jamás se ganaría la confianza de sus hermanos.

—De acuerdo. Y ahora cuéntame qué es lo que crees.

—Creo que seguiré viviendo en ese edificio. Me darán algún puesto en la empresa a la larga, pero solo para mantenerme ocupada y distraída, no porque de verdad crean en mí. Y no creo que vaya a tener hijos jamás ni tampoco que me case, así que me contentaré con ser la tía perfecta y gastarme dinero en caprichos para mis sobrinos.

Liam la miró fijamente, sin saber qué decir. Le resultaba triste la imagen que ella tenía de sí misma, esa falta de confianza que escondía tras un disfraz de frivolidad que le quedaba grande y con el que, en realidad, no engañaba a nadie. Suspiró antes de dejar la guitarra a un lado y acercarse hasta el sofá donde ella estaba. Se sentó a su lado.

—Sabes que lo que dije aquel día era mentira, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas. —Olivia le giró el rostro, así que él se dejó llevar por su primer impulso y le sujetó la barbilla con los dedos para que lo mirase—. Liam...

—No lo pienso en serio. No eres tonta. Solo estás un poco perdida y necesitas un voto de confianza para seguir adelante, eso es todo. Me dejé llevar por la primera impresión cuando te vi delante de mi puerta, pero, además, estaba enfadado y la pagué contigo.

—Tenías razones para estarlo... —admitió ella.

—No lo sé, al final fuiste un golpe de suerte.

Se miraron sonriéndose y, durante una milésima de segundo, Olivia pensó que la iba a besar allí mismo, porque Liam bajó con lentitud la mirada hasta posarla en sus labios, aún sosteniéndole la barbilla con suavidad; sin embargo, en lugar de inclinarse hacia ella, terminó apartándose de golpe y poniéndose en pie con un suspiro cansado.

—Creo que por hoy ha sido suficiente.

Olivia lo miró contrariada. Había algo profundo de él que no comprendía y deseaba poder hacerlo. Pero era muy consciente de cuándo Liam se cerraba con ese escudo con el que se protegía del mundo exterior y sabía que en aquellos momentos no podía entrar en él.

—De acuerdo. Pero aún falta la pregunta.

—Claro. Adelante —dijo con impaciencia.

—La misma que me has hecho tú.

—¿Cómo me veo en diez años?

—Sí, eso es lo que quiero saber.

Olivia le dio al botón de la grabadora y esperó. Liam parpadeó un poco confuso mientras se rascaba el mentón y se movía de un lado a otro del dormitorio. De repente ella lo vio claro. Días atrás había pensado de él que

era como una pantera, pero ahora se daba cuenta de que se trataba de una pantera atrapada en sí mismo, oscura y desesperada.

—Supongo que igual que ahora. Componiendo.

—¿Y ya está? —Olivia lo miró sorprendida.

—¿Qué más debería desear, según tú?

—¿No quieres tener hijos o enamorarte o...?

—Eso ya es otra pregunta —la cortó secamente.

—Está bien. —Olivia apagó la grabadora y se la guardó—. Ahora ya no estamos en la entrevista, solo somos dos amigos hablando como yo lo he hecho antes. ¿Cómo es posible que solo quieras quedarte tal y como estás ahora mismo? ¿No tienes metas ni sueños?

—¿Y cómo es posible que tú pienses justo lo mismo de ti?

—Lo pienso, pero al menos no es lo que deseo.

—Eso no cambia las cosas, princesita.

—No me llames así —se quejó ella.

—No lo hago burlándome... —replicó Liam.

—Entonces te ves justo así, tal cual.

—Exactamente —admitió.

—Sin pareja estable.

—Sin pareja.

—Sin hijos.

—Sin hijos.

—Sin mudarte a otra casa.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—No lo sé, puede que porque te pasas el día aquí encerrado como si fueses un príncipe de las tinieblas y este fuese tu oscuro castillo. Deberías salir más, que te diese el sol.

—Estamos en invierno. ¿Y *príncipe de las tinieblas*? ¿Yo no puedo llamarte princesita y tú me sales con esas? —Se quejó malhumorado—. ¿Sabes qué? Dejémoslo, ni siquiera entiendo qué hacemos hablando de esto como si me conocieses o...

—¿Conocerte? —Olivia resopló—. Eso es imposible. No dejas que nadie lo haga y tú lo sabes perfectamente. Ni siquiera tienes fotografías por casa, aunque sea con los amigos...

—Será porque no tengo amigos —contestó él cortante.

—¿Nunca has oído que eso dice mucho de una persona?

Liam no recordaba la última vez que había estado tan cabreado. Dio un paso al frente y sujetó a Olivia del brazo, airado y resoplando, con el corazón latiéndole con tanta fuerza que solo escuchaba ese sonido a su alrededor. Estaba temblando de indignación. Se había acostumbrado tanto a estar solo, como mucho acompañado por Matilda, Greg y algún conocido más, que ahora le chocaban sus palabras y le dolían a partes iguales.

—¿Qué sabrás tú lo que es que todo el mundo se acerque a ti por interés? —siseó con la mandíbula apretada y el rostro tan cerca del de ella que podía sentir su aliento en la piel—. ¿Qué sabrás tú lo que es vivir durante años dentro de una mentira?

Olivia inspiró hondo, incapaz de apartar los ojos de él. Estaban tan cerca que sus narices casi se rozaban y podía ver cómo los iris azules de Liam se

habían oscurecido hasta convertirse en el color de una tormenta. Él pensó que ella se daría media vuelta en cualquier momento y huiría, dejándolo solo, como las cosas tenían que ser en cierta manera, como él mismo se había impuesto. Sin embargo, pillándolo desprevenido, los brazos pequeños de Olivia lo rodearon estrechándolo en un abrazo que a él le llegó al alma.

Liam cogió aire, confundido. El cuerpo de Olivia estaba contra el suyo y sus manos le frotaban la espalda con cariño como si pudiese entenderlo y quisiese reconfortarlo. No estaba acostumbrado a despertar ese sentimiento en nadie y menos cuando se comportaba como un cretino. Cerró los ojos, con el rostro escondido en el cuello de ella y notando en los labios la textura suave de su piel, casi el pulso que le latía justo ahí acelerado.

—No sé qué se siente, Liam, pero puedo imaginármelo.

Él respiró hondo y, durante unos segundos, se relajó.

—Siento haberte hablado así. Perdóname.

—Estás perdonado. —Se apartó de él y le sonrió.

Liam echó de menos el calor de su cuerpo, pero no se vio con fuerzas para alargar los brazos y abrazarla de nuevo. De hecho, hacía años que no recibía un abrazo así, de esos largos y reconfortantes que son como un torrente cálido por dentro.

—Debería irme ya —comentó ella.

Él quería decir que no, que prefería que se quedase un poco más, pero se vio a sí mismo asintiendo como un tonto, haciendo justo todo lo contrario a lo que de verdad deseaba. Todavía un poco inestable, la acompañó hasta la puerta y esperó mientras ella se ponía de puntillas para alcanzar su mejilla y

darle un beso. Después se quedó parado en la puerta observando cómo montaba en el coche y se alejaba de allí. La soledad regresó.

Entró en la casa y de repente le pareció que las paredes se encogían.

—¿Estás bien? —Greg se asomó al recibidor mientras se ponía la chaqueta para marcharse con su familia. Liam asintió. En unos minutos, Matilda también se iría a su hogar. Todos se marcharían y él pasaría la noche medio en vela en su habitación, como siempre, fumando en el balcón de vez en cuando y contando los minutos para... ¿para qué? Olivia tenía razón. Si no tenía metas ni sueños... —Liam, no tienes buena cara. ¿Qué ocurre?

—Nada. Estoy cansado —contestó despidiéndose.

—Venga, tío, habla conmigo —pidió Greg.

Pero Liam negó con la cabeza, cerrado en sí mismo, y luego subió los escalones y se encerró en su dormitorio. La habitación todavía olía a ella y a ese pintauñas que había usado. Y él pensó que quizás su aparición no había sido un golpe de suerte, sino una maldición. Tan solo para recordarle todo lo que no podría tener jamás y hurgar en una herida que pensaba que ya había cicatrizado y que ahora empezaba a abrirse de nuevo.

Buscó un cigarrillo. Después dejó que los minutos se consumiesen entre caladas y recuerdos oscuros en los que supuestamente se había prohibido volver a pensar.

9

Día tres:

Olivia apareció en su casa a la hora acordada, en esa ocasión con un vestido elegante y una bolsa de chucherías en la mano. Todo un contraste. Se tumbó en el sofá de su dormitorio mientras él cogía la guitarra y empezaba a tocar. No sabía por qué de repente solo podía hacerlo cuando la tenía cerca, como si su presencia lo calmase y le ayudase a concentrarse.

—Tengo una pregunta —dijo al cabo de un rato.

—¿Una pregunta de tu famosa entrevista?

—No, nada de eso. ¿Por qué no hay decoración?

—¿Decoración? —Liam frunció el cejo.

—Ya sabes, decoración navideña. La casa parece un muermo sin ningún adorno, ni siquiera hay árbol, ¿qué tipo de hogar es este? Deberíamos ponerle remedio.

—No, nada de eso. —Liam negó con la cabeza.

Estaba ocupado revisando las cuerdas y apenas percató en el movimiento de Olivia hasta que ella se hubo sentado a su lado, con su rodilla rozándole la pierna. Bajó la vista hasta ese punto y vio que el borde del vestido se le había subido por el muslo. Sintió que su cuerpo se calentaba y que todo su ser le

gritaba que hiciese algo al respecto. Tragó con fuerza e intentó ignorar aquello y mirarla tan solo a los ojos, pero eso no mejoró la situación. Porque Olivia no parecía darse cuenta de que resultaba de lo más excitante verla comerse una fresa de gominola, con los labios moviéndose suavemente antes de morder.

—¿Qué te ocurre? ¿Te pone nervioso que me acerque a ti?

—¿Bromeas? —Liam alzó una ceja, consternado por lo directa que era.

Olivia lo observó unos segundos, sin dejar de masticar. No podía seguir negándose a sí misma que cada vez le gustaba más el chico que tenía delante. No solo por lo que dejaba ver cada día, sino también por lo que todavía no le mostraba. Sonrió traviesa.

—Yo solo digo lo que parece...

—Te lo tienes un poco creído, princesita.

—¡Oye! —protestó y agachó un poco la cabeza, sin saber qué decir. Estaba acostumbrada a coquetear con chicos, pero Liam no parecía ser así ni tampoco tener mucho interés en jugar ni en divertirse. O puede que fuese por ella. Sí, estaba claro. Levantó la mirada de nuevo para buscar la suya—. Ya sé que no soy tu tipo, solo bromeaba.

Él pareció malhumorado ante aquella afirmación.

—No tengo ningún tipo, Olivia —gruñó enfadado.

—Eso es un poco difícil —apuntó ella.

—No. Por si aún no te has dado cuenta, no me relaciono con nadie.

—¿Con nadie? ¿Qué quieres decir? ¿No te relaciones con mujeres?

Liam deslizó los dedos con suavidad por las cuerdas de la guitarra

haciendo sonar un par de notas antes de alzar la vista hacia ella. Sintió un tirón en el pecho al mirarla.

—Eso es —respondió secamente.

—No te creo. ¿Desde cuándo no...?

—¿Desde cuando no me acuesto con ninguna mujer? —Liam sonrió sin ningún tipo de humor, aplastando los recuerdos que lo azotaron—. Desde hace más de un año.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—¿Por qué iba a mentirte?

—Pero... no lo entiendo... El día que diste aquel concierto, todas esas chicas que suspiraban por ti... podrías estar con cualquier modelo famosa o con...

—La cuestión es que no quiero estar con nadie.

Olivia lo miró sin comprender, consternada. ¿Quién era ese chico que tenía delante? ¿Por qué parecía tener dos caras tan distintas? Había en él algo lleno de anhelo y de esperanza, pero todo eso parecía aplastado por la oscuridad que dejaba que lo dominase.

—Liam... —Olivia alargó una mano sin pensar y le rozó la mejilla con los dedos. Él cerró los ojos ante la inesperada caricia y se concentró en respirar—. ¿Por qué te estás haciendo esto a ti mismo? Puedes contármelo. Puedes confiar en mí.

Él suspiró. Pensó en lo cómodo que sería soltar de golpe toda esa presión que siempre le apretaba en el pecho, las cosas que cargaba diariamente. Pero no podía. Así que negó con la cabeza, a pesar del dolor que vio en los ojos de

ella, y luego siguió tocando.

Día seis:

En esa ocasión ella apareció cargando un par de cajas de cartón que el chofer del coche le ayudó a descargar y dejar en la entrada de la casa de Liam. Él la miró sin comprender.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con desconfianza.

—¡Adornos de Navidad! —gritó entusiasmada.

—¡Por lo que más quieras! Ya te dije que nada de eso.

—Dices muchas cosas, Liam, no puedo escucharlo todo.

Pasó por su lado tras coger un espumillón de color verde adornado con destellos rojos y lo colgó sobre el espejo del retrovisor. Unos metros más allá, tras ellos, Matilda y Greg sonrieron con complicidad antes de escabullirse hacia la cocina. Liam, en cambio, tan solo resopló con los ojos cerrados y subió a su cuarto dando grandes zancadas.

Se entretuvo con la guitarra mientras Olivia montaba el árbol de navidad allí mismo, en su dormitorio. De vez en cuando no podía evitar parar y alzar la vista hacia ella para verla moverse de un lado a otro con bolas de colores en las manos.

—¿No te apetece ayudarme?

—No —contestó Liam.

—Deberías poner tú la estrella.

Él se levantó y caminó hacia ella.

—¿No te das cuenta de lo mucho que complicas las cosas? Desde hace dos semanas todo está patas arriba por tu culpa y yo... —Se calló lo que iba a decir, porque la única verdad era que él no estaba preparado para lidiar con alguien como Olivia. Cada día se sentía más cómodo con ella y cada día la echaba más de menos cuando se marchaba. Hacía dos semanas que sus caminos se habían cruzado y parecían dos meses, como poco.

—Tú, ¿qué? —preguntó mirándolo.

—Tú eres muy molesta a veces.

—Fuiste tú el que quiso este trato —le recordó.

—Cierto. —Liam respiró hondo—. No sé en qué estaría pensando.

Olivia reprimió una sonrisa al escucharlo. Ya se había dado cuenta de lo gruñón que era y de que normalmente decía cosas que en el fondo no sentía o incluso de las que pensaba justo todo lo contrario. Y por mucho que a él le cabrease, a ella le gustaba la idea de descolocararlo y sacarlo de su zona de confort. Así que, cuando terminó con los adornos, insistió otra vez.

—La estrella. Te toca colocarla, vamos.

Liam resopló de nuevo, pero cogió el adorno y se puso en puntillas para alcanzar la punta del árbol y ponerla ahí. Olivia sonrió satisfecha. Justo en ese momento, Matilda abrió la puerta y apareció con una bandeja llena de galletas de jengibre recién horneadas.

—Oh, el árbol ha quedado precioso —les comentó.

—¿Esas galletas son para nosotros? —preguntó Olivia salivando.

—Sí y están riquísimas. Es la receta especial de mi madre.

—¡Genial! —Olivia cogió un par.

—Vamos, Liam pruébalas —lo instó Matilda.

—Sabes que no me gusta el dulce.

—Y tú sabes que a mí no me gusta que me lleves la contraria.

Él puso los ojos en blanco, pero al final cogió una galleta y se la zampó de un bocado. Muy a su pesar, tuvo que admitir que estaba riquísima. Cuando Olivia se marchó poco después, se dejó caer por la cocina para robar un par más.

—¡Te he pillado! —exclamó Matilda.

—Es que no hay nada para picar.

—La nevera está llena —protestó ella.

Greg se rio por lo bajo mientras tecleaba en un ordenador en la mesa de la cocina y después los dos se despidieron de Matilda y se quedaron a solas. Hacía más de una semana que Liam evitaba aquello, porque sabía que Greg lo conocía demasiado bien y que no lo dejaría estar.

Pero en esos momentos estaba atrapado.

—Cuéntame, ¿qué te traes con esa chica?

—Ya lo sabes. Me ayuda con la música.

—Si no tiene ni idea de lo que son las notas.

—Me ayuda de otra manera. No sé explicar cómo. Simplemente es inspiradora. No me mires así, ya sé que no tiene sentido, pero por fin estoy componiendo algo decente después de tantos meses, así que... esto es lo que hay.

—¿Y seguro que no hay nada más? —Lo miró serio.

—Ya sabes que no. ¿Cómo puedes preguntármelo siquiera?

—No sería nada malo. Solo tú lo piensas, Liam. Y deberías dejar de castigarte. Ya ha pasado mucho tiempo, ¿hasta cuándo piensas seguir así? Terminarás volviéndote loco.

—Déjalo, no lo entiendes.

—¿Cómo no voy a entenderlo? Si estuve contigo a cada paso que dabas.

Liam se quedó callado, tragándose las palabras que le quemaban en la garganta, porque recordar aquello era demasiado doloroso. ¿Cómo podía Greg no ver las cosas desde su punto de vista? Su vida estaba destrozada, en todos los sentidos y rota de tantas maneras que era imposible que él pudiese unirlos otra vez y ser feliz como los demás.

—Te digo una cosa: que esa chica esté loca y apareciese por sorpresa un día cualquiera en tu puerta, es un regalo y todavía no te has dado cuenta de eso.

—¿Quieres que le joda la vida a Olivia?

Se miraron retándose con la mirada.

—Así que es eso. Te preocupa arrastrar a la chica contigo. Que se repita la misma historia. Creo que ya empiezo a comprender qué es lo que te ocurre. De modo que te gusta...

—Cállate, joder. —Se frotó la frente, agotado.

—No, a mí no puedes silenciarme, Liam, porque, ¿sabes qué? Soy tu amigo. Y te conozco muy bien, así que sé exactamente qué sientes y qué piensas. Puedo asegurarte que Olivia parece tener el carácter suficiente como para mandarte a la mierda sin reparos, así que quizás eres tú el que no debería subestimarla a ella. Mira a tu alrededor.

Cuando Liam lo hizo se fijó en aquella cocina decorada con adornos navideños, en las galletas de jengibre que aún olían encima del mostrador de la cocina y en el ambiente cálido que parecía llenar la casa incluso aunque ella ya no estuviese allí. Puede que Greg tuviese razón en ese sentido, quizás había subestimado a la pequeña princesita y tenía que aprender a protegerse mejor. Eso o terminaría por caer ante sus encantos y su sonrisa.

10

Día nueve:

La última semana se les había pasado volando a los dos. Quizás tuviese que ver con el hecho de que se habían visto todos y cada uno de los días, aunque solo fuese durante un par de horas. Liam no estaba seguro y pensar en ello lo asustaba demasiado. Aquella mañana había estado un rato puliendo los detalles de la última canción que había compuesto hasta la fecha y que valía la pena; estaba contento con el resultado, repasándola mientras Olivia leía una novela romántica tumbada en su cama. Se había tirado allí antes de que él pudiese protestar y no hubo manera de conseguir que regresase al sofá.

—¿Qué más te da? —Le había dicho—. Si total estás ahí con la música y no me haces ni caso. —Se encogió de hombros antes de pasar a la siguiente página.

Liam se puso en pie, dejó la guitarra y se acercó a ella.

—Así que es eso. Quieres más atención.

Estaba bromeando. Olivia lo miró con los ojos entrecerrados, porque no era habitual que Liam le siguiese el juego. Él se dejó caer en la cama, a su lado, tumbado boca arriba mirando el techo y suspirando profundamente. Ella tuvo que reprimir las ganas que tenía de acercarse a él y besarle hasta conseguir

que todos esos problemas que lo consumían desapareciesen.

Durante los últimos días había conseguido un montón de respuestas para su entrevista, pero todas ellas eran sobre preguntas que no tenían demasiado interés para la prensa sensacionalista. Cosas como que cuál era su momento favorito del día o qué país de todos los que había visitado durante los años llenos de giras le había gustado más.

Y no es que Olivia no deseara con todas sus fuerzas conseguir su propósito y poder dedicarse a lo que más le gustaba, aquello que sabía que se le daba bien, sino que el sentimiento de protección que empezaba a sentir hacia Liam era más fuerte que todo eso. No quería verlo sufrir ni pelearse con sus demonios, tampoco que estuviese obligado a hablar de cosas que no deseaba contarle a todo el mundo. Era la primera vez que Olivia pensaba antes en los sentimientos de otra persona que en los suyos propios.

—Ya sé que se supone que solo estoy aquí para inspirarte.

—También me gusta tu compañía, princesita —reconoció él.

—¿Hasta cuándo vas a seguir llamándome así?

—¿Por qué te molesta tanto? —preguntó.

—Porque suena mal. Como a niña malcriada.

—Antes pensaba que lo eras. Quizás aún tienes un poco de eso. —Liam la miró, girando la cara en la cama. Estaban muy cerca y el momento se volvió íntimo—. Pero ahora creo que puedes ser una princesa diferente, de las que matan dragones, se escapan por la ventana de la torre y no esperan a que el héroe de la historia vaya a rescatarlas.

Olivia sintió algo cálido y agradable en el pecho.

—Eso me gusta mucho más. —Le sonrió.

Día once:

Era inútil seguir negándose lo evidente. Olivia no podía quitárselo de la cabeza. No dejaba de pensar en él y en todos los momentos que compartían juntos cada día, conociéndose un poco más, aunque fuese al ritmo lento que Liam marcaba. Pero, cada noche, al acostarse y cerrar los ojos cuando se metía en la cama, sus ojos azules aparecían en su cabeza. Imaginaba cómo sería besarlo, qué sentiría al poder abrazarlo cada vez que le apeteciese. A ella le daba igual que fuese un músico famoso, sencillamente se estaba pillando por el chico oscuro, reservado y lleno de secretos que aquellas semanas ocupaba sus días. Y es que detrás de la máscara que lo protegía, había mucho más. Alguien sensible y atrapado en sí mismo.

Aquel día, mientras Liam tocaba delante de ella, como siempre, Olivia se contuvo para no levantarse del sofá, acercarse a él y besarlo. ¿Y si lo hacía?, se preguntó. ¿Y si se volvía loca de repente como a veces le sucedía, ignoraba el miedo al rechazo y se lanzaba a por todas?

En los cuentos, siempre era la princesa la que esperaba el beso del príncipe o a que él diese el primer paso. Pero, como Liam había dicho días atrás, había muchos tipos de princesas y, la que a Olivia le gustaría ser, no era precisamente la que se quedaba esperando sin mover un dedo, sino la que cogía las riendas de su vida y hacía algo al respecto.

Día catorce:

Tras la insistencia de Olivia, él había decidido y los dos estaban merendando en la cocina las galletas de jengibre que Matilda había hecho aquel día, poco antes de marcharse. Greg también acababa de irse ya, con la excusa de que tenía que comprar regalos navideños, y hasta que no pasó un buen rato mientras estaban charlando y riéndose de cualquier tontería, Liam no se dio cuenta de que Olivia ya había roto todas las normas que él había impuesto.

Se suponía que solo iban a verse mientras él estuviese componiendo y en ese instante estaban en la cocina con un chocolate caliente entre las manos y hablando como dos viejos amigos que tuviesen todo el tiempo del mundo por delante.

Liam respiró hondo para calmarse.

Había sido sincero con Greg una semana atrás, él no quería fastidiarle la vida a Olivia y sabía que su cercanía no podía ser bueno para ninguno de los dos. Si hubiese seguido siendo un egoísta como años atrás, ni se lo habría planteado antes de ceder a la tentación, desnudarla sin pensar y disfrutar con ella, divertirse un rato, pero esa chica le importaba de verdad y, lo más importante, se suponía que él había cambiado y ya no era así, dañino.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella—. De repente estás muy serio.

—Nada, solo estoy un poco cansado. No he dormido bien.

Ella hubiese podido creerlo tres semanas antes, cuando se cruzaron por primera vez en ese concierto acústico, pero ya empezaba a conocerlo demasiado. Aun así, lo dejó pasar, porque no quería presionarlo y porque

aquel día estaba de buen humor. Se levantaron de la mesa al terminar de merendar y subieron las escaleras para coger la chaqueta que ella había dejado en el dormitorio. Después volvieron abajo, estaban descendiendo los peldaños cuando él la miró con curiosidad mientras ella se colocaba bien el gorro de lana en la cabeza.

—¿Por qué te gusta tanto la Navidad?

—¿Por qué no te gusta a ti? —replicó.

—Cuando no tienes familia, no es agradable.

—Ya. Pero podrías tener tu propia familia. Algún día.

—Olivia... —Liam respiró hondo y negó con la cabeza—. Vamos, te acompaño hasta la puerta. Y no es necesario que vengas mañana, entiendo que es nochebuena...

Ella contuvo el aliento cuando él posó la mano en el pomo de la puerta y alzó la vista hacia arriba. Ahí estaba una pequeña ramita de muérdago, casi mirándolos como si se burlase de ellos. Olivia notó que su pecho se agitaba mientras Liam fruncía el ceño. Debía de haberla colocado ahí Matilda. O Greg. Nunca lo sabrían. La cuestión es que en ocasiones hay señales que aparecen por algo en el momento más inesperado. Liam negó, enfadado, y giró el pomo.

—¡Espera! —Olivia lo frenó, cogiéndolo de la manga de la camiseta—. ¡No puedes romper la tradición! Quiero decir, se supone que debajo del muérdago...

—Ya sé lo que se supone que...

Pero antes de que él pudiese seguir protestando, Olivia se puso de puntillas

y presionó su boca contra la suya. Liam se quedó paralizado. En el silencio que los acompañaba, casi podía escuchar su propio corazón latiendo con fuerza y sus impulsos más reprimidos saliendo a la superficie y rompiendo la coraza que él había construido a su alrededor. Una sensación cálida se adueñó de todo su ser y, cuando quiso darse cuenta, casi de forma inconsciente, estaba presionando el cuerpo de Olivia contra la puerta que seguía cerrada y su boca se entreabrió al sentir la lengua de ella acariciándole. Tembló por el deseo contenido. Olivia gimió bajito y el sonido erótico lo volvió loco, haciéndole perder a noción de lo que estaba ocurriendo.

Ella sintió las manos de él acariciándole la espalda, colándose por debajo de su camiseta mientras seguía besándola como si el mundo fuese a acabarse en ese mismo instante. Olivia hundió los dedos en su cabello oscuro y jadeó con fuerza al sentir contra su pelvis la excitación de Liam, que estaba pegado a ella, rozándola con cada movimiento a pesar de que llevaban la ropa puesta. Inspiró profundamente y él le mordisqueó el labio inferior.

Ningún hombre la había besado así jamás, como si no existiese nada más allá de ellos dos y ese momento imprevisto. Y los besos de Liam era tal y como ella había imaginado, ardientes y llenos de esa intensidad que él siempre contenía y que ahora salía a borbotones.

—Liam... —susurró su nombre y eso fue lo que lo hizo reaccionar. Él se apartó despacio, confundido, como si estuviese despertando. Se llevó una mano a la nuca—. ¿Qué ocurre?

—Esto... —la miró dolido—, no puede pasar.

—Pero ha pasado —susurró Olivia.

—Y ha sido un terrible error.

—No es verdad. No lo ha sido.

—No lo compliques todo más.

Él apenas era capaz de mirarla sin apartar la mirada en seguida, porque era doloroso ver sus labios sonrojados por sus besos y sus bonitos ojos grises mirándolo como si le estuviese rompiendo el corazón. Respiró hondo para coger fuerzas.

—Lo siento, no sé en qué estaba pensando.

—¿Acaso no te gusto? —preguntó a media voz, porque tenía mucho miedo de escuchar su respuesta o de que el Liam más oscuro que ella conocía se manifestase en ese momento, pero también necesitaba ser clara con él, porque fingir que podía ser su amiga y pasar cada día a su lado sin sentir algo más, era una ilusión, y pese a todo ella quería que él lo supiese.

—No. Sí. No es eso —se quejó.

—¿Entonces qué es? —insistió.

—Es que no puedo estar así con nadie.

—¿Por qué? Explícamelo —le suplicó.

—Me odiarías si lo supieses —terminó diciendo antes de abrir la puerta de la calle e invitarla a salir. Olivia dudó, pero al final cogió los últimos resquicios de su orgullo y se marchó sin mirar atrás hasta el coche de cristales tintados que la esperaba al final de camino.

Liam se quedó en la puerta hasta que ella desapareció. Después, cuando entró de nuevo en la casa, las paredes empezaron a estrecharse y una sensación asfixiante le golpeó el pecho. Subió a su dormitorio. Necesitaba

tranquilizarse. Cogió una guitarra e intentó tocar algo, pero todo lo que salía era horrible, como lo que sentía en esos momentos. ¿Cómo había caído en algo tan tonto como en una ramita bajo el muérdago? Debería haberse apartado en cuanto los labios de Olivia rozaron los suyos, pero había sido demasiado tentador y hacía tanto tiempo que no sentía un escalofrío en todo su cuerpo por culpa de un beso...

Lanzó la guitarra contra la pared y después le siguieron las demás, algunas de las que estaban colocadas a un lado de los sofás. Respiró hondo, alterado, con las manos en la cabeza. Dejarla entrar en su vida había sido un terrible error, porque Olivia, además, era como él, testaruda hasta límites que solo alcanzaban unos pocos. Y encima se estaba colando lentamente bajo su piel, porque él podía ver los esfuerzos que ella hacía por contentarlo y entenderlo, y era muy consciente de las preguntas fáciles que siempre elegía para su entrevista, cuando podría haberlo desplumado y sacar provecho de verdad de aquello.

En cambio, él se estaba comportando como un idiota.

Ojalá hubiese sido un chico normal, pensó. Entonces Olivia ya estaría entre sus sábanas, desnuda, abrazada a su cuerpo, y él se esforzaría cada día por hacerla feliz y dárselo todo. Le compraría esa casa en la que poder tener caballos y tendría hijos con ella. Cada día estaría lleno de risas y de buenos momentos, porque con Olivia era todo tan fácil que asustaba. Las horas a su lado sencillamente fluían sin esfuerzo y se deshacían, por eso él nunca tenía suficiente de ella cada vez que llegaba el momento de verla marchar.

Sacudió la cabeza, salió al balcón a fumarse un cigarrillo y después se

metió en la cama. Últimamente cada vez que iba a casa ella se tumbaba allí a leer mientras él tocaba al otro lado de la habitación. Así que las sábanas olían a ella y era una tentación y una tortura a partes iguales.

11

Ojalá las cosas fueran diferentes, pensó Olivia. Pero no lo eran. En otra realidad, en esos momentos Liam estaría sentado a su lado, en la mesa familiar, disfrutando de la velada de nochebuena junto a todos los demás. Ava y Dominic, Gina y Blake y sus padres parecían felices mientras degustaban la cena de Navidad. Olivia era la única que estaba sola en aquella mesa, sin pareja, y le incomodó la idea por el mero hecho de que podría no ser así, el problema era que el chico que le gustaba tenía sus demonios y, por lo visto, no estaba dispuesto a luchar contra ellos y superarlos para salir adelante.

Aun así, ella era incapaz de odiarlo o de estar enfadada con él. Se sentía molesta, sí, pero casi más por lo mucho que le preocupaba que por otra cosa.

—¿Cómo va el pequeño reto de nuestra hermanita? —le preguntó Blake.

—Bien. Mejor que bien. —No le dijo que, en realidad, si quisiese, ya podría tener la entrevista lista y su sueño pasaría a ser una realidad en lugar de una mera fantasía. Estaba alargando el asunto tan solo porque su corazón le pedía que lo hiciese, como si fuese una tonta—. No creo que tarde mucho en terminar —añadió decidida.

—Eso espero. Estamos impacientes, ¿verdad, Dominic?

—Muy impacientes —corroboró su hermano mayor.

—Miedo me da saber qué pedirá a cambio... —protestó su padre.

—¡Papá! —Olivia lo miró dolida—. Al menos podrías confiar un poco en mí, ¿no?

—Llevo muchos años haciéndolo y no ha servido de mucho, cariño.

Olivia centró la vista en su plato, porque no quería ponerse a llorar en medio de la cena de Navidad. Se sentía un tanto sobrepasada por todo lo que estaba ocurriendo. Por un lado, estaba su proyecto, del que esperaba que sus hermanos no se burlasen, porque eso la hundiría por completo. Y, por otro lado, estaba Liam Carter, ese chico que al principio solo era un mero bache que saltar para conseguir algo y que de repente se había convertido en más, mucho más. Porque ella no estaba segura de poder seguir adelante después de todo aquello como si no le conociese y hubiesen pasado juntos las últimas semanas, codo con codo.

Era curioso que siendo tan opuestos se complementasen tan bien.

Si Liam era oscuridad, Olivia era luz. Y juntos se sentían mejor.

—Después de la cena vamos a ir a un local para tomar algo —le dijo Ava—. ¿Te apuntas?

—Creo que no, no me encuentro muy bien —contestó.

Era cierto. Se sentía inestable y muy nerviosa.

—¿Quieres una pastilla? —preguntó su madre.

—No, gracias, solo necesito descansar.

Con esa misma excusa, antes de que sus hermanos se marchasen a divertirse aquella noche y sus padres se quedasen viendo un programa de la televisión, Olivia se marchó. Le dio al taxista la dirección de su casa e intentó

relajarse en el asiento, cargada con algunas fiambreras que su madre le había dado con la comida que había sobrado. Miró por la ventanilla cómo las luces de la ciudad quedaban atrás y, de repente, tuvo uno de sus impulsos.

Puede que no siempre fuese bueno dejarse llevar, pero no podía evitarlo.

Incluso a pesar de todas las veces que se había equivocado a lo largo de su vida.

—Perdona, ¿le importa si vamos a otro sitio? —le preguntó al taxista.

—Usted es la clienta, usted manda —le sonrió por el espejo.

Olivia correspondió el gesto y le dio una nueva dirección mientras su estómago se agitaba en respuesta por culpa de los nervios. No había vuelto a saber nada de Liam desde el beso de la pasada tarde y no estaba muy segura de si se alegraría de verla o, por el contrario, aquello solo empeoraría la situación. Pero, pese a todo, a ella le importaba y le rompía el corazón imaginarlo solo la noche de Navidad, en esa casa enorme a la que le faltaba alma.

Esa noche llevaba un vestido de punto, medias grises y zapatos de tacón. Le daba igual que Liam se burlase a veces de su ropa, aunque ella empezaba a usar prendas más cómodas cuando iba a visitarlo para estar allí, a Olivia le fascinaba la moda, probar cosas nuevas y utilizar su extensa colección de sombreros, zapatos y bolsos de todos los estilos.

Cargando con una mano la bolsa con la comida, llamó al timbre.

Estuvo esperando un par de minutos, hasta que la puerta se abrió y caminó por el camino de piedra que conducía hasta la casa. Liam apareció en la entrada antes de que ella subiese los escalones y la miró de arriba abajo, un

poco sorprendido y descolocado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¡Y sin chaqueta! Vamos, pasa.

Liam cerró la puerta en cuanto ella entró. Olivia estaba tiritando y él lo único que deseaba era abrazarla contra su pecho y darle calor, o reconfortarla, estaba tan confundido que ni siquiera lo sabía, pero lo único que hizo fue quedarse quieto, mirándola aún sin saber qué hacer.

—Siento aparecer sin avisar. —Tenía las mejillas encendidas, como si de repente le diese vergüenza mirarlo a la cara y a él le enterneció ese detalle—. Pero pensé que... yo pensé...

—¿Qué pensaste? —Dio un paso hacia ella.

—Que no deberías pasar solo esta noche.

Liam tragó con fuerza, con todas las emociones arremolinándose en su pecho y sacudiéndolo de golpe. Quería decirle que se marchara, que allí no había nada bueno para ella, nada que mereciera, pero cuando quiso darse cuenta había dado otro paso más al frente y sus brazos rodearon el cuerpo de Olivia y la estrecharon como si fuese lo único sólido de su mundo. Ella apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos.

—Gracias por venir —susurró él contra su pelo.

—Y he traído un poco de comida que ha sobrado —dijo ella apartándose—. Podemos subir a la habitación y picar algo mientras tocas un poco, ¿qué te parece?

Liam la adoró por ser así, por perdonarle que el día anterior hubiese sido un idiota y por mostrarse siempre tan sonriente y alegre, incluso cuando ella tampoco parecía estar en su mejor momento. La cogió de la mano cuando vio

que iba hacia las escaleras y recordó cómo se había sentido aquel último día, las cosas que había hecho...

—¡No! Espera. Mejor aquí abajo. No subas.

—¿Por qué? —Lo miró y él supo que ella empezaba a conocerlo demasiado bien, porque se daba cuenta de cuándo mentía—. Liam, necesito que confíes en mí...

Él contuvo el aliento, nervioso, pero la soltó cuando ella subió el siguiente escalón y la siguió hasta que llegaron al piso de arriba. No dijo nada mientras Olivia abría la puerta de su habitación y miraba el desastre que había allí dentro. Las guitarras estaban tiradas por el suelo y un vaso de cristal estaba hecho añicos en el otro extremo de la buhardilla. Ella recorrió con la vista el lugar y él se sintió desnudo, como si pudiese ver toda su parte mala.

—Deberíamos bajar... —comentó Liam.

—No pasa nada. No es para tanto.

—Olivia. —Respiró profundamente.

—Todos tenemos días malos, Liam.

—Mis días malos son peores que los de los demás.

—Creo que podré vivir con eso. —Le sonrió y después se quitó los zapatos, se sentó en la cama y dejó en la mesita la bolsa con la comida—. Vamos, que ya estará fría.

Liam se acercó despacio hasta ella y se acomodó a su lado, con el corazón latiéndole con fuerza. No podía apartar la vista de su bonito rostro y de esa sonrisa que le cruzaba la cara.

—¿Por qué eres así conmigo?

—No estás tan mal —bromeó ella—. ¿Te gusta el pavo?

—En realidad, no tengo hambre. Solo... me basta con que estés aquí...

Se tumbó en la cama y ella se dejó caer a su lado. Se miraron en silencio, como si los dos estuviesen viendo dentro del otro más de lo que parecía a simple vista.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —le dijo él.

—Me vale, aunque no sea suficiente.

—Lo que ocurrió ayer... es complicado. No es que no me gustes. Y no es que no me apetezca tener una vida normal, una en la que pueda salir con una chica como tú, es solo que no es tan fácil en mi caso. Hay cosas que no sabes de mí, cosas que te harían salir corriendo y no mirar atrás. Porque no he sido bueno, Olivia. Y tú puede que en el pasado hayas sido una princesita caprichosa —bromeó antes de ponerse serio—, pero siempre has sido buena persona. Eso es algo que lo cambia todo, ¿entiendes?

—¿Cómo estás tan seguro de que saldría corriendo?

—Porque sí, porque cometí muchos errores...

—Eres humano y forma parte de tu pasado.

Liam inspiró con fuerza y cerró los ojos. Ella alargó una mano lentamente y la dejó caer en su mejilla, acariciando despacio la piel pálida hasta rozarle los labios con los dedos.

—¿Y si te digo que cuando nos besamos ayer sentí cosas... muchas cosas...? Eso tiene que significar algo, Liam. Ya sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero si confiases en mí, si me dejases entrar en tu vida y me dieras una oportunidad.

—Olivia, por favor, para...

Pero ella no paró. Siguió deslizando la yema de los dedos sobre sus labios, acercándose más a él, hasta que al final sus bocas se encontraron como el día anterior, ávidas y llenas de ese deseo que los dos habían sentido desde el primer día que sus caminos se cruzaron de aquella forma tan chocante, literalmente hablando.

—Tú solo déjate llevar. Por una vez, Liam.

Sus palabras rompieron las pocas reservas que a él le quedaban. Sus cuerpos se rozaron a medio camino, buscándose con las manos mientras seguían besándose. Olivia respiró agitada al notar la mano de Liam en el borde del vestido que llevaba puesto, ascendiendo lentamente por sus muslos. Notó que le temblaba la mano y abrió los ojos para mirarlo.

—¿Es que no me deseas? —le preguntó—. Porque prefiero que me lo digas, prefiero que seamos claro el uno con el otro y sepamos qué esperar...

—Joder. —Liam inspiró hondo—. Lo que ocurre es que te deseo tanto que me duele. Llevo demasiado tiempo sin estar con nadie y he pensado tantas veces durante estos días en cómo sería follarte y saborearte entera... —Le dio un beso largo y húmedo—. No sabes lo que has hecho, Olivia. No deberías haberme tentado así, porque no soy bueno para ti...

—Deja que yo decida qué es bueno para mí.

Lo atrajo hacia ella sujetándolo de la nuca y sus labios se fundieron entre jadeos entrecortados. Liam dejó de pensar. Fue como si su cabeza se apagase por fin y dejase atrás los recuerdos que siempre estaban atormentándolo y persiguiéndolo. En aquellos momentos, milagrosamente, delante de él solo

estaba la chica más preciosa que había visto en su vida y parecía dispuesta a dejar que la manchase con las manos, aunque Liam ni siquiera entendía qué era lo que veía en él, qué podría gustarle cuando estaba tan vacío.

Se colocó sobre ella en la cama y sus cuerpos se rozaron aún con la ropa puesta. Ella gimió en respuesta y a ese sonido lo aturdió y agitó el deseo. Volvió a deslizar la mano por sus piernas, subiendo despacio como si deseara torturarla, hasta llegar al borde de las braguitas. Olivia tenía los ojos llenos de ganas y él no quiso hacerla esperar más antes de acariciarla con los dedos hasta hacerla soltar un gritito inesperado de placer.

—Liam... —Tenía la mirada nublada.

—Estás tan húmeda...

—Desnúdate, por favor.

Él obedeció. La desesperación empezaba a adueñarse de sus sentidos. Se había contenido durante meses y había sido fácil, porque en ese tiempo no había deseado a nadie ni había conocido a ninguna mujer que le hiciese perder la cabeza y se colase bajo su piel como si quisiese tocar su corazón, acercándose cada vez más. Pero ahora que eso había ocurrido, no podía parar. Aunque sabía que no era lo que ella necesitaba. Aunque temía hacerle daño.

Se quitaron la ropa entre tirones y besos. Olivia le besó el pecho y se colocó sobre él antes de coger un preservativo de su bolso. Se lo puso lentamente, cogiendo su miembro con la mano. Liam cerró los ojos, con su pecho subiendo y bajando agitado.

—Me vas a matar —le susurró.

—No exactamente. —Ella sonrió.

Después él alzó las caderas para introducirse en su interior y los dos gimieron a la vez. Olivia cabalgó suavemente sobre él, despacio y sin prisa, pero Liam estaba ardiendo, el corazón le latía dentro del pecho con tanta fuerza que apenas podía respirar cuando la abrazó y le dio la vuelta, colocándose sobre ella y sujetándole las manos sobre la cabeza.

—No tenemos que ir rápido si no quieres —dijo ella.

—Aún no lo has entendido, ¿verdad, princesa? Me muero por ti. Me muero por follarte tan duro que me recuerdes durante el resto de tu vida. Y quiero que grites cuando te corras, sin contenerte. Llevo semanas haciendo un esfuerzo para que esto no ocurriera. —La embistió con fuerza y Olivia ahogó un gemido de placer—. Porque hay cosas que es mejor no empezar cuando sabes cómo acabarán —jadeó moviéndose más deprisa.

Olivia arqueó las caderas, sin aliento, mientras el cuerpo de Liam resbalaba contra el suyo. No se había equivocado. Sabía que él lo hacía todo profunda e intensamente, para Liam no existían las medias tintas. Aquello no era un polvo más, aquello era demencial y salvaje, oscuro y seductor. Por un instante, ella deseó que no acabase jamás, pero el placer explotó en el vértice de su cuerpo y tembló en un orgasmo liberador ante el que dejó escapar un grito. Liam sonrió mientras la contemplaba maravillado e instantes más tarde le soltó las manos y se corrió mientras Olivia lo abrazaba. Después se quedaron así tanto tiempo, con las piernas y los brazos entrelazados, que ella pensó que él se habría dormido.

—Sabía que serías un problema —le dijo él al oído.

—Si todos los problemas son así de agradables...

—El sexo es adictivo. Como el amor. Como las drogas.

—¿Cómo puedes comparar algo así? —replicó ella, apartándose.

Liam se hizo a un lado mientras Olivia se ponía en pie enfadada, tapándose con la sábana de la cama. Él resopló, cabreado consigo mismo. La cogió de la mano y tiró de ella con suavidad para pegarla a su pecho desnudo. Le apartó el pelo de la cara.

—Lo siento, no quería decir eso. No como ha sonado.

—¿Y a qué te referías exactamente, entonces?

—A que me da miedo, por eso he intentado evitarlo. Porque sé lo que es estar enganchado a alguien, a otra persona. Se vuelve una adicción. Y yo soy propenso a caer en eso —dijo mirándola a los ojos—. Pero no te vayas, Olivia, por favor.

Ella notó algo cálido asentándose en su estómago.

—No voy a irme, Liam. —Se inclinó y lo besó.

—Vale, porque eres lo mejor que me ha pasado desde hace años.

—Está bien saberlo. Aunque creo que tú has tenido la culpa, ¿sabes? —Le acarició la mejilla despacio—. No deberías haberte encerrado tanto en tu propio mundo. ¿Qué te ocurrió, Liam? ¿Cuándo piensas contármelo? Yo no he querido presionarte con la entrevista ni hacerte esas preguntas que sé que no quieres responder, pero necesito que te abras conmigo...

Liam cerró los ojos. Sabía que Olivia tenía razón. Había sido paciente con él, generosa y solo había traído cosas buenas a su vida sin exigir nada a cambio. En cambio, él se había comportado como un cretino la mitad de los días, tan solo porque no soportaba la idea de volver a sentir algo especial por

otra persona, y seguía teniendo miedo.

—No puedo contártelo todo, no estoy preparado, hace mucho que no hablo de ello.

—De acuerdo, lo entiendo. Pero cuéntame algo, lo que puedas afrontar.

Él respiró profundamente y ella lo abrazó. El gesto le aflojó los músculos e hizo que se sintiese más relajado. La atrajo con fuerza contra sí, aferrándose a ella.

—La respuesta a la pregunta que me hiciste aquel primer día en la puerta de mi casa es sí. Tuve problemas con las drogas. Muchos problemas, Olivia. Y me avergüenza contártelo y que eso cambie la perspectiva que ahora tienes sobre mí, porque ya no soy la misma persona, por suerte. Pero lo fui tiempo atrás —añadió con la voz rota.

—¿Te da miedo que te juzgue? Nunca haría eso.

Liam apoyó los labios en su sien y habló en susurros.

—No le di importancia cuando empecé. Supongo que siempre suele ser así, pruebas de vez en cuando, te diviertes los fines de semana con los amigos y al final terminas haciéndolo antes de salir al escenario y dar un concierto. Te atrapa de una forma tan gradual que es difícil ser consciente de lo que te está ocurriendo mientras estás dentro del problema. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Greg me lo advirtió, empezó a preocuparse por mí, pero no le hice caso. Tenía miles de dólares, todas las chicas que podía desear, éxito, fama y una lista tan larga de amigos en la agenda del teléfono que jamás estaba solo.

—Menudo contraste con ahora —añadió ella.

—Ya ves. El mundo al revés. —La miró más tranquilo al ver que no

parecía sorprendida, tan solo lo escuchaba alzando la barbilla y sin pestañear, con interés, como lo haría una amiga, una compañera, sin gestos de reproche ni muecas—. Así que, por aquel entonces, pensaba que lo tenía todo, aunque en el fondo resultó que no tenía absolutamente nada, al menos nada real. Era como vivir dentro de una falsa ilusión. Cuando no estaba colocado, bebía. Me pasaba el día así y solo pensaba en mí mismo y en mi ombligo.

—¿Y qué pasaba con Greg? ¿Intentó ayudarte?

—Sí, fue el único que lo hizo, la única persona que me conocía desde antes de alcanzar la fama y que aún seguía viva. Si hubiese tenido familia, no lo sé, quizás todo habría sido diferente. Pero estaba descontrolado y no tenía que rendirle cuentas a nadie, ¿entiendes? No había cada día antes de la hora de cenar una madre al otro lado del teléfono interesándose por qué tal me iba. No me estoy justificando, simplemente quiero que entiendas que era joven y no tenía límites porque nadie podía ponérmelos. Solo Greg. Y cuando ocurrió y empezó a cabrearse de verdad por culpa de mi actitud, terminé mandándolo a la mierda. Él intentó hacer todo lo posible por ayudarme, pero yo no se lo permití y lo alejé de mí.

—¿Por qué?

—Porque estaba ido, Olivia.

Ella le acarició la mejilla con cariño.

—A cualquiera podría haberle pasado.

—No lo creo. Yo era... yo soy... propenso.

—¿Propenso? ¿Qué quieres decir con eso?

Liam resopló y después bajó dándole besos por los mofletes rosados hasta

alcanzar sus labios y recrearse en otro más largo, húmedo y sensual. Ella cerró los ojos en respuesta.

—Soy propenso a esto. A vivir las cosas demasiado intensamente. Sé que parezco todo lo contrario, parezco frío y reservado, pero eso es solo el resultado de intentar evitar caer, aunque siempre termine haciéndolo. Ya te lo he dicho antes. Lo entendiste mal. El problema es que me vuelvo un adicto de las cosas que me gustan demasiado, soy de blancos y negros. No sé enamorarme un poco o que me guste a medias el ron, por ejemplo. Sencillamente ahora no puedo beber, para que lo entiendas. Me niego a probar ni una gota, porque sé que podría suponer otro tropiezo para mí y me da tanto miedo...

Olivia lo miró y, pese a lo que Liam esperaba, sonrió lentamente y lo abrazó con más fuerza. Ella tenía la piel caliente y él pensaba que su presencia en aquella cama era lo mejor que le había ocurrido desde hacía una eternidad.

—Pero hay adicciones mejores y peores...

—Supongo que sí —respondió Liam.

—El alcohol es malo —dijo ella.

—Muy malo —corroboró él.

—Pero el amor es bonito.

Liam se quedó callado, pero dejó que ella lo besase hasta que el contacto de sus bocas se volvió más intenso y desesperado y él volvió a girarse para colocarse sobre ella y hundirse en su interior con fuerza, necesiándola. Porque sí, probarla había sido como él había imaginado. Una droga de la que

deseaba más y de la que ya sabía que no se saciaría.

12

Los siguientes dos días, Olivia vivió dentro de una nube. Tanto que, en cierto momento, hasta olvidó por qué había empezado toda aquella locura. Ella siempre había sido una chica visceral e impulsiva, de las que se dejan llevar antes por el corazón que por la cabeza, lo que a veces le jugaba la mala pasada de vivir sin pararse a pensar en nada más que en lo que sentía.

Y lo que sentía en esos momentos era una felicidad desbordante. Porque Liam había empezado a abrirse lentamente delante de sus ojos y verlo era todo un acontecimiento. Pasar los días junto a él se había convertido en una rutina y, esa mañana, mientras lo escuchaba tocar una canción tumbado en la cama y solo vestido aún con la ropa interior, Olivia había pensado que no necesitaba nada más para sentirse satisfecha.

—¿Por qué me miras de esa manera? —le preguntó él.

—No te miro de ningún modo —contestó ella sonriendo.

—Ya lo creo que sí. Lo haces como si quisieses comerme.

—Será porque me he quedado con hambre —replicó.

Eso hizo reír a Liam, que dejó la guitarra a un lado y la sujetó contra la cama antes de que ella pudiese huir corriendo. Le hizo cosquillas, cosa que sabía que odiaba, y después deslizó los dedos por sus pechos desnudos con suavidad, dibujándola con las manos como si estuviese tocando un

instrumento en lugar de su cuerpo. Olivia cerró los ojos.

—¿Quién iba a decir que esto ocurriría? —susurró Liam.

—No creo que haya sido tan extraño. —Se encogió de hombros.

—Claro, es de lo más normal que en un mes haya pasado de intentar echar a una chica chiflada y acosadora de la puerta de mi casa a tenerla en mi cama, y de tener un hogar normal a esto que has convertido en... la casa de Santa Klaus —dijo mirando a su alrededor, porque Olivia había ido añadiendo adornos cada día y, al paso que iba, pronto competirían por ser la casa más navideña de todo el vecindario—. ¿Te parecen pocos cambios, princesa?

—Te has olvidado de algunas cosas buenas —añadió ella.

—¿Cómo qué? —La abrazó, acariciándole el estómago.

—Por ejemplo, has vuelto a componer —le recordó.

—Cierto. —Liam sonrió satisfecho.

—Y ahora sonríes más —dijo ella.

—Eso también es verdad.

La besó despacio y luego alzó la vista hacia la ventana que estaba al lado y Olivia imitó su gesto. Había empezado a nevar. Los copos de nieve caían lentamente bajo el cielo gris.

—¡Está nevando! —Olivia se levantó animada.

—Una señal de que debemos quedarnos en la cama.

—De eso nada. Vamos, ¡hagamos un muñeco de nieve!

—¿Estás loca? Y, además, mira la ropa que llevas.

—Me pondré algo tuyo —atajó Olivia abriendo su armario.

—No te cortes, como si estuvieses en tu casa —ironizó él, aunque en el

fondo le gustaba que ella se sintiese así siempre, tan en confianza como para no preguntarle antes.

Ella se echó a reír y, diez minutos más tarde, cuando los dos estuvieron listos y envueltos en gruesas chaquetas, bajaron al piso de abajo. Greg los sorprendió en la puerta.

—¿A dónde se supone que vais? —preguntó alucinado.

—A hacer un muñeco de nieve, ¿te apuntas?

Greg parpadeó con sorpresa y su mirada se desvió hacia Liam antes de volver a centrarse en Olivia. Ya había intentado hablar con él dos días atrás al notar algo nuevo en la relación que mantenían, pero no quería presionarlo, porque sentía que por fin su amigo estaba abriéndose delante de otra persona que no fuese él y no quería entrometerse más de la cuenta.

—No, tengo cosas que hacer. Pero pasadlo bien —bromeó.

Rodearon la casa. Los copos de nieve seguían cayendo cada vez con más fuerza y habían empezado a cuajar en el suelo formando una lámina de nieve blanca y blanda. Olivia se tumbó encima sin pensarlo y, sonriendo, extendió los brazos moviéndolos de arriba abajo para formar un ángel. Liam la miró con ternura, pensando en la suerte que había tenido de que alguien tan diferente a él se cruzase en su camino. La imitó, haciendo otro ángel a su lado y luego se miraron sonrientes y con las narices rojas por el frío.

—Deberíamos levantarnos antes de congelarnos.

—Deberíamos... —reconoció ella, girándose.

Liam tiró de su mano para ayudarla a ponerse en pie y luego le besó la nariz enrojecida y las mejillas heladas. La calentó abrazándola y le apartó

algunos copos de nieve que aún llevaba en el pelo oscuro. Luego suspiró, mirando a su alrededor.

—Aún no hay suficiente nieve para hacer un muñeco.

—Ya me he dado cuenta —se lamentó Olivia.

—Pero podemos sentarnos debajo del porche y ver como nieva.

—Eso suena bien.

Ella lo siguió, subiendo los escalones, y cuando él se sentó en el silloncito que había ahí, ella se acomodó encima de sus rodillas, rodeándole el cuello con una mano. Sonrió al ver que el azul de los ojos de Liam se encendía mientras posaba los dedos en su pierna.

—No seas mala —la advirtió.

—¿Yo? Mira —señaló la nieve—, si soy un ángel.

Él se relajó, recostando la espalda hacia atrás y abrazándola.

—¿Has hablado ya con tus hermanos? —le preguntó.

—No y ya no sé si voy a hacerlo —añadió bajito.

—¿Por qué no? —La miró—. Dijiste que era tu sueño...

—Ya, pero empiezo a pensar que es ridículo.

—Estabas loca por conseguir esa entrevista, ¿recuerdas? Hace un mes, creo que habrías estado casi dispuesta a cortarte un dedo a cambio de conseguir que respondiese a una pregunta. ¿Y ahora has cambiado de opinión? Y a propósito, no me has hablado de ese sueño.

—Cierto, precisamente por la misma razón. No quiero que te rías. Ni tú, ni mis hermanos ni nadie. De hecho, últimamente estoy evitándolos —reconoció.

—Así que refugiarte aquí conmigo te viene bien —observó él.

—Sí —admitió ella muy a su pesar.

—Venga, cuéntame de qué se trata.

Olivia dudó, pero luego recordó que él le había hablado de uno de los temas más difíciles de su vida, el de las drogas, y aunque sabía que no le había contado todo lo que había ocurrido, valoraba el esfuerzo que había hecho, arriesgándose a que ella lo juzgase.

—De acuerdo, es que no sé por dónde empezar. Siento que cuando me explico lo hago fatal. ¿Sabes esa sensación de que al decir las cosas en voz alta suenan más tontas?

—Esa sensación solo la tienes tú. Y empieza por el principio.

—El principio... —Suspiró hondo—. Ya sabes que me encanta la moda.

—Sí, aunque a veces no le añadas la parte práctica.

—Una pequeña debilidad —reconoció ella sonriente.

—¿Así que con eso tiene que ver tu sueño?

—Sí. En realidad, lo tengo todo pensado desde hace meses. Se me ocurrió un día, mientras me duchaba. Pensé que, ya que mis hermanos tenían una revista, podría ser la plataforma perfecta para empezar. Se trata de una especie de consulta online. Es decir, imagina que eres una invitada a una boda y no sabes qué ponerte, o qué es más adecuado para un evento nocturno y desenfadado, o qué se lleva en vestidos de fiesta durante esta temporada. Pues bien, mi consulta de llamaría "*Pregúntale a Olivia*", aunque la idea sería que, si funciona, trabajen más personas. Y la gracia de todo esto es que la consultoría es gratuita.

—No sé si lo he entendido bien. ¿La clienta te escribe a ti?

—Sí. —Gesticuló con las manos, emocionada. A pesar de que Olivia solía ser una persona abierta y tenía mucha confianza con Dean, su mejor amigo, en realidad, Liam era la primera persona a la que le contaba aquella idea, porque su situación laboral seguía siendo el único aspecto en el que se sentía insegura—. El caso es, imagina que esa mujer, o una chica que tiene una cita o una joven que tiene una graduación, o incluso alguien que solo quiere saber qué corte o colores le favorecen más, escriben un correo a la consulta o un mensaje a través de una aplicación. La pregunta llega a mí. Y les respondo, valorando al detalle sus explicaciones. Sería público para que otros muchos usuarios pudiesen beneficiarse también de esa misma respuesta, ¿lo entiendes?

—¿Y de dónde sacas el beneficio?

—Ah, eso es lo mejor. Trabajaríamos con marcas de ropa asiduas y de confianza, de manera que, aparte de recomendarle qué estilo podría quedarle mejor, publicaríamos la respuesta con algunas fotografías de los ejemplos añadiendo el precio de esos vestidos y la referencia. De esa manera los clientes que quisiesen comprar directamente nuestra recomendación podrían hacerlo y, los que no, limitarse a buscar algo parecido o del mismo estilo en las tiendas.

—Publicidad de las marcas de ropa... —susurró Liam.

—Eso es. La revista vive, de hecho, en su mayor parte de la publicidad.

—Joder, Olivia. La idea es...

—Sé sincero —le rogó.

—Es increíble. Es perfecta.

—¿De verdad lo piensas?

—Claro que sí. ¿La has hablado con alguien?

—No, aún no. Ya te he dicho que me costaba...

—Vale. Pues si tus hermanos no la quieren, deja que yo invierta en ella.

—¡¿Qué?! ¡No! —Se puso en pie—. Eso sería como si me mantuvieses.

—Olivia... —Liam se levantó y la miró sorprendido—. ¿A qué viene eso?

—Es que no quiero. Me gusta la moda, me gusta mucho, pero mi verdadero sueño es el hecho de montar algo por mi cuenta y vivir de mí misma sin depender de mis hermanos ni de mis padres. Lo último que haría sería pasar a depender de ti. Y me gusta que esto que tenemos sea real, sin negocios ni dinero de por medio.

Liam resopló en un principio, cabreado. La idea le había parecido genial y muy fácil a la hora de rentabilizarla. Él tenía dinero de sobra y solía invertir en jóvenes emprendedores. Sin embargo, cuando la entendió se frotó la mandíbula y la cogió de la muñeca para acercarla de nuevo a él y conseguir que se sentase en su regazo. La abrazó mientras seguía negando.

—Lo comprendo, vale. Pero la idea es genial.

—Gracias. —Ella sonrió agradecida y luego se apoyó en su hombro y miró el suelo cubierto de nieve con aire pensativo—. ¿Sabes? Podríamos ir a patinar sobre el hielo. Sería divertido.

Liam se tensó bajo su cuerpo, incómodo.

—No creo que eso sea muy realista.

—¿Por qué? —Olivia frunció el ceño.

—Princesita... —resopló—. No soy un chico normal. No puedo salir a la calle mañana e irme a patinar contigo. Me gustaría, créeme. Lo he pensado muchas veces. Quizás si volviese atrás tocaría música para mí o la subiría a internet de forma anónima y tendría un trabajo corriente tan solo para poder tener una vida también así.

—Pero no toda la gente conocida se encierra en sus casas.

—Ya. —Él inspiró profundamente, sintiéndose mal.

—Podemos hacerlo, Liam. Te pones un gorro y una bufanda. Nadie te reconocerá. ¿No te apetece pasear por la ciudad conmigo? Siempre estás metido en esta casa y me preocupas...

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué no? Vamos.

—Olivia, de verdad que no.

Liam se puso en pie, levantándola también a ella. De repente se sentía atrapado, enjaulado. No soportaba el hecho de no poder darle lo que ella quería, pero, al mismo tiempo, lo que le pedía era algo tan lejano que no le dejaba opción. Eso le dolía. Porque estaba convencido de que no era bueno para ella y de que no la merecía, no si no podía hacerla feliz.

Cuando Olivia se marchó un rato más tarde tras despedirse en la puerta dándole un beso largo y sentido, Liam se dejó caer por la cocina y cogió un zumo de la nevera.

—¿Qué tal el día? —le preguntó Greg.

—Podría ir mejor —contestó Liam.

—Oh, cariño. —Matilda pasó por su lado y le revolvió el pelo—. Yo creo

que desde que la chica apareció en tu vida, tus días han sido mucho mejores. Es adorable. ¿Pasarás la última noche del año con ella? —le preguntó mirándolo con cariño.

—No creo, si ni siquiera puedo pasar una tarde normal...

—¿Qué quieres decir con eso? —Greg frunció el ceño.

—Me ha pedido que fuésemos a patinar una tarde. —Se llevó las manos a la cabeza—. Y no puedo, sabes que no puedo. La idea de salir ahí y que me reconozcan...

—Liam, algún día tendrás que cambiar eso.

—¿Por qué? No. —Sacudió la cabeza—. La idea era quedarme aquí eternamente, hacer algún concierto de vez en cuando y ya está. Olivia no tendría que haber aparecido.

—Pero apareció —se inmiscuyó Matilda.

—Pues haré que se vaya otra vez.

Greg se inclinó en la mesa hacia él.

—Esa sería la mayor idiotez que has cometido hasta ahora.

—Una más. —Liam se encogió de hombros.

Matilda resopló malhumorada y le dio un golpecito en la cabeza.

—¿Es que no has aprendido nada, chico? La vida te está dando una segunda oportunidad y deberías estar agradecido y aprovecharla. Llama a esa chica, ve mañana a patinar y empieza a dejar atrás tus demonios, porque a este paso terminarán consumiéndote.

—Matilda tiene razón —aprobó Greg.

Liam se tapó la cara con las manos, agotado mentalmente.

Era cierto. Él había imaginado que el resto de su vida sería fácil, que se limitaría a la música y a sobrevivir durante el resto del tiempo. No tenía más aspiraciones. Al menos hasta que Olivia se cruzó en su camino y lo cambió todo, porque él le había dicho la verdad la otra noche. Cuando se enamoraba, lo hacía hasta las trancas. No sabía hacer las cosas a medias, eso no funcionaba con él. Pero al ser todo tan extremo, le daba un miedo atroz.

Y en esos momentos se sentía atrapado entre lo que quería y lo que sentía.

13

Cuando, tras escuchar la llamada por el telefonillo, Olivia bajó y se subió al coche privado con el que cada día acudía a casa de Liam, se quedó anonadada. Él estaba allí también, sentado en el asiento trasero. Se lanzó a su cuello para comérselo a besos y sonrió.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Querías patinar, ¿recuerdas?

—¿Lo estás diciendo en serio? ¡Oh, muchas gracias, Liam! Sé que esto es un esfuerzo para ti. Y mira, te has puesto hasta el gorro y la bufanda como te dije. Creo que hoy me gustas aún más que ayer, y eso que ya es difícil —añadió de tan buen humor que él no pudo evitar contagiarse ante su entusiasmo. Le cogió de la mano mientras el coche se movía entre las calles de la ciudad y dejaban atrás el barrio en el que Olivia vivía para dirigirse a la pista de hielo más conocida de la ciudad. Él ya había pensado en eso, en que quizá sería una ventaja que hubiese tanta gente, porque así nadie se fijaría en él ni le prestaría tanta atención.

—Ya hemos llegado —anunció él poco después.

—¿Estás nervioso? —Ella lo miró preocupada.

—No, venga, vamos. Lo pasaremos bien.

Liam tomó aliento cuando bajó del coche y la inseguridad empezó a

invadirlo. Los gritos y las risas de la gente se escuchaban a lo lejos. Greg bajó del asiento del copiloto y los acompañó hasta las taquillas. A pesar de su nerviosismo, Liam pronto se dio cuenta de que poca gente lo miraba y, los que lo hacían, parecían no reconocerlo entre el gorro y la bufanda que le tapaba casi los labios. Cogió a Olivia de la mano mientras la chica les daba unos patines de alquiler tras preguntarles qué talla gastaban y luego les indicó que pasasen.

—¿Te quedarás aquí? —Le preguntó a Greg.

—Sí, estaré cerca, dando una vuelta. No te preocupes.

Se despidieron y entraron. Los villancicos navideños se escuchaban por todas partes y la gente patinaba en la pista central. Olivia estaba emocionada como una niña. Se pusieron los patines y luego él la cogió de la mano antes de deslizarse por el hielo. Hacía años que no vivía aquello, unas Navidades así, que casi parecían reales. Danzaron por la pista mientras se miraban sonrientes. Los dos se cayeron un par de veces, entre risas, y terminaron girando cogidos de la mano cuando dominaron los patines. Ella le pasó los brazos por el cuello y al mirarla bajo las luces navideñas de colores, Liam pensó que aquello era perfecto.

—Gracias por haber hecho esto por mí. Significa mucho.

—Gracias a ti por motivarme a hacerlo. Ya no recordaba lo que era salir una tarde cualquiera y dar una vuelta. —Miró alrededor—. Gracias por todo, Olivia.

No era solo eso. Es que desde que ella había aparecido en su vida, él había vuelto a sonreír, a componer, a disfrutar con la música y a sentir algo cálido

en el pecho. Cada vez pensaba menos en el pasado y más en el futuro, preguntándose cómo podía hacerlo para que aquello que estaban empezando terminase por ser una realidad y no una mera ilusión momentánea.

Se movieron por la pista de hielo un rato más, disfrutando del momento, hasta que los dos se alejaron de allí cuando estuvieron agotados y se quitaron los patines. Los dejaron en la taquilla, pero, en lugar de marcharse, Liam se acercó a un puesto comida.

—¿No te apetece una de esas manzanas de caramelo?

—¿A ti te gustan? —preguntó ella caminando a su lado.

—Sí, aunque hace años que no como una. Recuerdo que mi madre solía comprármela en Navidad, cuando salíamos a pasear —explicó con nostalgia.

—Pide dos —lo animó ella sonriente.

Se colocaron en la cola. Olivia se puso de puntillas y lo besó antes de cogerlo de la mano mientras esperaban. Liam se sentía en una nube, tan diferente a la persona que era apenas un mes atrás que aún le costaba encajar aquel cambio inesperado. Notó que unas chicas que estaban delante en la cola se giraban para mirarlo, pero no quiso darle importancia. Estaba paranoico. Era eso. Se subió más la bufanda, tapándose la boca que Olivia había dejado al descubierto para darle el último beso. Las miradas se volvieron más indiscretas. Cuchicheaban entre ellas y con otras jóvenes que estaban al lado y se giraban de vez en cuando. Liam se movió con incomodidad, receloso. Entonces escuchó su nombre.

—¿Es Liam Carter? —preguntó una voz más aguda.

—Mierda —susurró él. Cogió a Olivia de la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella alarmada.

—Vámonos de aquí...

Se alejó un par de pasos, caminando con la cabeza agachada, pero pronto notó que lo seguían. Y la atención de esas chicas solo generó más atención, como el efecto de una bola de nieve, hasta el punto de que un minuto después la mitad de la gente que estaba fuera de la pista, alrededor de los puestos de comida, parecía estar mirándolo y cada vez lo rodeaban más, conforme su nombre se empezaba a escuchar entre los cuchicheos. Él solo podía pensar en sacar a Olivia de allí y alejarse lo más rápido posible.

—¡Liam, espera! ¡Un autógrafo, por favor!

—¿Puedes hacerte una foto conmigo?

—¡Solo será un momento, Liam!

—¡Te quiero, Liam! —gritó otra.

Él respiró hondo, cada vez más nervioso. La gente se arremolinó a su alrededor hasta que la idea de avanzar se convirtió en algo totalmente imposible. Agobiado, Liam respondió algunas peticiones, firmó un par de autógrafos y dejó que le hiciesen fotografías, algo que hacía años que no ocurría. Estaba casi paralizado, pensando en la mejor manera de escapar. De repente, sintió que la mano de Olivia se escurría entre sus dedos y, cuando se dio la vuelta e intentó buscarla entre la multitud, no la encontró. El corazón le latía tan rápido que empezaba a sentirse mareado y enfadado. A su alrededor solo había caras desconocidas y voces que le gritaban y le hablaban, aunque él era incapaz de escuchar nada.

—¡Olivia! ¡Olivia! —Se movió entre la gente, desesperado.

Pero cada vez había más y más. Algunas personas habían salido de la pista tan solo para acercarse y ver qué ocurría. Y él solo podía pensar en la chica que lo acompañaba.

—¡Joder, Olivia! ¡OLIVIA!

La vio tras unas chicas que agitaban los brazos en alto y lo llamaban. Estaba rezagada a un lado y se tapaba la nariz con una mano, como si no pudiese respirar. Liam consiguió hacerse un hueco con mucho esfuerzo para llegar hasta ella, intentando ignorar las manos que lo tocaban y lo rozaban con total impunidad. Le rodeó la cintura cuando logró alcanzarla.

—Olivia, ¿estás bien? Te había perdido...

Cuando ella se quitó la mano de la nariz y él vio que estaba sangrando, lo olvidó todo. Olvidó a las chicas que estaban a su alrededor, los gritos de la multitud y los nervios de minutos atrás, porque en esos momentos solo podía sentir furia. Una furia inmensa que se arremolinaba haciéndose más grande y que Olivia advirtió en cuanto lo miró a los ojos.

—No es nada. Alguien me ha dado un codazo sin querer.

Liam estaba a punto de cometer una locura cuando Greg apareció acompañado por algunos guardias de seguridad del recinto de la pista de hielo. En algún momento que él no supo calcular, porque solo era capaz de mantener la mirada fija en Olivia y en la sangre que salía de su nariz, consiguieron despejar la multitud. La cogió de la mano y tiró de ella hacia la salida. No miró atrás mientras caminaba decidido. Por suerte, Greg lo había dispuesto todo para que el coche estuviese esperándolos en la salida, así que pronto estuvieron dentro del vehículo, lejos de algunas personas que habían

conseguido seguirlos.

El chofer arrancó de inmediato y él recorrió con la mirada a Olivia, intentando descubrir si tenía alguna otra herida que no hubiese visto antes. Cuando descubrió que no, sintió que algo se rompía en su pecho y la abrazó con fuerza contra él.

—Estoy bien, Liam. Tranquilo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque no ha sido tanto. Ya casi no me sale sangre —añadió sonriendo y aún presionándose la nariz con el pañuelo que Greg le había tendido antes de subir al coche—. ¿Qué te ocurre, Liam? Mírame y sé sincero conmigo.

—Esto no debería haber ocurrido...

—Podría haber pasado de cualquier modo.

—Pero ha sido por mi culpa. Ha sido porque...

—No te tortures así, por favor —le suplicó, porque estaba empezando a ver algo en su mirada azul y turbia que no le gustaba nada. Sacudió la cabeza—. Olvídalo.

Liam bajó a ventanilla que los separaba de los asientos delanteros y le pidió al chofer que los llevase a casa de Olivia y que, cuando ellos bajasen, esperase en la puerta.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque tenemos que hablar.

Él se cerró en banda hasta que llegaron al edificio.

Olivia lo miró preocupada, pero no dijo nada mientras subían en el ascensor y abría después la puerta de su apartamento. Liam parecía perdido

en otro mundo, casi sin mirar a su alrededor cuando entró en su piso por primera vez, con la frente arrugada y revolviéndose el pelo intranquilo. Ella temía decir o hacer algo que empeorase la situación.

—¿De qué querías hablar? Me estás poniendo nerviosa.

Liam paseó por su comedor de un lado a otro, resoplando.

—Esto tiene que terminar. Lo que tenemos —dijo sin mirarla.

—¿Qué? ¿Por qué? Pero si acabamos de empezar. Liam, no hagas esto.

—Lo siento. Me gustaría que las cosas fuesen diferentes, pero esta es la realidad y hoy ha sido un golpe en la nariz y mañana puede ser cualquier otra cosa. Le hago daño a todo lo que está cerca de mí, ya sea antes o a la larga. No pienso arrastrarte conmigo.

Olivia sentía que el corazón le latía muy rápido y tenía la boca seca. Viéndolo tan cerrado, no sabía que decir, así que hizo lo que su instinto le gritaba. Se acercó a él despacio y se puso de puntillas para besar sus labios. Liam tembló y cerró los ojos.

—¿De verdad vas a fingir que no te importo?

—Claro que no. Me importas demasiado.

—¡Pues nadie lo diría! Quiero estar contigo.

—No siempre tenemos todo lo que queremos.

—Por favor, Liam. No lo fastidies todo ahora.

Él se rio sin humor y, por primera vez, ella se dio cuenta de que estaba delante de la parte más oscura de Liam, brillando en todo su esplendor. La expresión de su rostro cambió y se volvió hosca y dura. Quizás ella no lo sabía, pero él se estaba rompiendo en esos momentos, delante de ella. Sentía

que los recuerdos y las emociones escapaban y lo llenaban todo. Y Olivia estaba tan lejos de su alcance que no tenía sentido intentar retenerla a su lado.

—No lo entiendes —dijo con rabia—. No entiendes nada porque no me conoces. Ya te lo dije una vez. Si lo supieses todo de mí, me odiarías.

—De acuerdo, prueba a ver. Cuéntame la verdad.

Se plantó delante de él, mirándolo con los ojos brillantes por las lágrimas. Liam respiró hondo. Por un lado, quería dar media vuelta y huir lo más rápido posible, pero por otro sabía que, si no era sincero con ella, Olivia seguiría empeñada en seguir a su lado y no podía permitirlo. Así que se obligó a mantener los pies en el suelo mientras hablaba.

—Salía con alguien, ¿lo sabías? Durante esa época mala que te conté, estaba con una chica. Se llamaba Terry. Llevábamos juntos solo unos meses, pero estaba loco por ella, porque siempre he sido así y no sé sentir a medias. Venía conmigo a las giras y a todas partes. Nos colocábamos juntos y hacíamos todo lo que se nos pasaba por la cabeza.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—Se quedó embarazada.

—Liam...

—Fue como un golpe. En ese momento me di cuenta de que teníamos que cambiar, no podíamos seguir así eternamente y menos con un bebé en camino. Lo hablé con ella, intenté que lo comprendiese y tras algunas discusiones estuvo de acuerdo. Pensé que, si teníamos que entrar juntos en un centro de desintoxicación, lo haríamos. Sería como empezar desde cero. Como se encontraba fatal durante los primeros meses de embarazo, se quedó

en el apartamento que tenía entonces mientras yo terminaba los dos últimos conciertos de la gira. Y entonces, cuando regresé a casa aquella tarde...

Él respiró hondo, clavando la mirada en el techo.

—¿Qué ocurrió, Liam? —Olivia dio un paso hacia él.

—Estaba muerta. Fue una sobredosis.

—¡No! —Se llevó las manos a la boca.

—Sí. ¿Recuerdas cuando me hiciste esa pregunta sobre dónde me veía dentro de diez años? Pues bien, no me veo de ningún modo, porque ya perdí mi oportunidad, Olivia. Mi hijo no llegó a nacer. Y la chica con la que debería haber hecho mi vida, decidió que un chute valía más que el futuro que los dos teníamos por delante. Y lo peor de todo es que sé que fue culpa mía, que la vida que llevábamos... que todo aquel dolor...

Sintió que se rompía a pedazos allí mismo, justo antes de sentir los brazos de Olivia rodeándolo con fuerza en un abrazo que creía que no se merecía. Parpadeó, confundido, e intentó recordar por qué estaba ahí y qué era lo que debía hacer. Si se hubiese dejado llevar por sus instintos, hubiese agachado la cabeza para buscar los labios de Olivia y después la habría cogido en brazos para llevarla hasta su habitación y hacerle el amor, pero su cabeza le dictaba que tenía que hacer todo lo contrario, romper aquel abrazo y marcharse.

Lo hizo. La soltó y dio un paso atrás, negando con énfasis.

—Lo entiendo, Liam. Entiendo que te culpes y que pienses que todo está roto después de algo así, pero no es cierto. Existen las segundas oportunidades. Y no fue culpa tuya, tú ni siquiera estabas allí —susurró con un hilo de voz.

—Precisamente. No estaba allí, Olivia.

—Por favor, no te tortures así, Liam.

—Lo siento —dijo girándose.

—¿Vas a marcharte? ¿Ya está? ¿Después de semanas viéndonos todos los días, te das media vuelta y te vas? Si haces eso eres un cobarde, Liam.

Él la miró una última vez, lleno de dolor.

—Te deseo... lo mejor. Ya lo sabes.

Después de marchó cerrando la puerta de un portazo. Bajó las escaleras del edificio con el corazón latiéndole con fuerza y casi sin poder respirar. *Cobarde*, puede que sí lo fuese y ella tuviese razón, pero no estaba dispuesto a ponerla en riesgo por mucho que deseara estar a su lado. Por una vez, no sería egoísta. Esperaba que, con el tiempo, Olivia pudiese perdonarle y fuese feliz con otra persona que sí pudiese dárselo todo sin reservas.

Montó en el coche y, cuando llegaron hasta su casa a las afueras, se apeó e ignoró los gritos de Greg mientras se dirigía hacia la puerta principal. Se sentía atrapado en su propia piel y lejos de conseguir calmarse. Subió a su dormitorio, resoplando. Una vez llegó allí, se llevó una mano al pecho y cerró los ojos, respirando hondo. Necesitaba calmarse o perdería la cabeza. Que Greg apareciese en el umbral de la puerta no ayudó en absoluto.

—Vete, necesito estar solo ahora —le gruñó.

—¿Has roto con ella? Liam, mírame. Soy tu amigo.

—Joder, lárgate —insistió, fuera de sí.

—No. Si hubiese cedido todas las veces que me has dicho algo así...

Él sabía que Greg tenía razón, pero en esos momentos no quería

escucharlo. Tras la muerte de Terry, cuando él se hundió hasta el punto de sufrir también una sobredosis días después del entierro, Greg había sido el único amigo de verdad que le había tendido una mano. A pesar de sus quejas y sus desplantes, no había estado dispuesto a marcharse y dejarlo solo, porque lo conocía lo suficiente bien como para saber que, aunque lo negase, en realidad necesitaba ayuda y estaba tan perdido que no veía salida a su situación.

Pero ahora era diferente. Liam ya no era un niño y no iba a volver a caer en nada de todo aquello. Lo pasaría mal y probablemente nunca sería tan feliz como al lado de Olivia, pero viviría con ello si así las cosas eran mejor para ella.

—Sí, hemos roto. Así es como debe ser...

—Como dices tú que debe ser.

—Como es mejor —replicó.

—Te estás equivocando. Lo único que deberías hacer es ser sincero con ella, contarle la verdad, y dejar que la chica decida si quiere estar contigo o no. Tan fácil como eso.

—Ya se lo he contado —masculló.

—¿Le has contado lo de Terry?

—Sí.

—¿Y?

—No salió huyendo y eso fue lo peor de todo.

—Peor para ti, claro. Eres el único que se ve a sí mismo como un monstruo, todos los demás te conocemos con tus luces y sombras y te

aceptamos así, Liam. No eres una mala persona, solo alguien que lo ha pasado mal y que ha tenido épocas jodidas. Los accidentes ocurren y las cosas malas, no puedes evitarlo todo ni pretender proteger a Olivia.

—Sí puedo. Y ahora solo necesito hacer una última cosa...

Greg no dijo nada mientras Liam se acercaba y cogía una libreta y un bolígrafo, pero negó con la cabeza porque le dolía ver a su amigo así cuando por fin parecía que empezaba a dejar atrás el dolor y a tener esperanzas por un futuro que ahora él mismo acababa de romper.

14

Olivia no quería ver a nadie. Llevaba días hecha un ovillo en el sofá, lamentándose por haber sido tan tonta como para enamorarse de un chico que, desde luego, no sentía lo mismo que ella. Porque Olivia era de esas personas que pensaban que, por amor, valía la pena cualquier sacrificio. No era un sentimiento cualquiera. Era el sentimiento que movía el mundo. Y ella nunca había sentido nada tan intenso como la ternura que la recorría cuando miraba a Liam, cuando lo veía sonreír o lo escuchaba cantar con la voz ronca.

Pero, al parecer, no era tan recíproco como pensaba.

O eso creyó hasta que aquella carta llegó a su buzón.

Abrió el sobre sin muchas ganas, vestida con el pijama y con el pelo recogido en un moño a medio hacer. Pensaba que sería una factura más o algo por el estilo, aunque no venía con nombre, pero lo que encontró dentro eran cuatro folios escritos a mano por Liam, con su puño y letra, en los que respondía pregunta a pregunta una entrevista completa, con todo lujo de detalles, contando su adicción a las drogas, hablando por encima de la muerte de Terry y añadiendo lo que ocurrió después, cuando ingresó gracias a Greg en un centro de desintoxicación durante varios meses, centro al que hicieron una inmensa donación para que aquello no saliese a la luz en esos momentos.

Olivia se llevó una mano a la boca al terminar de leer y llegar hasta la

pequeña nota doblada que llevaba su nombre. Cuando la abrió, descubrió que solo ponía: *“Publica la entrevista y consigue tu sueño. La idea es increíble, Olivia. Espero que la vida te sonría”*.

Se quedó llorando en el sofá durante el resto de la tarde, releyendo las preguntas y las respuestas, completando el puzle de la vida de Liam que por fin tenía en sus manos. Después, conforme empezó a anochecer, se acercó a la chimenea y lanzó los papeles dentro. Se quedó mirando cómo se deshacían hasta convertirse en un montón de cenizas.

En ese momento, llamaron a la puerta.

No esperaba visitas, ya que era el día de fin de año y, cada vez que alguien se había acercado a ella durante aquellos últimos días, había rechazado la compañía porque prefería estar sola.

Al abrir se quedó anonadada mirando a sus hermanos y sus parejas junto a algunos otros amigos. Se apartó para dejarlos pasar. Blake la miró de arriba abajo.

—Sí que debes de estar mal para ir con ese pijama...

—¡Déjala tranquila! —Lo regañó Gina.

—Solo era un comentario sin importancia.

Pasaron todos al comedor y se sentaron en los sofás mientras ponían sobre la mesa auxiliar la comida para llevar que habían traído en bolsas. Olivia contempló sorprendida cómo Ava se acercaba a la cocina y sacaba vasos y cubiertos con la ayuda de los demás.

—Blake tiene razón —logró decir—, quizá debería ir a cambiarme...

—Podrías darte una ducha rápida —la animó su hermano.

Ella le dirigió una mirada airada antes de salir del salón y dirigirse al baño, pero sabía que Blake la conocía bien y que tenía razón. Encendió el agua caliente y se metió bajo el chorro. Intentó no pensar en nada mientras se duchaba, pero, como siempre, la mirada azul y melancólica de Liam se coló en su cabeza. Lo echaba de menos. Se había acostumbrado a estar con él y a verlo cada día, así que le estaba costando encajar el golpe. Sabía que no debería haberse hecho ilusiones, pero todo parecía fluir tan bien hasta aquel momento...

Cuando salió, se secó rápidamente el pelo y se vistió con unos vaqueros y una suéter grueso y cómodo de lana. Al ir al comedor, vio que ya estaban esperándola para comer tras calentar los platos y se sentó en el suelo al lado de Jane, la novia de Gabe. Se sirvió unos tallarines y al olerlos se dio cuenta del hambre que tenía después de días picando cualquier cosa que encontraba sin preocuparse demasiado por alimentarse bien.

Tras días de soledad y tristeza, intentó disfrutar de la noche y centrarse en las conversaciones que los demás mantenían, aunque ella no tuviese muchas ganas de participar. Estaba cansada de revisar su móvil cada pocos minutos para descubrir que no tenía ninguna llamada y de darle vueltas a lo que había ocurrido, porque, a fin de cuentas, Liam había sido el que había tomado aquella decisión sin siquiera permitirle que lo hablasen.

Cuando fue a la cocina a dejar los platos, Blake la siguió.

—Aún estoy esperando a que me cuentes qué ha ocurrido.

—¿Para qué? Seguro que ya te lo imaginas —contestó ella.

—Me gustaría poder oírlo de ti. —Él la cogió de los hombros para

obligarla a que se girase y lo mirase—. Tienes muy mal aspecto y no me gusta verte así, Oli.

—Se me pasará. Es solo que aún duele demasiado.

—Y todo por haberte encargado esa dichosa entrevista...

—¿Qué pasa con la entrevista? ¿La tienes? —Dominic entró en la cocina.

—Eres muy poco intuitivo, hermanito —le dijo Blake—. Por si no te has dado cuenta, Olivia se ha enamorado y le han roto el corazón. Y por si sigues sin encajar todas las piezas, te adelanto que el causante es un tal Liam Carter. Tan listo para los negocios, tan tonto para otras cosas —bromeó poniendo los ojos en blanco y Olivia le agradeció el gesto porque la hizo reír, al menos hasta que Dominic se interpuso entre los dos.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —exigió saber.

—Mientras intentaba conseguir la entrevista que le pedimos.

—A propósito, quería hablar de eso —los cortó Olivia—. Olvidad lo que os dije. No quiero participar en la empresa y tampoco voy a daros la entrevista. No la conseguí —mintió.

Dominic la miró con el ceño fruncido y sin estar convencido.

—¿Qué es lo que no nos estás contando?

—Nada. Gracias por la oportunidad, de todos modos.

Para sorpresa de los dos, los abrazó. Olivia se había dado cuenta durante aquellos últimos días que no valía la pena pasarse la vida con resentimientos o de mal humor con esas personas que eran importantes para ella. Y pese a que Dominic a veces era poco intuitivo en lo que a los sentimientos se refería y Blake fingía despreocupación cuando no sabía cómo comportarse, siempre

serían dos de las personas más importantes de su mundo.

—No sé si debería asustarme ante tanto cariño —bromeó Blake.

—Sabes que si necesitas ayuda... —empezó a decir Dominic.

—O que le rompamos las piernas a alguien —se burló Blake.

—Estamos aquí —terminó Dominic dirigiéndole al otro una mirada afilada.

—Solo tienes que llamarnos —insistió Blake.

—Ya lo sé, tontos. —Olivia sonrió.

Luego intentó mostrarse animada cuando regresaron al comedor, aunque por dentro se sintiese rota y triste. A través del televisor, siguieron la cuenta atrás de Times Square y después brindaron y se desearon un feliz y próspero año nuevo. Mientras Olivia se terminaba su copa de champán con la vista clavada en la ventana y el cielo oscuro, se preguntó qué estaría haciendo Liam justo en ese instante, cuando un año distinto empezaba para todos.

Liam temía la mirada clavada en la ventana.

Ante las insistencias de Greg y después de unos últimos días especialmente malos, había accedido a acompañarlo para celebrar el año nuevo junto a su mujer, Sarah, y sus hijos pequeños. La velada había sido agradable, pero él no podía evitar echar de menos a la chica de la sonrisa bonita y que hacía cualquier cosa que se le pasase por la cabeza sin pensar. Hubiese sido una noche perfecta si ella hubiese estado allí a su lado, pero él mismo le había obligado a apartarse sin darle opción y eso solo hacía que se sintiese aún

peor.

Cosa que no mejoró los siguientes días. Si pensó que el comienzo del año aliviaría de algún modo aquello, que sería como dejar atrás lo ocurrido durante el mes de noviembre, se equivocaba. Los adornos navideños desaparecieron uno a uno, pero el recuerdo de Olivia siguió persistente tanto cuando pasaba las horas con una guitarra en la mano pensando en ella como cuando el día terminaba y se metía en la cama deseando dormirse cuanto antes.

Dos semanas después, algo empezó a ponerlo nervioso.

—No lo entiendo —le dijo a Greg entrando en la cocina.

—¿Qué es exactamente lo que no entiendes? —preguntó.

—No ha publicado la entrevista. Me levanto cada día nervioso pensando que hoy sí, pero al mirar las noticias de actualidad, descubro que no, que hoy tampoco es el día.

Greg alzó las cejas y se pensó muy bien que decir puesto que, tras algunas conversaciones incómodas, en teoría, Liam y él habían acordado que no volverían a hablar de Olivia.

—¿Quieres saber mi opinión de verdad?

—Sí, joder, claro que quiero.

—No se va a publicar nunca.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es evidente, Liam. Si la chica hubiese querido hacerlo, ya estaría en todos los medios y tendríamos a un puñado de fotógrafos delante de la puerta.

—Pero le regalé esa entrevista, esa oportunidad.

—Ya. Y ella ha decidido tirarla a la basura, está en su derecho.

—No quiero que haga eso. La idea era que consiguiese su sueño.

—Teniendo en cuenta que tú has hecho lo que te ha dado la gana y has cortado una relación cuando, en realidad, estás enamorado hasta las trancas de esa chica, creo que ella tiene derecho a hacer lo que le apetezca con la dichosa entrevista.

Liam respiró hondo con nerviosismo. Sabía que Greg tenía razón y que, desde el principio, su amigo había estado de parte de Olivia, pero no podía evitar seguir sintiendo un miedo lacerante paralizándolo. Había sentido el impulso en varias ocasiones de ir a por ella, pero temía no saber qué hacer una vez la viese o volver a temer que le ocurriese algo...

—Ya sé que piensas que la he fastidiado.

—Pues sí, evidentemente lo pienso.

—Pero la he antepuesto a mis deseos.

—Yo no diría exactamente eso.

—Greg, no estás siendo razonable.

—Lo mismo te digo, amigo.

—¿Sabes qué? No importa. Ya está hecho.

—Si tú lo dices... —Se llevó una taza de café a los labios.

—¿Qué insinúas? —Liam lo miró cabreado, porque estaba agotado tras días sin dormir y sin parar de pensar—. Venga, di lo que sea que estás pensando.

—¿Seguro?

—Adelante.

—Lo que pienso es que esa chica sigue ahí fuera, en esta misma ciudad, y que si ahora lo quisieses de verdad podrías estar desayunando junto a ella en vez de conmigo. Y, por supuesto, pienso que estás perdiendo una oportunidad que la vida te ha regalado para ser feliz. Si quieres saber mi opinión, creo que Olivia fue tu pequeño milagro navideño particular.

Liam se pasó una mano por el pelo, consternado. Él ya sabía todo eso, pero conforme pasaban los días y la echaba más de menos y además descubría que ella era tan noble y fiel como para no publicar ni siquiera la entrevista que lo había conducido hasta él...

—La he cagado... —susurró.

—Mucho, colega. Pero, si me dejas ayudarte, creo que puedo encontrar la manera perfecta para que, al menos, te disculpes como es debido.

—¿En qué estás pensando?

—¿Estás dispuesto a cometer una locura?

15

Olivia se sentía satisfecha. No feliz, porque ese era un sentimiento que aún se le resistía por culpa del recuerdo lacerante de Liam, pero sí estaba orgullosa de sí misma y hacía tanto tiempo que no se sentía así que tampoco quería tentar a la suerte pidiéndole más.

Había encontrado un inversor. Se trataba de una mujer que era dueña de varias marcas de ropa y que estaba entusiasmada ante la idea que ella había desarrollado durante aquellas semanas y presentado después en un portal de jóvenes emprendedores.

Olivia sentía que estaba avanzando por el camino correcto.

Cerró el portátil con una sonrisa tras responder el último correo justo cuando su teléfono móvil sonó. Era Blake. Últimamente tanto él como Dominic se habían mostrado especialmente protectores con ella, así que puso los ojos en blanco y descolgó.

—Estoy bien, de verdad, deja de llamar...

—En realidad, pretendía avisarte.

—¿De qué? —Se puso en pie.

—Creo que deberías mirar por la ventana.

—¿Cómo dices? ¿Mirar por la ventana?

—Tú solo... hazme caso, Olivia...

—De acuerdo. —Colgó cuando su hermano se despidió a toda prisa y, con el ceño aún fruncido y sintiendo un escalofrío por el frío que hacía, dejó el teléfono a un lado y se acercó hasta la ventana. Apoyó la frente en el cristal como una niña pequeña y parpadeó alucinada.

Allí abajo, alrededor de un grupo de gente que cada vez empezaba a ser más grande, habían montado un concierto improvisado en medio de la calzada. Apenas había instrumentos, pero Olivia distinguió a pesar de la lejanía al chico de cabello oscuro que llevaba una guitarra colgada en el pecho y estaba colocando un micrófono en medio, mientras la gente a su alrededor comenzaba a gritar llena de emoción y se aglomeraban formando un semicírculo con forma de media luna. Olivia sintió que se quedaba sin aire.

Corrió hasta su habitación e ignoró el teléfono que volvía a sonar, porque imaginaba que serían sus hermanos. Iba con la cara lavada y el pelo hecho un higo, pero no le importó. Se puso una cazadora encima del pijama grueso de invierno, cogió las llaves y salió de casa.

Tropezó de bruces con Dominic, que la sostuvo.

—¿Estás segura de que quieres bajar?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Recuerda que te rompió el corazón y llevas tres semanas pasándolo mal por su culpa. No quiero caer en el cliché de hermano mayor sobreprotector, pero creo que deberías pensártelo antes de bajar corriendo a la calle... y con estas pintas...

—¡Déjala, Dominic! —protesto Ava de inmediato.

—Pero es que... —Dominic se frotó la frente contrariado.

—Ella sabe bien lo que quiere. —Gina sonrió.

—Gracias, chicas —dijo Olivia antes de rodearlos, dejarlos atrás y subir en el ascensor. No le dio tiempo a escabullirse, porque los demás montaron también cuando Blake consiguió que la puerta no se cerrase. Dominic se pasó todo el viaje con el ceño fruncido, pero se relajó cuando su novia se puso en puntillas y le dio un beso que lo dejó atontado.

Olivia salió del ascensor a toda prisa e ignoró al portero antes de pasar corriendo por su lado y abrir la puerta de la calle del edificio. La música había empezado a sonar. Liam tenía la cabeza agachada, fija en el suelo, como siempre, mientras tocaba los primeros acordes, pero en esa ocasión, cuando comenzó a cantar, alzó la mirada buscando la suya.

Se miraron en silencio mientras la voz de él llenaba la calle y la gente que contemplaba el espectáculo sacaba sus móviles y lo grababa todo sin perder detalle.

Era una canción inédita de Liam Carter.

He pasado mucho tiempo

Perdido en la oscuridad

Perdido entre la culpa y mis demonios

Perdido en recuerdos que no puedo cambiar...

Olivia parpadeó para contener las lágrimas mientras el viento helado le enrojecía la nariz y Liam seguía cantando. Cada vez se acercaba más gente,

aunque se mantenían en silencio, sorprendidos mientras retransmitían aquello en directo a través de las redes sociales.

Había tocado fondo,
pero entonces llegaste tú.
Llegaste tú y todo cambió.
Me diste alas para volver a volar.

La voz de Liam era sincera y suave, tan perfecta que ella no podía dejar de mirarlo y ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando hasta que notó que su hermano le pasaba un brazo por los hombros y la estrechaba contra sí. Tenía a Liam a solo unos metros de distancia, cantando en la calle solo para ella y supo que no le hacían falta más palabras que aquello para entender que lo que sentía por ella era real. Porque conocía muy bien a ese chico y sabía que por nada del mundo hubiese estado dispuesto a hacer algo semejante. No solo porque le había entregado esa entrevista confesando todo lo que tantos años llevaba escondiendo sino porque, además, estaba reconociendo sus sentimientos allí mismo, delante de todos, mirándola fijamente mientras la música seguía sonando a su alrededor y repetía el estribillo:

Había tocado fondo,
pero entonces llegaste tú.
Llegaste tú y todo cambió.
Me diste alas para volver a volar.

Las notas se volvieron cada vez más suaves hasta, poco a poco, desaparecer. Los aplausos resonaron en toda la calle. Olivia apenas veía nada por culpa de las lágrimas, pero pudo distinguir cómo la figura alta y esbelta de Liam se acercaba hacia ella con paso decidido.

Se lanzó a sus brazos, abrazándolo.

—Perdóname... —le susurró al oído.

—No tengo nada que perdonarte.

Se apartó para poder mirarlo a los ojos.

—Siento haber tardado tanto —insistió él.

—Los dos somos testarudos. Creo que eso es algo que supimos desde el principio —bromeó entre lágrimas—. Pero lo que cuenta es siempre llegar al final de camino, no importa tanto cuándo. —Se puso en puntillas para poder besarle lentamente.

Escuchó algunos gritos y flashes a su alrededor, pero le dio igual. Quería a Liam con lo bueno y con lo malo que implicaría estar con él. Ya descubrirían durante el trayecto juntos cómo encajar sus vidas. Lo importante era que por fin estaban el uno al lado del otro en la línea de salida, cogidos de la mano, y que la chica que un día soñó con ser una princesa estaba dispuesta a conquistar su reino y terminar con el príncipe, aunque fuese el de las tinieblas, pero, esa vez, por fin, las cosas se harían a su manera.

EPÍLOGO

NUEVE MESES MÁS TARDE

Zoe y Jaxon

—¿Cómo me queda este vestido?

Zoe se giró hacia su novio y dio una vuelta sobre sí misma con una sonrisa. Jaxon la miró de arriba abajo y arqueó las cejas mientras se acercaba a ella lentamente.

—¿Lo haces a propósito porque ya vamos con retraso?

—No te estoy entendiendo —respondió coqueta.

—Ya lo creo que sí. Sabías que me darían ganas de arrancarte el vestido y hacerlo sobre la mesa nueva del salón —repuso señalándola—, así que ahora no te hagas la tonta conmigo.

—Eres un descarado —ronroneó.

—Y eso a ti te encanta.

Zoe sonrió y correspondió el beso largo y húmedo de Jaxon. Él la alzó sin esfuerzo, aún con la camisa a medio abrochar porque no había terminado de vestirse, y la dejó sobre esa mesa nueva que habían comprado la semana anterior. Buscó la cremallera del vestido para bajarla lentamente mientras la miraba a los ojos y ella se echaba a reír.

—Vamos a llegar tarde —dijo Zoe por lo bajito.

—Eso ya lo sabías antes de tentarme.

—Pero es la boda de mi mejor amiga.

—Será rápido. Y más si sigues mirándome así.

—Supongo que no todos los días una tiene la oportunidad de acostarse con el nuevo capitán de hockey del equipo campeón de la temporada, así que... —Le quitó la camisa de un tirón, haciéndolo reír—. Mejoras con los años, ¿no te lo he dicho nunca, Jaxon?

Él sonrió y le bajó la cremallera del vestido azul que llevaba puesto. Las chicas habían tardado entre todas más de dos meses en elegir el vestido perfecto de damas de honor que les quedase bien por igual. Finalmente lo habían encontrado en una de las tiendas que colaboraba con el nuevo negocio de Olivia. Y era perfecto, aunque prescindible en esos momentos en los que Zoe quería desnudarse lo más rápido posible.

—Uno tampoco tiene la oportunidad todos los días de acostarse con la reportera deportiva más sexy y lista del mundo —susurró antes de hundirse dentro de ella y escucharla gemir. Gina le rodeó las caderas con las piernas y él se movió más rápido, intentando saciar esa necesidad de Zoe, aunque sabía que no lograría calmarla por completo—. ¿Cómo es posible que cada día me vuelvas más loco, cariño? —jadeó en su oído.

Ella no pudo contestar, porque un gemido ahogado se escapó de su garganta cuando una sacudida de placer la atravesó. Se aferró a sus hombros mientras él la embestía con más fuerza antes de terminar y abrazarla contra su pecho. Le dio un beso en la nariz.

—Me encantas —susurró sonriente.

—Tú tampoco estás mal —dijo ella.

Los dos se rieron antes de ponerse en pie aún mareados y empezar a vestirse nuevo. Cuando estuvieron listos, ella cogió su bolso y buscó el

teléfono móvil.

—¿Todo bien? —preguntó Jaxon con las llaves en la mano y dirigiéndose a la puerta del nuevo apartamento al que se habían mudado hacía tan solo unos meses con la idea de empezar una vida juntos—. ¿Son Blake y Gina? —adivinó.

—Sí y van con retraso porque al parecer Lily acaba de vomitarle a Blake encima, así que, ya sabes, nos libramos de la bronca. Al final llegaremos los primeros. —Sonrió contenta.

—Vamos, no podemos dejar que nos ganen.

Jaxon reprimió una carcajada mientras subían al ascensor y presionaban el botón del garaje. Juntos, seguían siendo los más competitivos del grupo y no solo en el ámbito deportivo, desde luego. Zoe le arregló la corbata y le dio un beso en la mejilla.

—Vas a ser el hombre más irresistible de la boda.

—No quería desentonar contigo —bromeó.

—Prométeme que siempre será así.

—¿El qué, cariño? —preguntó.

—Esto que tenemos, Jaxon.

—Siempre —le aseguró abrazándola. Y lo decía en serio. Jaxon pensó que jamás volvería a confiar en otra mujer ni en abrirse lo suficiente como para tener una relación seria, pero Zoe se había ido colando poco a poco bajo su piel y sabía que ya era imposible que pudiese sacarla de allí, porque le había robado el corazón.

Blake y Gina

—¡Me ha vomitado encima! Madre mía...

—Te ha puesto perdido. —Gina se llevó una mano a la boca e intentó en vano limpiar a Blake con un trapo húmedo de la cocina—. Tendrás que cambiarte.

—Chica mala —se quejó Blake mirando al bebé que aún sostenía en los brazos y que, después de echar hasta la última papilla de forma inesperada, ahora se reía como si no hubiese ocurrido nada—. Quédate con mamá y pórtate bien. —Se la pasó a Gina, que la acunó contra su pecho. Le dio un beso en la frente antes de dirigirse al dormitorio.

Buscó en el armario otra camisa. Suerte que, el año anterior, Gina le había obligado a comprarse unas mil de esas que ya no gastaba, porque desde que había accedido a trabajar con su hermano lo hacía bajo sus propias normas y solía vestir informal a excepción de situaciones concretas, como las grandes reuniones o cenas de empresa.

Se abrochó los botones de nuevo y se arregló el pelo en el espejo antes de salir. Gina estaba sentada de pie meciendo a la pequeña Lily entre sus brazos y él no pudo evitar sonreír y enternecerse al verla. Era terrible, pero se pasaba el día deseando besarlas a las dos como si de repente fuese un oso amoroso. Pero es que el noviazgo con Gina y el nacimiento de su hija lo habían cambiado para siempre y, cuando miraba atrás, solo podía pensar que no

entendía cómo no había hecho todo eso antes, porque nunca se había sentido tan pletórico.

—Llegamos tarde. —Blake suspiró.

—Ya he avisado a Jaxon y Zoe.

—¿Lo llevamos todo? —preguntó.

—Veamos, biberón...

—Listo.

—Toallitas.

—Sí.

—La manta de Lily.

—También.

—¿Pezoneras?

—Eh... sí —dijo, sin poder evitar mirarle los pechos a Gina. Ella puso los ojos en blanco y él se echó a reír—. ¿Qué pasa? No me mires así. Mis ojos no tienen la culpa de que te hayan crecido al menos dos tallas. Son hipnóticas —bromeó.

—Solo espero que no se ponga a llorar durante la ceremonia.

—¿Mi angelito? Claro que no, si es adorable.

Cogió a Lily de los brazos de su madre y le apretó con suavidad contra su pecho. Gina ahogó una carcajada mientras se colocaba el chal alrededor del cuello y se retocaba el moño que llevaba recogido en lo alto de la cabeza. Le había hecho gracia el comentario de Blake porque, por mucho que él se negase a creerlo, Lily no era un angelito. Su padre la consentía demasiado y a ella le gustaban las atenciones extras, así que lloraba a menudo. Pero Gina

estaba tan enamorada de Blake y de la forma que tenía de cuidar de Lily que era incapaz de quejarse siquiera, porque adoraba los momentos que pasaban juntos, cuando caía la noche y los dos se acomodaban en el sofá para ver una serie con el bebé entre ellos.

—Vamos a recoger a Dominic y Ava.

—¿Sabes algo de Olivia y Liam?

—Llegarán por su cuenta. Es lo que tiene que vivan en el otro extremo de la ciudad en esa casa gigante que ella se empeñó en comprar. Aunque admito que me equivoqué, nunca la he visto tan feliz —admitió Blake mientras salían del apartamento.

—Eso es porque quizás no conocíais tanto como pensabais a tu hermana. Por eso os ha sorprendido a todos —dijo Gina con una sonrisa.

—Será porque estaba ocupado conociéndote a ti —bromeó él.

—¿Y te gustó lo que encontraste? —coqueteó ella divertida.

—Me gustó tanto que solo tardé unas horas en hacerte un bebé.

—¡Qué tonto eres! —Gina subió en el ascensor riendo.

—¡Pero si es la verdad! Y mírala ahora, aquí está —dijo mirando a Lily—. ¿Quién me lo iba a decir a mí hace menos de un año? Sois lo mejor y lo más bonito que me ha pasado.

A Gina se le borró la sonrisa cuando se emocionó. Le acarició a la bebé la cabecita y después se puso de puntillas para alcanzar los labios de Blake.

—Te quiero, aunque estés chiflado.

—Lo mismo te digo, Cenicienta.

Dominic y Ava

Era un día especial. No solo porque se casaba una de sus mejores amigas, sino porque Ava por fin se sentía libre, como si las cadenas que hasta entonces la habían atado acabasen de romperse del todo. Habían recibido la carta esa misma mañana. Tras casi un año entre juicios, búsqueda de testigos y abogados, por fin se había hecho firme la sentencia del juez: su exmarido cumpliría una condena de prisión de varios años por maltrato, tanto a ella como a otra chica con la que se relacionó tiempo después de que Ava huyese dejando esa vida atrás.

Dominic la abrazó por la espalda y le besó la nuca mientras ella se colocaba unos pendientes de piedrecitas mirándose en el espejo del tocador.

—No sabes lo feliz que me siento —le susurró.

—Todo es gracias a ti. Por ayudarme.

Se giró y colocó una mano en su mejilla.

—No digas eso, Ava. Lo hubieses hecho sola.

—Sí, pero siempre es mejor que te echen una mano. Durante este año, gracias a las chicas y a ti, he aprendido que puedo hacer las cosas por mí misma, pero, por suerte, también os tengo a vosotros para que todo sea más fácil. Y os debo mucho.

Dominic gruñó bajito antes de cogerla de las mejillas y besarla con los ojos cerrados. Adoraba a esa chica bajita y decidida que era capaz de plantarle

cara cada día y sacar lo mejor de él mismo. Apoyó su frente en la de ella y sonrió antes de mirar hacia abajo.

—Bonito escote. Te queda bien el vestido.

—Gracias. —Sonrió y se sonrojó.

—No me digas que aún te pones colorada por mi culpa...

—No todos los días La Bestia se convierte en un gatito haciendo halagos.

—Oye, yo no soy ningún gatit...

Pero antes de que pudiese contestar, sonó el timbre de la puerta.

—Será tu hermano y Gina.

—Entonces pueden esperar.

—¡No seas grosero!

—Es que te quiero un rato más solo para mí...

La abrazó de nuevo y atrapó sus labios con ganas. Llevaban casi un año juntos y, cada día que pasaba, él estaba más enamorado de ella. Habían superado juntos numerosos escollos y siempre se habían mantenido unidos, mientras luchaban en los juzgados, mientras conseguían cerrar el trato de sus vidas con una cadena de televisión e incluso en sus discusiones cotidianas, como el día que Ava le explicó que su idea de tener hijos pronto tendría que posponerse porque la habían aceptado en la universidad y, al menos, quería graduarse en los próximos dos años antes de traer al mundo a un montón de pequeños Miller, cosa que él deseaba con ganas. Pero entendía las aspiraciones de Ava, después de toda una vida reprimiendo sus propios deseos, y quería que fuese feliz. Lo demás podía esperar y, además, no tenían prisa. No cuando ella por fin había dicho que sí después de que Dominic se

arrodillase un mes atrás en la terraza del ático que compartía y le pidiese que se casase con él y lo hiciese el hombre más afortunado del mundo.

Ella había dicho que sí, a pesar de que tiempo atrás le aseguró que, después de la experiencia, no deseaba volver a casarse. Ahora, en cambio, parecía más que emocionada ante la idea de organizar la boda, elegir el vestido y las flores, todo a su gusto.

—Vamos, ábrele a tu hermano o se pasará todo el día de morros.

—Tienes razón. Pero solo porque viene con Lily —dijo Dominic.

Fue hasta la puerta y, en efecto, Blake ya tenía una arruga en la frente, una arruga que desapareció en cuanto él le hizo algunas carantoñas a la bebé y se la quitó de los brazos.

—¿Ava aún no está lista? —preguntó Gina.

—¡Aquí estoy! —gritó la aludida apareciendo por el pasillo—. Vamos, si mis cálculos no me fallan, llegaremos con dos minutos y medio de retraso.

—¿Dos minutos y medio? —preguntó Blake en ascensor.

—Eso he dicho —recalcó Ava sonriente.

—Hazle caso, es la mejor secretaria que he tenido —bromeó Dominic guiñándole un ojo a su prometida—. Puede calcular una agenda perfecta con todas sus variables.

Blake y Gina salieron antes del ascensor con el cochecito de Lily a cuestas, así que Ava aprovechó el momento en el que se quedaron algo rezagados tras ellos para desabrocharle a Dominic el primer botón de la camisa y darle un beso en los labios.

—Estás tan guapo que casi duele mirarte —le susurró.

—Eso suena a que esta noche nos divertiremos cuando llegemos.

—Ya lo creo que sí. Nos divertiremos mucho —le prometió.

Liam y Olivia

—¡Liam! ¿Todavía estás así? —Lo miró alucinada—. ¡Llegamos tarde!

—Es solo... se me ha ocurrido un estribillo perfecto.

—¿En serio? ¿Justo ahora? —Se cruzó de brazos.

—Ya sabes que la inspiración es caprichosa.

Solo llevaba puesto el pantalón oscuro del traje, pero tenía el torso al descubierto y el pelo alborotado después de la ducha y de todo lo que habían hecho mientras el agua caía a chorros sobre ellos. Olivia se sonrojó al recordarlo y escuchó con atención cuando él empezó a tocar y le cantó el estribillo. Le encantaba eso. Ser siempre la primera en oír todas las canciones de Liam y que, a pesar de que ella no tenía mucha idea de música, él siempre estuviese dispuesto a hacerle caso y a escuchar sus consejos y opiniones.

—Es preciosa, Liam —admitió emocionada.

—Tanto como lo estás tú hoy —dijo levantándose, dejando la guitarra a un lado y mirándola de los pies a la cabeza. Llevaba un vestido azul oscuro que resbalaba por su cuerpo y realzaba su pequeña figura, esa que a él seguía volviéndolo loco cada día.

Se acercó y le dio un beso distraído antes de coger su camisa.

Ahora Liam veía lejanos aquellos días en los que dudó que su relación con Olivia pudiese funcionar. Puede que ella siempre tuviese ese aire de princesita que a él tanto le gustaba en esos momentos y que él siempre fuese

a tener cierto aire oscuro y misterioso, pero juntos era perfectos el uno para el otro. Y más desde que se habían mudado a esa casa con la que Olivia llevaba soñando desde siempre, un lugar en las afueras donde él no debía preocuparse por los paparazzi y ella podía tener un par de caballos que cuidaba a diario y con los que pasaba tanto tiempo que, a veces, Liam casi estaba celoso de ellos.

—Podría contestar un par de correos mientras te arreglas.

—No, hoy nada de trabajo, princesa.

—¡Pero si estabas tú tocando la guitarra...!

—Solo ha sido un segundo. Y la creatividad funciona así.

Olivia puso los ojos en blanco, pero sonrió y no se movió de allí mientras él se abrochaba los botones de la camisa. Seguía tan enamorada de Liam que casi tenía que obligarse a no lanzarse sobre él cada vez que llegaba a casa después de la jornada de trabajo. Por suerte, era una jornada que dependía de sí misma, así que Olivia intentaba organizarse para que pudiesen pasar mucho tiempo juntos y trabajar desde casa cada vez que podía permitírselo.

Para su sorpresa y con la ayuda de Emma, la mujer que había accedido a invertir en ella, su aplicación “*Pregúntate a Olivia*” funcionaba cada vez mejor. Tanto, que había ganado el dinero suficiente como para pagar a medias esa casa con Liam, algo que la hacía feliz. De hecho, su hermano Dominic había intentado comprarle su pequeña empresa en dos ocasiones para poder introducirla como una sección en la revista, pero, tras mucho esfuerzo, Olivia le había hecho entender que, aunque valoraba su interés, de momento quería seguir volando por libre. ¿Quién sabe si algún día uniría su

negocio a Golden Miller? Hasta entonces, quería seguir disfrutando de sus logros cada día cuando se levantaba, desayunaba y comenzaba su jornada laboral. Algo que Liam también había empezado a hacer.

Su último disco, que había salido al mercado hacía tan solo un mes, había sido un éxito de ventas inmediato. Pero, en esa ocasión, él había tomado la decisión de hacer tan solo una gira pequeña por el país, acompañado por Greg y con la seguridad de que, con Matilda trabajando ahora en la casa que compartían, Olivia estaría bien, aunque no pretendía alargar los conciertos más de lo estrictamente necesario, especialmente tras la última noticia.

—¿Crees que lo notará alguien? —Olivia se miró al espejo y se puso de lado antes de pasarse una mano por la tripa. Él se puso en pie y la abrazó por detrás.

—No creo. Tan solo parece que te hayas comido dos hamburguesas de más.

—Pues ya estoy de tres meses —se quejó.

—Seguro que dentro de poco estarás redonda y...

—Oye, tampoco te pases —se quejó ella riendo.

Liam ahogó una carcajada y le besó en la mejilla.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo, lo sabes, ¿verdad, Olivia? Todo esto, todo lo que tenemos, es más de lo que nunca hubiese podido soñar. Y lo que está por llegar... —Colocó con cuidado una mano en su tripa y la acarició lentamente—. No puedo esperar a verle la carita y conocerlo. Cuando pensaba que nada podría ser mejor...

Olivia parpadeó para no llorar, especialmente con lo emocional que estaba

desde hacía unos meses y porque, además, llegaban tarde y estropearía el maquillaje. Le rodeó el cuello con los brazos y le rozó la nariz con la suya antes de besarlo.

—Deja de hablar o me harás llorar.

—Si la princesa lo ordena...

Liam sonrió antes de besarla lentamente.

Gabe y Jane

Jane se había arreglado ya el maquillaje tres veces mientras sus amigas la ayudaban a vestirse y los invitados de la ceremonia esperaban fuera reunidos. Estaba tan emocionada que apenas podía hablar, así que las miró a todas y contuvo el aliento.

—¿Estás lista? —preguntó Zoe mirándola.

—Podemos huir si no estás segura —añadió Gina.

—Sí, siempre podemos robar la limusina que hemos alquilado —dijo Ava.

—Chicas, creo que está bien, solo necesita respirar hondo —opinó Olivia.

—Estoy tan nerviosa que me tiemblan las piernas como un flan.

Sin embargo, después de que entre todas la llevaran hasta la puerta que comunicaba con el jardín en el que se celebraba la boda, Jane logró calmarse. De pronto, de fondo, se empezaron a escuchar las notas de la canción acústica que Liam Carter estaba tocando en exclusiva para su boda y el único pensamiento que ella tuvo fue que deseaba ver la cara de Gabe mientras avanzase lentamente hasta el pequeño altar rodeado de rosas rosas que habían dispuesto en medio de la hierba verde y recién cortada, al fondo de las sillas blancas.

Las puertas se abrieron. Ella sostuvo con fuerza el ramo entre las manos y dio un paso tras otro. Era mediodía, así que la luz del sol de finales de verano bañaba el bonito jardín. Ella caminó un poco aturdida hasta que, de repente,

lo vio a él, al fondo, esperándola.

Jane pensó que jamás lo había visto tan guapo.

El pelo de Gabe brillaba bajo el sol y su sonrisa blanca la instó a avanzar más deprisa, casi dejando atrás a las damas de honor y caminando a destiempo con la canción que Liam tocaba. Sin embargo, necesitaba llegar cuanto antes, tenerlo cerca.

Tiempo atrás, Jane había pensado que jamás se casaría. Se dedicaría todos los días a escribir reportajes sobre las bodas de las demás, pero ella nunca tendría la suya ni encontraría a un chico que perdiese la cabeza por amor. Pero se equivocó. Porque entonces apareció Gabe, el tipo mujeriego y poco serio de la oficina con el que ella no pensó que lograría encajar. Y vaya si encajaron, tanto que cada noche seguían haciendo el amor como si fuese la primera vez y, aquel día, mientras la miraba vestida en ese traje blanco y clásico de su abuela que había guardado durante años con mimo y que le habían arreglado para que le quedase como un guante, parecía estar gritándole al mundo entero con la mirada que la quería más que a nada.

Jane tragó saliva al llegar a su lado.

—Creo que ya podemos empezar —dijo el cura.

Pero, entonces, delante de todos los presentes, Gabe se inclinó ignorando todas las normas de etiqueta, como siempre, cogió a Jane de los mofletes y le plantó un beso en los labios que la dejó sin respiración. Ella sintió que se le encendían las mejillas y sonrió.

—Chico, te has adelantado al *ya puede besar a la novia* —bromeó el hombre haciendo reír también a todos los invitados—. Intentaré ser rápido

—dijo antes de soltar el discurso habitual algo abreviado. Cuando vio por el rabillo del ojo que Gabe empezaba a impacientarse, decidió ir al grano—.

Jane, ¿aceptas a este hombre como esposo?

—Acepto —dijo sin apartar los ojos de él.

—Y tú, Gabe, ¿aceptas a esta mujer como esposa?

—Sí —susurró a media voz, emocionado.

—Por el poder que se me ha sido otorgado, os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia —dijo, pero, antes de que terminase de pronunciar la frase, Gabe ya había posado sus labios sobre los de Jane y los invitados aplaudían animados y emocionados.

—Te quiero, ratita —le susurró al oído, entre el jaleo.

—Yo también te quiero, Gabe. Para siempre.

—Para siempre y más allá —le prometió.

Y la chica que soñaba con un anillo, sonrió feliz.

FIN

Todas las de la serie...



Ya a la venta...

“La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?



“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregándoselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?



